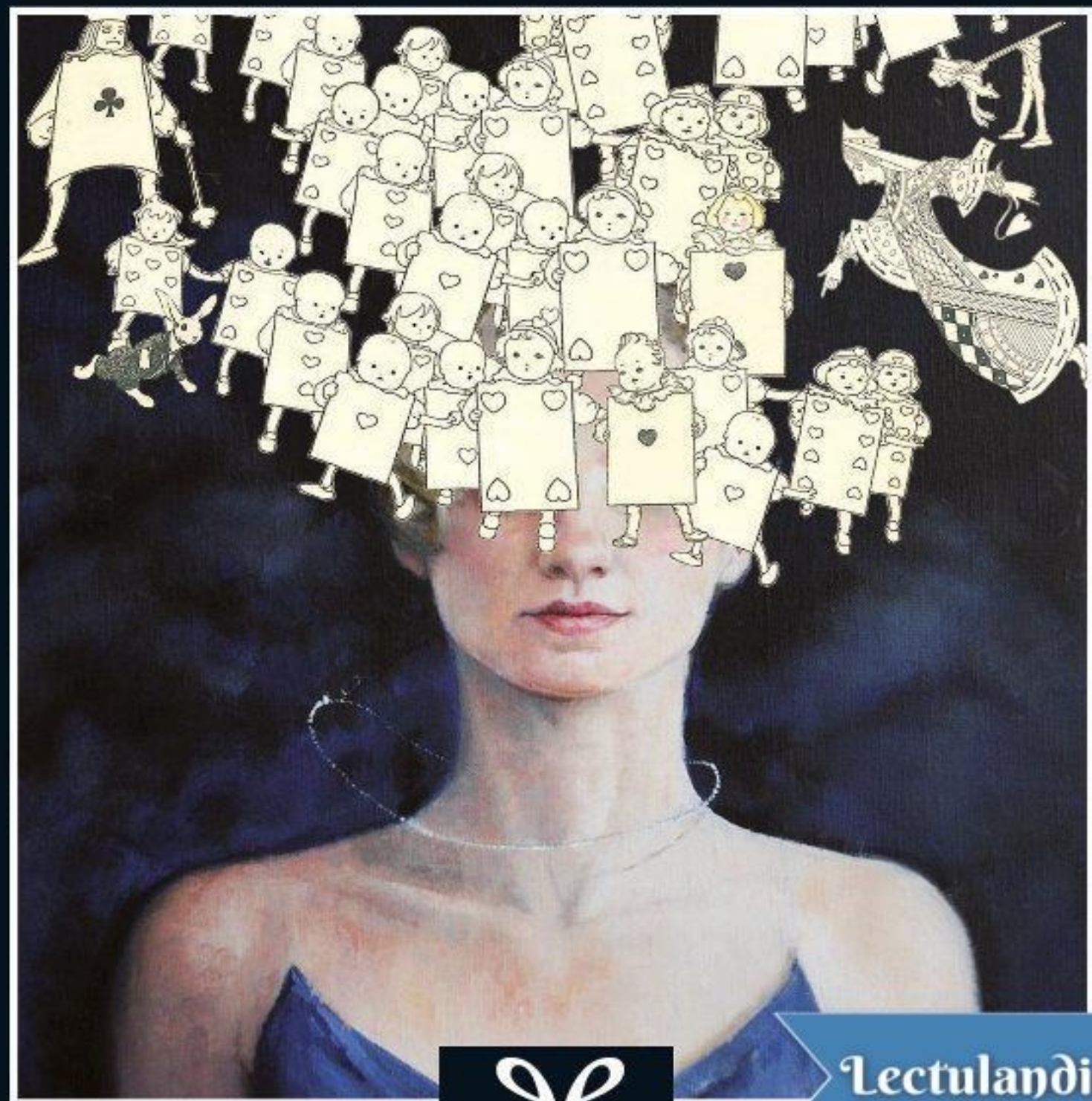


Eva Blanch

CORAZÓN AMARILLO SANGRE AZUL

colección andanzas



se

Lectulandia

Una escritora enferma, Emma, se presenta con perros y asistentes en casa de su hermano, dispuesta a morir allí; parece sufrir episodios de demencia, pero su carácter y su determinación no la abandonan en ningún momento.

Una mujer recién separada se ve con su amante, con el que acaba hablando de la escritora, a la que éste conoció; la conversación enciende en ella el propósito de retratarla a partir del testimonio de quienes la conocieron, para recuperar de esta manera una época esplendorosa y poner a la escritora en contraste con la decadencia final de sus días, contados aquí como una tragedia.

Y así, la novela avanza entre los recuerdos de quienes supieron del talento de una mujer imprevisible y fascinante, y el relato de las jornadas en que ella vive su declive entre familiares, médicos y asistentes. La narradora descubrirá entonces más vínculos de los que imagina, y que hablar de la muerte de Emma es reconsiderar lo que ha merecido la pena en su vida.

Una novela que arroja una luz enteramente nueva sobre un personaje enigmático y contradictorio, del que irradió También esto pasará, la novela de Milena Busquets, motivo de una búsqueda distinta y complementaria de una joven próxima a ella.

Lectulandia

Eva Blanch

Corazón amarillo sangre azul

ePub r1.0

Titivillus 22-03-2019

Eva Blanch, 2016

Editor digital: Titivillus

Ilustración de la cubierta: pintura de Cristina Blanch con detalles de las ilustraciones de Charles Robinson para *Alice's Adventures in Wonderland* (1907).

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

A Oscar,
con infinito amor

Todo sucedió con la máxima sencillez, de acuerdo con lo que las conveniencias exigen y sin afectación alguna por su parte. Corazón Amarillo Sangre Azul pronunció su último mensaje: dejad en paz a los alcohólicos y no olvidéis que los cisnes cantan antes de morir.

Ana María Moix

Nada ha ocurrido con sencillez, Ada. Nada se ha ajustado a las conveniencias. Ella ha sido un tsunami en mi vida que ha llenado de fantasmas mi cabeza y ha alejado a Héctor de mi lado. Hoy me siento y escribo y el dolor en el pecho disminuye, algo, un poco. Huyo hacia delante. Ya pediré perdón si acabo lo que ahora empiezo.

Hoy me pongo a escribir, Ada.

**La Daphne que llora
o Qué pensáis hacer conmigo**

1

Nos encontramos cerca del Monasterio de Pedralbes, a unos cien metros de la montañeta que limita la ciudad por el noroeste, en una calle residencial y arbolada con nombre de monja. Una reja rosada cubierta de hiedra cierra el jardín que rodea la casa del Hermano. Delante de la puerta, tres mujeres esperan.

—Te he dicho que llames.

La Escritora vocaliza con dificultad. La mujer menuda, de pelo negro, a quien va dirigida la orden se deshace en risas. Se muestra complaciente y nerviosa. Habla con acento dulzón y alarga las vocales (las aes y las oes con especial intensidad).

—Claro, señora, claro. Ahí voy.

El timbre resuena con estrépito y un número indecible de perros responde con alborotados ladridos (ladridos que provienen de jardines de otras casas pero que se oyen muy cerca).

La Escritora, la Señora, la anciana de piel marmórea que ha dado la orden de llamar, tiene mal aspecto; se nos muestra aplastada, más derrumbada que sentada, en una silla de ruedas de apariencia maltrecha y ataviada con un vestido camisero mal abotonado. Las dos mujeres que la acompañan son dos sirvientas de indudable origen latinoamericano (¿bolivianas?, ¿peruanas?), cargan con bolsas de plástico de colores chillones y con dos bolsos negros y viejos, uno de marca y abierto, el otro brillante y de piel falsa. Las acompaña, sujeta con una correa metálica demasiado corta, una perra blanca, un labrador de aspecto tan envejecido como la que sólo puede ser su dueña, como la silla rodante que la traslada, como el bolso Loewe, abierto y manchado, que acarrea la mujer boliviana o Asistente Uno, que siempre sonríe.

El interfono responde a la llamada con unos ruidos extraños, una especie de pitido y varios crujidos.

—Lisa, contesta, di algo —apremia la Asistente Dos, que sujeta los mangos de la silla de ruedas, frunce el ceño y no sonríe nada.

—¿Hola? —La Asistente Uno se acerca mucho al pequeño aparato metálico incrustado en la pared—. Está aquí la señora Emma, venimos de visita.

Se escucha un zumbido sordo como respuesta seguido de varios sonidos ininteligibles. La Escritora o Señora Emma tuerce el semblante, vuelve la cabeza y pierde la mirada hacia lo alto de la calle Sor Eulàlia Olzet. No presta atención al pequeño grupo de gente que está bajando hacia ellas, unas diez personas, en actitud visiblemente alegre, que andan enfrascadas en repartirse bocadillos y botellines de agua. El conjunto es visualmente compacto ya que todos visten la misma camiseta color amarillo. Un niño, portador de una gran bandera (cuatro barras rojas, cinco amarillas y una estrella blanca dentro de un triángulo azul), se desmarca del grupo y corre hacia las tres mujeres. Cuando las alcanza, se detiene bruscamente y agita la bandera por encima de sus cabezas. Un hombre grita:

—*¡Marta! ¿Què fa el nano?*

Y Marta, la que sólo puede ser su mujer y madre del niño, amonesta a su hijo con una petición de lo menos sugerente, una reprimenda que parece haberse transmitido por generaciones de madres catalanas (cabreadas):

—*¡Oriol, vine cap aquí que et pegaré!*

El psiquiatra

La primera cita que tuve relacionada con Emma no fue una entrevista. No llegué al piso de Andrés con la intención de hablar de Emma, porque aún no sabía que hablar de Emma iba a ser el objetivo de mi vida durante los dos años siguientes. Aunque sí cuando me fui. Porque, precisamente allí, en el cuarto primera de un piso con parquet barnizado en el salón y los girasoles de Van Gogh colgados en el dormitorio, fue donde tomé la decisión de que iba a ser así. Quedé con Andrés en su casa para acostarme con él por segunda vez y seguir suspendida en ese estado irreal en el que me encontraba y del que no quería despertar. Andrés me recibió y me desvistió con la brutalidad que yo esperaba, sin saludarme, sin preguntarme cómo estaba, cerrando la puerta con mi cuerpo al aplastarme con el suyo, con esa determinación que me había gustado desde el primer momento en que lo escuché hablar. Me arrastró por el largo pasillo iluminado con halógenas empotradas en el falso techo, sin despegar su cara de la mía, frenético, con prisas, sin decir nada, sin susurrarme al oído lo que, poco a poco, segundo a segundo, fui necesitando escuchar. En su habitación vi colgada la americana que siempre usaba en el hospital y me di cuenta de que lo prefería vestido del médico con autoridad que conocí —aunque la americana me disgustara sobremanera— que informal, con ese polo rosa salmón que se le había ocurrido ponerse para recibirme. Me tumbó en su cama, que estaba deshecha, era domingo y vivía solo, y cerré los ojos para abandonarme a sus besos y a sus grandes manos, diciéndome a mí misma que sólo en ese abandono la pesadilla se alejaba, que sólo en el frenesí de su deseo el horror no volvería. Pero mi cabeza no callaba y le pedí a Andrés que me hablara, necesitaba agarrarme a esa entereza que siempre me había mostrado, para tranquilizarme, para creerme que todo iba a salir bien. Pero Andrés, un Andrés sudado y fuera de sí, soltó lo que la polla le mandó decir y empezó a enrollarse con lo de los cuadros, que iba a comprar uno, un cuadro donde saliera yo desnuda o a punto de estarlo, y que lo colgaría allí mismo, cerca de su cama, en esa habitación. Yo le tapé la boca, le miré con rabia, le dije que no con la cabeza, le mordí dos dedos de la mano y dejé que me embistiera con más fuerza aún. El placer pudo conmigo. Él se corrió unos segundos más tarde.

—Mejor que no toques el Van Gogh este que tienes aquí colgado —le solté, irónica, con mala leche, cuando apenas habíamos recuperado el pulso

—. Es un estilo que te pega más.

—Chica, me has hecho daño —atinó a decir. Andrés era robusto y se incorporó con lentitud. Hizo una mueca de dolor. Me enseñó el índice y el pulgar para que viera, blanca y clara, la marca de mi dentadura.

—Te lo merecías —le reproché, de malhumor, tirando de la sábana para cubrirme.

Me miró en silencio. Se levantó. Fue al baño a refrescarse, se lavó la cara, el torso. Cuando volvió, se secaba con una toalla y me preguntó:

—¿Algo va mal?

Contesté a la defensiva:

—¿Hay algo que vaya bien?

—Vaya, chica. Yo me lo acabo de pasar bomba.

Cerré los ojos y me entró la risa.

—No me llames chica.

—Bueno, bueno, cómo estamos... Pensaba que esto era el principio de un gran romance. Pero veo que no.

No supe si seguir riendo o ponerme a llorar. Andrés se tumbó a mi lado y me sacudió cariñosamente el hombro.

—Hey, ahora que todo ha terminado tienes que empezar a pasártelo bien...

—Ya. Bueno. Por qué será que a mí no me parece que todo haya terminado.

—Porque sales de un pollo para meterte en otro... Yo no sé si éste era el mejor momento para separarte, chica...

Se me humedecieron los ojos. Él se acercó un poco y siguió hablando:

—Te dije que fueras con cuidado, te dije que si no vigilabas te arrastraría con ella. Te avisé.

—¿Tú crees que me ha arrastrado?

—Por ahora ya se ha cargado tu matrimonio...

Nos miramos, callados. Él parecía meditar la respuesta que acababa de soltarme, quizá para matizarla. Yo no quería profundizar en el asunto y, ansiosa por escuchar un sí por respuesta, le pregunté:

—Andrés, hicimos bien, ¿verdad?

—¿Cómo?

—Hicimos lo que teníamos que hacer, ¿verdad?, tú y yo...

—Por supuesto. Yo siempre hago lo que tengo que hacer.

Resoplé divertida.

—Cómo eres...

—Así te quiero ver..., sonriendo, que es como estás más guapa. Tú lo que tienes que hacer es dejar de mirar atrás y empezar a mirar hacia delante. Eso está más claro que el agua. Tienes que hacer planes y empezar a solucionar tu vida.

Cerré los ojos. Él insistió:

—A ver, preciosa. Piensa una cosa que te haga ilusión hacer. Una. Seguro que la encuentras.

Permanecí callada.

—Te voy a preparar un café. —Andrés se levantó de sopetón—. Cuando vuelva, quiero que me des una idea. Un plan de ataque para la nueva vida que vas a empezar a tener en cuanto salgas de aquí.

Se puso unos bermudas con pinzas, unas chancletas de piscina y salió de la habitación arrastrando los pies. Le oí silbar y trastear en su cocina con barra americana. Se me hizo muy raro. Parecía feliz. Cuando volvió yo ya tenía la idea, el plan de ataque, o como quisiera llamarlo él. Andrés me había vuelto a echar una mano, aunque no iba a ser en la dirección que él esperaba. Colocó una bandeja blanca de plástico, con patas, en la cama. El café olía muy bien.

—Yo lo hago de verdad —dijo, orgulloso—. Nada de esas mariconadas en forma de capsulas que tomáis la gente sofisticada. Café italiano auténtico. A ver esos planes. ¿Qué idea tienes? ¿Quieres azúcar?

Le miré con un cariño que hasta ese momento no había sentido por él. Le agradecía inmensamente todo lo que me había ayudado. Pero eso acababa de terminar. En ese preciso instante. Me asaltaron unas terribles ganas de beberme el café, vestirme y largarme de allí.

—Dos cucharadas —le pedí—. Tengo una idea, sí.

Sonrió.

—Bien. Suéltala.

Y yo se la solté:

—Contarlo.

Fue un impulso. Una revelación. La única posibilidad de encontrar un alivio a todo el horror que se había instalado en mi cabeza. Emma me había arrastrado desde el minuto cero, sí. Pero lo seguía haciendo. Y yo, tampoco ahora, iba a ser capaz de impedirselo. No me quedaba más remedio que seguir mirando atrás, mucho más atrás, para seguir pegada a ella hasta encontrar un final.

La cuchara de azúcar se quedó suspendida en el aire. Aprecié el ligero temblor de sus pupilas. Andrés estaba desconcertado. Pero no le duró nada,

apenas un breve instante. Su trabajo diario consistía en bregar con las reacciones más incomprensibles, estúpidas, salvajes, de la especie humana.

—¿Contarlo? —Andrés vertió la segunda cucharada en mi taza y añadió —: Tú sabrás dónde te metes, chica.

Sorbió su café y yo enarqué las cejas. Por supuesto, no lo sabía.

2

El recibidor de la casa del Hermano está iluminado por una luz muy cálida. En un rincón cuelga la lámpara de Coderch en forma de calabaza (con uno de los gajos de madera fuera de sitio) que tiñe, apenas ilumina, todo el ambiente de naranja. Destaca un cuadro de dimensiones considerables con una mujer desnuda, pelo caoba y piel blanca, recostada en un sofá rojo y con un fondo de pan de oro. Las paredes, pintadas de color siena, están, a media altura, algo desconchadas.

Vemos a una sirvienta de inconfundible aspecto filipino mirar embelesada, a través del cristal de la puerta, hacia el jardín. Va vestida de blanco. Habla por el interfono, sorprendida, excitada, alternando con extrema soltura tonos agudos con graves:

—Hola. Ooh. Sí, sí. ¿¿Sí?? —Vuelve la cabeza hacia el interior de la casa, sistemáticamente, como buscando algo o a alguien que le solucione el problema, con una expresión en el rostro que es una perfecta y rarísima mezcla de trastorno e impasibilidad—. *I don't know...* —El timbre resuena de nuevo y ella responde con idéntica sorpresa—. ¿Sí? ¿A paquete? ¿A paquete, no? Ooh... ¿¿Hola?? —El timbre vuelve a sonar con más insistencia.

Un grito desahogado de mujer interrumpe el borboteo asiático —apenas españolizado— de la chica filipina o Asistente Tres. Entra en escena el quinto personaje femenino en lo que llevamos de historia: la Cuñada. Una mujer azarada que sale corriendo desde el interior de la casa hasta el punto donde nos encontramos. Es alta, grande y no parece muy ágil. Luce un ligero vestido escote bañera con un estampado de mariposas multicolor (un Paul Smith que parece un Pucci). Las uñas de los pies esmaltadas en rojo sangre y el largo y cobrizo pelo recogido en una pinza. Corre con cierta dificultad debido a las plataformas que calza —unos cinco centímetros de alto con textura de corcho— y está muy irritada. Se dirige con rabia a la sirvienta:

—*Why is so difficult to open the door, Joselyn? Why is so complicated? Can you tell me?* —Se podría decir que el inglés, de marcado acento catalán, de la Mujer Azarada se quedó estancado un buen día en, pongamos, un *intermediate level*.

La Asistente Tres ríe y se tapa la boca con la mano.

—*I don't know, señora Clara, but is not a paquete today, señora Clara.*

La mujer filipina se queda repentinamente seria y niega con la cabeza. El timbre vuelve a sonar, los perros del vecindario a ladrar.

—Oh, Dios mío —se lamenta la Cuñada o señora Clara. Coge el auricular de la mano de Joselyn y pregunta—: Dígame, ¿quién es? —Pulsa varias veces el interruptor que debería abrir la puerta de la calle. Nada a través del interfono, nada al otro lado de la verja. La Cuñada sale al jardín, baja los ocho peldaños de mármol travertino y avanza los pocos metros que la separan de la reja exterior tan rápido como sus plataformas color crema le permiten. Alcanza la manilla y tira de ella con fuerza. Aparecen las tres mujeres rodeadas de varios chicos jóvenes (todos vestidos con camisetas rojas) que miran con risueña curiosidad a través del marco, en forma de arco, de la puerta.

La Asistente Uno ríe y da los buenos días. La Asistente Dos dice que hay un taxi esperando (la Cuñada lo ve aparcado en el vado, unos metros más abajo). La Asistente Uno explica que la Señora Emma quiere ver a su Hermano, que ha pasado mala noche y tiene urgencias; la Asistente Dos, que no tienen dinero; la Uno, que iban a casa de la Hija primero, a casa de la señora Ada después, pero que a medio camino la señora volvió a cambiar de opinión y que aquí están. La Asistente Dos dice que tienen prisa. La Escritora mira hacia otro lado, levanta con desánimo una mano y murmura:

—Es igual.

La Cuñada se angustia. Otro pequeño grupo con camisetas color amarillo baja por la calle y canta con fuerza y al unísono: IN-INDE-INDEPENDENCIA, IN-INDE-INDEPENDENCIA...

La perra ladra.

—Entremos en casa —suplica la Cuñada. Y con cara de agobio, pregunta —: ¿Qué es toda esta gente?

La Asistente Uno ríe y le responde:

—Señora, hoy es el día de la uve, es un día importante, señora. Está todito, todito, lleno de personas..., sí, sí, miles y miles de ellas vestiditas de rojo y amarillo, tan contentas, se reúnen para llenar la Gran Vía y la Diagonal, para hacer una forma de V bien grandecita, que se verá desde el cielo, señora, para que ustedes puedan votar y ser independientes, señora, por todas partes está lleno, sí.

Es jueves. Es 11 de septiembre. Es la Diada Nacional de Cataluña. Barcelona se hunde en un calor de canícula impropio de esta fecha.

—Entremos, entremos —insiste la Cuñada.

Las dos asistentas intentan levantar las ruedas delanteras de la silla para sortear el gran escalón de entrada al jardín. La Cuñada quiere ayudar pero la Asistente Uno se ríe y se lo impide, ella puede con todo. Aparta con determinación a la Asistente Dos, agarra las empuñaduras de la silla, apoya el pie en una de las barras inferiores y, zarandeando bolsas, bolsos, perra y señora, consigue subir el escalón, franquear la verja y entrar a la Escritora.

La Cuñada cierra la puerta de la calle con inusitada rapidez y una nimia sensación de alivio. Pero le dura poco. La Asistente Tres sale de la vivienda, tranquila, ajena a lo que está ocurriendo, con unos auriculares en los oídos que cuelgan hasta su bolsillo. Desciende por los escalones de travertino con el perro del Hermano, el perro macho, un perro de la misma raza que la perra blanca pero diez años más joven, mucho más grande y extraordinariamente más bruto.

—No, Joselyn...

—Paseo, señora, las diez, paseo.

—*No, Joselyn, not now.* —Las protestas de la Cuñada no llegan a tiempo de evitar que el perro vea a la perra y se abalance sobre ella, arrastrando consigo a la Asistente Tres. La Asistente Tres ríe.

Los labradores se huelen. La hembra enseña los dientes y gruñe, el macho le responde moviendo la cola, irguiendo la cabeza, erizando el pelo del lomo. Las correas se enredan. La Asistente Uno ríe. La Dos ha sacado un par de billetes de cincuenta euros y se los enseña a la Cuñada y le habla del taxi. Un estrepitoso sonido musical reverbera desde algún lugar blando, escondido, muy cerca. La perra aúlla, intenta esconderse tras la silla de ruedas, la Escritora la sujeta por el collar pero con la fuerza de la perra y la resistencia de la Asistente Uno, que no suelta la correa, la mano se le retuerce al enredarse con la cadena metálica. La Escritora ordena:

—Soltadlos.

La chica filipina ríe, el móvil retumba desde el interior de algún bolsillo, bolso o bolsa, la Asistente Uno acaricia a la perra mientras exclama:

—¡Calma, *Safo*, bonita, calma, calma *Safo*, calma!

—Lisa, límitate a obedecer mis órdenes —exige la Escritora en tono agrio—. Desatadlos a los dos.

La Cuñada se mete entre los dos labradores. Golpea el morro de su perro y los desata. El labrador macho se abalanza sobre la hembra. Se olisquean, el pelo erizado, y salen disparados hacia el jardín. La melodía telefónica se detiene con la misma brusquedad con la que ha llegado. Se hace el silencio. La Cuñada respira hondo. La Escritora entorna los ojos y murmura:

—No quiero verte más. Te despido.

—Señora Clara, necesitamos veinte euros —pide, dulzona, la Asistente Uno a la Cuñada, tras arrancar de las manos los cincuenta euros a la Boliviana Dos y hacer caso omiso a su señora—. Si usted nos los puede dar ahorita, el taxi no tiene cambio, señora Clara.

—Eres siniestra.

La Escritora pronuncia estas palabras de espaldas a las cuatro mujeres (tal y como la ha dejado la Asistente Uno). Entrecierra los ojos, cruza las manos frente al mentón y no ve lo que tiene delante, apenas a un metro de su marmóreo rostro, el turbador rostro cerámico de una Daphne. La escultura es una fuente, una cabeza de mujer con la boca semiabierta y las mejillas cubiertas del musgo verde negruzco que deja como rastro el constante goteo que le brota de los ojos. En lugar de cabello tiene hojas de laurel esmaltadas que se han ido mezclando con hojas reales de la invasiva hiedra del jardín. En una de las baldosas inferiores se lee, con dificultad, el nombre del Hermano.

El profesional de la comunicación del siglo XXI

Mi primera entrevista fue fácil. Nada que ver con todas las demás, las que estaban por llegar, las que en ese momento aún desconocía pero que me inquietaban sobremanera. Sacar información a un exnovio convertido en amigo a prueba de bomba tiene mucho de trampa.

Hacía casi veinte años que conocía a Jens. Me dio mi primer trabajo cuando yo todavía estudiaba. Él era director de arte de un relevante periódico de la ciudad y buscaba un becario. Vio mi book escolar y empecé a trabajar como su asistente casi de inmediato, al día siguiente. Enseguida nos gustamos y establecimos ese tipo de relación con límites borrosos al que parece que estoy predestinada. Cuando la pasión por el trabajo se convierte en pasión por todas las cosas que rodean a esa persona. Lo mismo me ocurriría con Héctor años más tarde. Fui novia de Jens y lo dejamos, fui su colaboradora más estrecha y lo dejamos y de todo ello quedó una amistad que el tiempo sólo asentaba. Cuando la vida me daba algún revés, acostumbraba a acudir a él.

Jens era medio danés. Tenía ahora cuarenta y ocho años y hacía un par que se había establecido por su cuenta, cansado de la tiranía de horarios, noticias de última hora y cierres. Había montado una pequeña empresa de diseño y comunicación en un peculiar local de la Barceloneta, con un pequeño altillo como vivienda. Tenía pareja, una chica francesa, y un niño de tres años.

Quedé con él a las cuatro de la tarde, tras una de sus regatas semanales que hacía en el Club Natació, a pocos metros de su estudio. Jens era un *patinaire*, uno de los cincuenta locos que hay en Barcelona que a mediodía lo dejan todo para meterse en el mar con su patín catalán, un barquito sin timón típico de este litoral, a hacer carreras para ser los primeros en llegar a una boya. «Carreras, no. Regatas», me corregía. Bueno. Para mí era lo mismo. Ese día llegó veinte minutos tarde, el viento orzaba, se excusó, pero no me enfadé, no podía enfadarme, viéndole llegar corriendo con el pelo chorreando, la camiseta empapada y los pies llenos de arena. Saludó al surfero del local de al lado, «Ei, Pau», me pidió perdón por el retraso y me besó en la mejilla.

Subimos por la angosta escalera que accedía a su altillo y me ofreció una cerveza. Todo allí recordaba a un barco; los techos bajos, las paredes oscuras, un par de cabezas de tiburón en papel maché, mapas del mundo colgados por todas partes. El ventanal que teníamos delante de la cama daba a la plaza de las palmeras, eso me encantaba, frente al mar, y el otro, donde tenía la cocina,

al muelle del Port Vell. Ese día había un yate atracado, el *Polar Star*, y era tan enorme y estaba tan cerca que parecía una valla publicitaria pegada a la ventana.

—Me encanta tu casa, Jens, ya lo sabes.

Sonrió. Me dio una Heineken y nos sentamos en una estrecha cama con grandes cojines encima. Entonces advertí cómo varios bártulos de niño, tirados por el suelo, amenazaban el *look* aparentemente salvaje de la vivienda de Jens.

—Ya sabes que te dejaría venir a dormir aquí —se excusó, algo apesadumbrado—, pero ahora, con el niño, ya lo ves, no cabemos...

—¿Qué dices, ni se me había ocurrido...

—... claro que ahora que te has convertido en una marquesa..., no sé si podrías soportarlo..., esto es el Down Town.

—Vete al cuerno...

Jens se echó a reír, cariñoso, antes de preguntar:

—Pero tienes dónde vivir, ¿o no?

—¿Qué? Claro, es Héctor el que se ha ido de casa... Es incapaz de dejarme colgada con los niños... No lo conoces bien... —Bajé la mirada y añadí—: Nos hemos dado un tiempo.

Jens me clavó sus ojos azules y aseveró:

—Nunca en tu vida habías estado tan bien como con Héctor. Siempre te lo he dicho. Te da todo lo que tú necesitas.

Cerré los ojos.

—¿O no? —me preguntó. Al ver que yo no contestaba, añadió—: Tampoco sé qué es lo que ha pasado exactamente, pero...

—Yo tampoco —dije aturdida, incómoda.

—... piensa bien lo que haces.

—He venido a hablar de Emma, Jens —le interrumpí. Temí perder el control de mis emociones ante sus ojos. Era un amigo, no una amiga, y por nada del mundo iba a derrumbarme a llorar, a mostrarle la confusión total en la que me encontraba. Abrí mi bloc de notas y le apremié—: No tengo mucho tiempo.

—Ya. Es que no sé qué quieres que te cuente.

—Quiero que me hables del día que fuiste a casa de Emma a presentarle unos diseños. Me lo explicaste hace un tiempo y nos reímos mucho.

—¿Eso quieres que te cuente? ¿O quieres que te enseñe los libros? Los tengo abajo. Quedaron muy bien.

Sonreí. Jens estaba confundido.

—No. Quiero que me cuentes todo lo que pasó, lo que viste, lo que hablasteis, qué te pareció ella.

Jens se levantó a buscar un paquete de tabaco y papel de liar que tenía en un estante. Al volver, murmuró:

—Palabra e Imagen...

—¿Palabra e Imagen?

—Claro. Por eso la conocí.

Se sentó frente a mí, en una butaca baja, y me preguntó:

—¿Es de eso de lo que quieres que te hable?

—Sí...

Jens empezó a hablar, despacio, haciendo algunas pausas, entretenido en la tarea de liar un cigarrillo.

—Bueno. Pues, ya sabes. Palabra e Imagen es una colección de culto. Para ti, para mí y para todos los diseñadores de este país. Pero la gente normal no la conocía. Se me ocurrió vender la idea de rediseñar los libros, cincuenta años más tarde. Tuve que convencerles de que no había que intentar reproducir el mismo diseño, sino de que había que hacer algo diferente, adecuado al siglo XXI. Costó un poco, pero finalmente me compraron la idea.

—No me extraña. Con lo bien que te vendes.

—Bueno, no era un proyecto fácil. Yo estaba bastante acojonado.

—¿Tú, acojonado? —Se me escapó una risa tonta.

Jens frunció el ceño y se soltó a hablar, rápido, intenso:

—¿De qué te crees que estamos hablando? ¿Tú recuerdas los libros? ¿Los originales? ¿Te los subo? Formato cuadrado, con un *look* rudo, un poco brutal. Cada uno diseñado individualmente, según el contenido, con la foto como único y gran protagonista. Lo hicieron entre su hermano y el colega de su hermano cuando aún estaban en la universidad. Eran unos niños, tenían veinte años y lo debieron de hacer todo a golpe de celo y Letraset, usando un papel áspero de mala calidad en plan reciclaje cuando el reciclaje no salía ni en el diccionario. Diseñaron portadas donde tenían los cojones de no poner título. A ver qué editorial conoces tú, ahora, que se atreva a sacar un libro sin título y pretenda vender algo. Colaboraron con los mejores pájaros del momento, entre ellos, más de un futuro premio Nobel, Vargas Llosa, Cela, Delibes. Y para las fotos Blai Pons, Masats, Català-Roca y un largo etcétera, todos amigos y a las órdenes de la señora Thomas. Y cincuenta años más tarde todo esto llega aquí, a MarViewDesign, a nuestro pequeño hangar de pescadores reconvertido en estudio de diseño. Prácticamente acabábamos de abrir, mi socio y yo, y necesitábamos el trabajo. Tenía que hacerlo muy bien.

Sabía que no podía superar lo que se había hecho, hay una magia en esos libros que tiene mucho que ver con el paso del tiempo, y eso no se diseña. Pero algo había que hacer y tenía que ser bueno, muy bueno.

Jens se detuvo bruscamente y se recostó en la butaca. Siguió hablando más calmado:

—Era tan joven. Con algo más de veinte años se inventó una colección que ha pasado a la historia. Se la inventó y la editó ella solita. ¿No te parece acojonante? Y va y yo me planto en su casa, un buen día, para convencerla de que lo que le traigo es la hostia. La nueva Palabra e Imagen, la Palabra e Imagen del siglo XXI. ¿Te parece poco para estar acojonado?

—Siempre pienso que nada te acojona.

—Pues te equivocas. —Se levantó repentinamente—. Tengo calor.

Abrió la ventana. A través de las cortinas entró una ligera brisa directa de las palmeras de la plaza, directa del mar. Jens añadió:

—Y hambre, ¿tú, no?

—No, yo no. Pero, claro, con lo del patín tú no has comido.

Se fue a la cocina y volvió con otra cerveza y medio cruasán de jamón y queso con aspecto de ser del día anterior. Se sentó a mi lado, en la cama, y se lo comió en tres bocados.

—¿Qué más te cuento? —me preguntó con la boca llena.

—Pues la reunión, cuando fuiste a su casa, me has dicho que llegaste acojonado perdido.

—Bueno, tampoco eso. —Hizo un gesto con la mano como pidiéndome calma.

Me eché a reír. Jens bebió a morro de la cerveza y arrancó a hablar de nuevo:

—Yo no la conocía personalmente. Pero es imposible vivir en Barcelona y no escuchar hablar de la gran Emma. Leí en *La Vanguardia* que la llamaban la Dama Indigna de las letras, eso me gustó, lo de indigno le encajaba muy bien. Y bueno, sabía que era un personaje excéntrico, inclasificable, una súperintelectual, y todas esas cosas que siempre decían de ella. Pero también sabía que era una señora bien, una niña de papá, una marquesa, del Up Town, como tú ahora —me guiñó el ojo, sonrió—, y quizá por eso no imaginaba lo que me encontré. ¿Me acercas el cenicero? Me lo he dejado allí, encima del altavoz.

Se lo pasé. Encendió el cigarrillo que había dejado liado en una mesilla y se recostó en la cama, con los cojines en la espalda y el cenicero apoyado en el torso. Me pidió que hiciera lo mismo. Me descalcé y me puse cómoda.

—Desde el primer momento... fue todo... chocante. Lo primero, la pareja de sudamericanos. Un hombre y una mujer que parecían estar allí como por casualidad, como si la cosa no fuera con ellos, me abrieron la puerta y no me preguntaron nada. Se largaron y me dejaron allí. Parecían unos coleguillas con los que se comparte piso —Jens se reía—, iban en chándal, nada de uniforme en plan clásico como yo esperaba, no, en chándal, con chancletas y calcetines. Y yo, bueno, entré, cerré la puerta, y entonces me asaltó una jauría de perros, no sé cuántos eran, pero parecían muchos, aullaban, ladraban, me saltaban encima, me olían, no me dejaban dar un paso. Y en medio de ese lío la vi. Al final de un largo pasillo, esperándome. Llevaba un vestido de terciopelo largo hasta los pies, muy bonito, de un rojo sangre, que parecía un Fortuny y le daba un *look* muy diecinueve. Nos tomó un tiempo llegar hasta ella, a los perros y a mí, el pasillo además de largo era estrecho y no cabíamos todos a la vez.

Jens se interrumpió para dar una calada a su cigarrillo.

—Qué piso, ¿tú has estado? Oscuro, largo como un churro, no entiendo cómo podía estar en un lugar así. Pero, cuando llegué a su lado, lo primero que me dijo fue que ella vivía muy bien allí, como si hubiera adivinado lo que yo estaba pensando. Dijo que ese piso le sentaba muy bien y que mudarse de su ático de la Bonanova a ese barrio lleno de videoclubes y paquistaníes era de lo mejor que había hecho en años. Ese comentario me cayó muy bien, claro. Luego se excusó por recibirme en casa, me explicó que no se encontraba muy bien, que había tenido un problema..., creo que en la cadera, y me pidió ayuda para tenderse en la cama. Entonces la tuve que acostar porque se dejó caer, me dio un buen susto pero la sujeté a tiempo, se podía haber hecho daño. Y la llevé en brazos hasta la cama.

—Bueno, para eso haces tanto deporte —le dije con ironía—, para situaciones como ésa.

—Claro —sonrió—. Pero parecía animada, no dejaba de hablar. De los médicos. Me preguntó si yo tenía buenos médicos. —Jens se echó a reír—. Ella dijo que los suyos eran buenos y muy amigos desde hacía un montón de años. Me habló de uno en especial, sí, creo que era el psicólogo argentino, recuerdo que dijo que ya no le servía de nada pero que le seguía pasando una mensualidad, hasta me dijo el importe, ciento y pico euros, o algo así, y que a ver qué tenía que hacer, que el pobre lo necesitaba para vivir. También me dijo que molestaba tanto a sus amigos médicos que ya no le cogían el teléfono. En ese punto yo ya estaba completamente descolocado. Y mudo. Me quedé mudo.

Jens espachurró el cigarrillo en el cenicero hasta apagarlo, lo dejó en el suelo. Apoyó la cabeza en un brazo y se volvió hacia mí.

—¿Sigo?

—Claro...

—¿Te sirve de algo todo esto?

—Ahora mismo no lo sé, Jens, pero quiero que sigas.

—Vale. Bueno, pues me senté a su lado, en la cama, junto a uno de los perros, y le empecé a enseñar las páginas del libro. Expliqué el diseño, las tipografías que habíamos escogido, que el formato iba a ser el mismo, bla, bla. El discurso de siempre. Ella parecía escucharme. Parecía que le gustaba o al menos no parecía que le disgustara. Me dijo que le habían hablado de mí y que estaba segura de que lo iba a hacer muy bien..., pero había algo, ¿sabes? Algo que no me decía pero que noté, no sé, como una resistencia. Entonces llegó la hija. Ginebra, se llama, ¿no? Ginebra. Muy atractiva, ¿eh? Rubia..., buenas piernas...

Me miró de reojo, con cara de pillo. Le devolví la sonrisa y continuó:

—Cuando llegó la hija, la cosa se desmadró. Fue como si yo desapareciera en medio de un vendaval. Empezaron a hablar por los codos, de casas, de áticos, de pisos vendidos, alquilados, de llaves perdidas, de exnovios, exmaridos, yo qué sé... ¡Una confusión de temas! Se reían como locas y discutían al mismo tiempo. De repente, Ginebra me hizo caso y pidió mi opinión, sobre si era mejor que se fuera a vivir al Borne o al Eixample, y si estaba mal que no quisiera irse a vivir con el padre de su hija, o con el novio, o algo así, ya no me acuerdo. La verdad es que, por muchas tablas que creas que tengo..., me sentía superado. Me faltaban datos para responder, pero tampoco me daban tiempo a abrir la boca. En realidad..., creo que fue una especie de pelea entre dos leonas. Que coqueteaban conmigo. Sí. La madre también. Y bueno, ya al final, ellas seguían hablando y hablando, y de repente Emma hizo callar a su hija, la dejó con la palabra en la boca y me soltó algo así como: «Oye, ya sé que tú lo haces muy bien, pero ¿no crees que deberíamos darles este trabajo a mi hermano y a su mejor amigo? Son arquitectos y ahora entre la crisis y que son mayores ya no tienen encargos».

Jens siguió hablando entre risas:

—A ella le importaba un carajo la movida que había supuesto reeditar la colección, que se me hubiera ocurrido a mí desde el principio, que yo fuera el diseñador, que el trabajo estuviera casi hecho, que yo no pudiera soltarlo así como así. No le importaban las tipografías, ni los pantones, ni nada de nada. Estaba en otra cosa. Ella pensaba en su hermano.

Jens calló unos segundos. Se volvió hacia mí y concluyó:

—Fin de la historia.

La luz de la estancia había cambiado, el sol estaba más bajo y la brisa movía suavemente las cortinas. Jens bostezó y, desperezándose, añadió:

—Yo sólo la vi esa vez, deberías hablar con alguien que la conociera más...

—Ya, ya lo sé.

—Con su hija, ¿no?

—¿Eh? No, con su hija no. Ginebra ya tuvo bastante.

Me levanté a buscar mi bolso. Jens me siguió con la mirada e insistió:

—Pues alguien de su círculo, que esté dispuesto a hablar, que te pase contactos...

—Sí, sé de alguien, su mejor amigo, creo. Pero me cuesta mucho hacerlo. Ahora tengo que irme, Jens.

Me senté de nuevo. Revolví mi bolso para buscar las llaves del coche. En su interior encontré una caja alargada que había olvidado por completo. Me quedé paralizada. Jens me observaba y notó el cambio en mi expresión.

—¿Qué te pasa?

Solté la caja, me calcé las sandalias, me sentí sudar.

—Nada —mentí.

—¿Nada?

Perdí los nervios.

—Todo tiene que irse a la mierda al mismo tiempo. No me viene la regla desde hace no sé cuánto tiempo. Tengo el puto test en el bolso desde hace no sé cuántos días y nunca me acuerdo de hacerme la prueba. ¿Te imaginas? Sólo me faltaría eso.

Jens se incorporó.

—Házte-la de una maldita vez, ahora, en mi baño. Haz un pipí antes de que llegue Silvie y todo se enrede aún más.

Me puse a reír. Me tapé la cara con las dos manos y le dije que no, que en su casa ni loca, que tenía que recoger a mis hijos del colegio y que ya llegaba tarde.

Me acompañó hasta la puerta y se despidió con un largo abrazo. Cedí a la ligera presión de su cuerpo. Saboreé el olor a sal de su piel. Le levanté la manga del hombro izquierdo y le reseguí con el dedo la cicatriz que tanto conocía, que tantas veces había besado. Nos soltamos antes de que mis ganas de llorar me vencieran. Quizá se dio cuenta de ello y por eso me preguntó, repentinamente animado:

—¿Te acuerdas de esto? —Jens señalaba detrás de mí y yo me volví. Una tapa de revista enmarcada colgaba de la pared. Claro que me acordaba, era el primer número del *Playboy* español que rediseñamos, uno de los proyectos más difíciles y divertidos que hicimos juntos. La cabecera y los titulares estaban en rojo y habíamos usado la Interestate, una tipografía muy de los años noventa que adorábamos.

—¿Te acuerdas de la chica? —me preguntó.

—Sí.

—Lo difícil que nos lo puso, ¿eh? Y fíjate lo bien que quedó...

—Descubrí el Photoshop gracias a ella...

Nos reímos. Me dio dos besos y, cuando ya estaba en la calle, a punto de cruzar la plaza de las palmeras, a la luz de esa preciosa tarde, Jens me preguntó:

—¿Vas a seguir trabajando con Héctor?

Sacudí los hombros:

—Él no quiere que eso cambie...

Se quedó muy serio y añadió:

—Tienes un marido muy legal. Un tío que te quiere de verdad.

3

Una voz estentórea de hombre grita desde el interior de la casa:

—¿Pero por qué tenemos que estar fuera? ¿Por qué no puede entrar ella?

La Cuñada sale al jardín con la sonrisa congelada, acarreado dos sillas de apariencia liviana. La Asistente Uno se mantiene pegada a ella y descienden juntas los escalones de travertino. Tras ellas aparece el personaje masculino más importante de esta historia: el Hermano. Aparenta unos sesenta años, es de constitución corpulenta, tiene el pelo tupido y blanco y luce una atractiva barba grisácea. Viste prendas de algodón y lino bastante arrugadas. Sigue a las dos mujeres como un niño amonestado, con cara de haber estado protestando y no haber conseguido su propósito. La sirvienta parlotea, bajito y sin respiro:

—La señora está mal, señora, mal, está deprimida, no duerme nada, nadita duerme, está mal...

—¿No he dicho que te fueras? —le recrimina la Escritora con el mismo tono frío y autoritario de antes—. Vete.

La Asistente Uno se ríe, dice adiós, las mira, descuelga y vuelve a colgar el bolso Loewe en uno de los asideros de la silla de ruedas, busca con la mirada a la perra blanca, vuelve a reír, se aleja unos pasos.

El Hermano toma asiento en una de las sillas que la Cuñada coloca frente a la fuente, se rasca la cabeza, cruza los brazos, no mira a su hermana. La Cuñada da la vuelta a la silla de ruedas con delicadeza y sitúa a la Escritora junto al Hermano, de espaldas a Daphne, frente a una escalera de terracota que desciende hasta el jardín, hasta una piscina. Vemos a los dos perros sumergidos en ella, chapoteando, frenéticos. El agua se desborda a raudales por los laterales.

—¿Qué hacen los perros bañándose? —pregunta el Hermano levantándose de sopetón y echando a correr escaleras abajo—. ¡Van a inundarme el depósito!

—Mi hermano sigue siendo igual de estricto —murmura la Escritora—. Estos perros adoran el agua.

La estrepitosa melodía telefónica vuelve a sonar con la misma brusquedad de antes, pero mucho más cerca. La Cuñada se sobresalta.

La Asistente Uno reaparece de inmediato. Rebusca a toda velocidad en el Loewe colgado de la silla de ruedas y saca un viejo Nokia en estado de

vibración frenética.

—Madre mía, qué volumen... —murmura la Cuñada.

—Es el señor Toni, señora Emma —dice Lisa alejando el convulso aparato de su vista para leer mejor la pequeña pantalla del móvil. La melodía que suena es una versión rupestre de un clásico que la Cuñada no consigue descifrar.

—Que llame más tarde —ordena la Escritora.

—Sí, señora Emma. —La boliviana responde al móvil y el ruido polifónico da paso al parloteo sin pausas de la Asistente Uno—. Señor Toni, buenos días, sí, ¿cómo anda usted? Acá estamos bien, la señora Emma, muy bien está, pero ahorita ocupada, sí, si usted podría llamarla más tarde yo se lo digo, no pase apuro, señor, seguro que sí, las pobres plantitas, ande usted con Dios, yo me ocupo y se lo digo, sí, señor...

—Ya basta, Lisa, vete.

—Adiós, adiós. —Lisa cuelga el móvil y entre risas y sin dejar de hablar lo vuelve a meter dentro del bolso—. Sí, señora Emma, el señor Toni me cuenta que iba a regar las plantitas del ático, señora..., y quería saber dónde la encontraría para su masajito de los viernes, señora, que tiene dudas si en el ático o en el piso de Casanova la encontraría a usted, yo ya le he dicho que la llame a usted más tarde, señora, que más tarde llame porque ahorita mismo no sabemos dónde va a estar usted...

—Lisa, vete.

—Sí, señora, las dejo aquí con Jennifer, señora, que hará el turno de día, que no es el mío.

La Asistente Uno se aleja. La puerta se abre y se cierra tras ella con delicadeza.

—Hay que llamar al abogado y romper el contrato de Lisa —ordena la Escritora levantando la mano.

—Ah, muy bien.

—Ocúpate. Es urgente. En la agenda roja está el teléfono. Le acabo de hacer un contrato pero no la quiero ver más. Es perversa.

El Hermano vuelve a tomar asiento, se sacude el agua que se le escurre por los pantalones y la camisa de rayas y observa con el ceño fruncido a los perros que se han puesto a correr, el uno pegado al otro, por el jardín.

La Escritora le busca con la mirada, se vuelve hacia él. Abre desmesuradamente los ojos y le pregunta:

—¿Qué vais a hacer conmigo?

El Hermano mira a su mujer, la sonrisa cariñosa y algo forzada que ella esboza parece obligarlo a sonreír a él:

—¿Qué ha dicho?

—Que qué vamos a hacer con ella.

El Hermano y la Cuñada se sostienen la mirada. Dejan de sonreír.

—Como puedes imaginar, he venido aquí a morir —añade la Escritora. Desvía la mirada hacia el fondo del jardín. Mantiene los ojos exageradamente abiertos, la mirada congelada.

—¿Qué? —pregunta el Hermano con una repentina expresión de asombro.

—Que ha venido a morir —repite la Cuñada, que inclina el cuerpo hacia la Escritora y le coge cariñosamente la mano—. Emma, lo que tienes que hacer es ver a nuestro médico, lo comentamos con Ginebra hace pocos días y estamos todos de acuerdo. Nos parece que hay que poner orden en todo este lío que te llevas, demasiados médicos, demasiadas opiniones. El médico de cabecera de tu hermano está muy bien y él puede organizarlo, derivarte a los especialistas que hagan falta, pero que sea él quien lo centralice todo.

La Escritora se ha ido inclinando hacia su cuñada para escucharla mejor. Cuando la joven concluye su pequeño discurso, la anciana arquea las cejas, entorna los ojos y recupera la actitud con la que ha llegado a la casa, distante, displicente. Y añade:

—Muy bien, pues que venga. ¿Mi hermano está de acuerdo?

La Cuñada suelta una suave carcajada y mira a su marido:

—¡Claro!

—¿Qué? —pregunta el marido.

—Que si estás de acuerdo en que llamemos al doctor Arimón.

—¡Claro, Emma! —El Hermano habla en un tono alto, algo exaltado—. Es mi médico desde hace veinte años y es cojonudo. Pero, Emma, tiene que quedarte clara una cosa, si lo hacemos así, debes seguir al pie de la letra lo que él mande. Si no le haces caso, yo no quiero saber nada más. ¿Lo entiendes? Nada más.

A la Escritora se le va la mirada —vacía, inexpresiva— hacia la piscina. El Hermano sigue hablando, baja el tono de voz, cierra los ojos:

—Pero si quieres otra solución, si quieres acabar con todo esto ya, de una vez por todas, definitivamente, dímelo y hago las gestiones necesarias.

Los perros llegan bruscamente hasta ellos, les mojan los pies, la ropa. *Safo* lame la mano de su dueña. El perro lame con delicadeza el culo de la perra.

—No estoy en posición de resistirme —razona la Escritora dejándose lamer la mano—. Me pongo en vuestras manos.

El Hermano no la oye bien.

—Emma, vocalizas tan mal que no te entiendo.

—Llamo a Arimón. —La Cuñada se levanta de golpe y habla por el móvil.

Los hermanos la escuchan mientras observan a los dos perros. El Hermano pregunta:

—Oye, Emma, supongo que la perra no estará en celo...

Su hermana no contesta.

La Cuñada cuelga el teléfono y les explica, animosa:

—Resulta que Arimón está de guardia, en el Hospital, pero me ha dicho que le queda poco. Seguro que viene a lo largo de la mañana, aunque no me ha podido dar una hora exacta.

—Muy bien —dice la Escritora—. Ahora necesito una grabadora.

—¿Qué?

—Una grabadora. La necesito rápido. Escuchadme bien. —Les apunta con el dedo índice—. Es absolutamente necesario que escriba. Es lo más importante de todo. Y he decidido que la mejor manera es grabarme a mí misma.

Se produce un silencio de cuatro o cinco segundos.

—¿Y si voy al Corte Inglés y compro una? —propone la Cuñada—. Lo hago esta tarde, si quieres.

—Clara, hoy es festivo —objeta el Hermano.

—Ah, es verdad. Bueno, pues voy mañana.

—Clara, hoy ibas a ponerte a escribir —vuelve a replicar el Hermano.

—Ya, bueno, pero esto es una urgencia, cariño.

—Muy bien, perfecto —consiente la Escritora—. Pero ahora tengo que moverme. Levantadme.

—Lo que tienes que hacer es entrar en casa —asevera el Hermano con impaciencia—. No sé qué hacemos aquí.

—Es verdad, Emma, necesitas descansar —secunda la Cuñada. El móvil vuelve a sonar dentro del bolso—. Te preparamos la cama y te tumbas a esperar.

—No quiero entrar, lo que quiero es que me incorpores.

—Pues, Emma, yo sí me voy dentro —tercia el Hermano. Se levanta de sopetón y empieza a subir por los escalones—. Ya sabéis dónde estoy.

—Pero, Emma, si no quieres entrar en casa, ¿adónde quieres ir? —objeta la Cuñada. El teléfono deja de sonar.

—Clara —el Hermano la llama mientras se aleja—. Recuerda que hoy vienen los árabes.

—¿Qué?

—Los árabes. Para ver la casa. —El Hermano se va.

—Ah.

—Levántame, Clara.

La mirada de desconcierto de la Cuñada se desplaza de la espalda de su marido al rostro de la Escritora.

—Quiero bañarme en la piscina.

—¿Qué? —Con un hilo de voz, la Cuñada intenta mostrar su desacuerdo —: Pero, Emma, no puedes bañarte.

—¿Por qué no?

Ambas se miran fijamente a los ojos mientras el Hermano desaparece por la puerta de la vivienda. La Cuñada busca una respuesta, le llega rápido, pero no la va a verbalizar: porque no estás bien, porque estás enferma, porque lo correcto es que te tumbes en la cama e intentes dormir y nos dejes a los demás seguir con nuestras cosas hasta que llegue el médico. La Cuñada le responde con otra pregunta:

—Pero ¿por qué quieres bañarte?

A la Escritora se le endurece la mirada.

—Porque quiero revivir todos los placeres que se me están negando, bonita. Tengo que aprovechar cualquier posibilidad de hacerlo. Y ahora tengo una.

La presentadora de Telemadrid

El segundo personaje que entrevisté seguía quedando muy lejos del entorno de Emma. Pero me daba igual. Creo que hasta me alegraba de que así fuera. Me aliviaba del peso de lo que intuía que quedaba por venir. La cita me servía de excusa para desplazarme a Madrid y estar veinticuatro horas fuera de casa, un respiro en un momento en que sentía que me ahogaba. Pero me fui algo asustada. Ésa iba a ser una entrevista de verdad. Una entrevista pura y dura a un terremoto de la televisión.

Una chica desganada me había dicho por teléfono que la única posibilidad de hablar con Virginia Talavera era presentándome después de su programa, que ni soñara con verla antes del *show* o fuera del plató, la presentadora no iba a darme hora así como así, «es que no le interesas mucho, qué quieres que te diga», había concluido la chica desganada y sincera.

Me personé en Telemadrid más pronto de lo necesario, a eso de las once y media de la noche, cuando aún quedaba mucho *show* por delante, tras un incómodo vuelo en puente aéreo. Los del programa me acompañaron hasta una pequeña estancia que hacía de sala de espera y maquillaje a la vez, y desde allí, a través de un monitor colgado en la pared, pude seguir *Fort Apache*. Mientras dejaba la chaqueta y me acomodaba en una pequeña butaca, vi a la Talavera andar por el plató, contonearse y dirigirse a la cámara con toda su chulería castiza: «Esta noche voy de azulina, señores, ¿me han visto?, pues me miran y me remiran, y cuando llamen, me dicen que estoy muy buena con el vestidito, me hacen el favor, que yo les hago unos cuantos a ustedes». La cámara se fue acercando a su rostro, cerrando el plano, y yo dejé de escucharla para mirarle con atención la cara, la piel, las arrugas. Me pregunté cuánto tiempo debía de hacer que no le venía la regla. ¿Años? ¿O aún le venía? Quizá se hormonaba. Sí tuve claro que pertenecía al grupo de mujeres en tránsito. Un grupo recién creado en mi cabeza al que me resistía a pertenecer. Yo no estaba embarazada ni lo iba a estar más, mi regla tenía la insultante —para mí— y temprana —en eso estábamos de acuerdo mi ginecólogo y yo— intención de desaparecer.

Virginia Talavera era una mujerona con carácter, con un club de fans fuera y dentro de Facebook, que presumía de tetas y piernas y que conducía uno de los *late night shows* más frikis del país. Aquella noche, Paco León era el invitado estrella y, tras la insistente petición de la presentadora, se puso a

imitarla. Ella estaba loca de contenta y se partía de risa, el actor se colocó una peluca rubio platino, crepada, hizo morritos, chupó un boli, sacó la lengua, en un plan medio obsceno medio recatado muy propio de ella. La presentadora le señalaba con un dedo y Paco León la señalaba a ella, ella se carcajeaba y él se carcajeaba más, ella abría exageradamente la boca y él la exageraba aún más, hasta que al final, exultante, la Talavera gritó:

—¿Yo soy así, Paco? ¿Yo soy así?

Y Paco, poniéndose serio de golpe, se atusó el pelucón y fue diciendo que sí, lenta y gravemente, con la cabeza:

—Un poquitito, sí, mi amor, un poquitito...

Cuando el programa terminó, la Talavera irrumpió con brusquedad en la salita donde yo esperaba, de un brusco y repentino malhumor, encaramada en sus Louboutin plateados de plataforma escondida y grueso tacón, se dejó caer en la silla frente al espejo y se encontró con mi cara reflejada en él. Yo estaba detrás de ella, sentadita, cohibida, incapaz de presentarme. En muy mal tono me espetó:

—¿Se puede saber quién eres tú?

Me levanté de golpe.

—Yo vengo de Barcelona, para hablar de Emma Thomas...

Me miró con los ojos fruncidos, tratando de enfocarme, como si fuera miope perdida, dejando la boca medio abierta.

—... la escritora catalana que usted entrevistó una vez... —intenté aclararle.

—Ah, se. —Virginia no decía sí, decía *se*—. La Tomás con hache.

—Exacto.

—Tú eres una pesada, ¿no?

Me puse nerviosa.

—Bueno, ya me dijeron que usted creía que tenía poco que contarme, pero aunque sea poco, me interesa... Imagino que ahora estará cansada, pero es que me dijeron...

—Cansada ni qué cansada, lo primero, me tuteas y nos dejamos de rollos finolis, lo segundo, me acompañas a casa y hablamos en el taxi, y punto pelota, que no estoy para muchos trotes más.

—Sí, sí.

—Vamos a ver, ¿dónde está la Sandra? —Una chica con media cabeza rapada y un *piercing* en la nariz apareció con una toallita en las manos y una riñonera llena de pinceles—. Desmaquillaje exprés, Sandra, que hoy me da igual todo.

—Sí, Virginia.

—Y la de Barcelona, a ver, qué quieres que te cuente, empecemos ya.

Cerró los ojos y Sandra empezó a untarle la cara con leche desmaquillante. Me acerqué.

—Usted..., perdón..., tú..., esto, entrevistaste a Emma hace tiempo, no recuerdo cuánto, un año o dos...

—Se, qué más da eso, en el internet lo encuentras, pero no la he olvidado.

—¿Ah, no?

Abrió los ojos y me miró por debajo del antebrazo de Sandra.

—¿Tú la conoces a la Tomás? ¿Tú has visto de qué va mi programa?

Virginia Talavera parecía estar de muy mala leche. Tenía una voz rugosa, masculina, que le daba un punto travesti.

—Claro.

—¿Tú crees que la señora escritora tiene algo que ver con todo esto? Esto es *Fort Apache*, ¿lo sabes, o tampoco te has enterado tú? A mí que me echen gente de la farándula, actores, lo que sea, pero que hablen y vayan sueltos, porque al final me da igual, a mí me sirve todo lo que me echen pero que hablen. Tú sabes que mi programa va de adicciones y todo tipo de vicios, lo sabes, ¿no?, y la gente que me llama pues está fatal, cómo van a estar, por eso me llaman...

—¿Los ojos también, Virginia? —preguntó Sandra.

—Se. Que en casa voy a ir directa al sobre.

—Pues ciérralos.

—Que ya los cierro. Ahora me arreo unas gafas de sol y no me ve ni Dios. A ver, encanto, lo que yo dirijo es un consultorio para tipos que sufren dramas reales, problemones de los de verdad, ¿me entiendes?, ¿o no has visto nunca de qué va esto?

—Sí, sí...

—No te muevas, Cris.

—Es gente sin cultura, si no me muevo, perla, ¿qué cultura van a tener, los pobres?, que ya tienen bastante con lo que tienen, sólo faltaría que, además, tuvieran cultura. Y a lo que vamos, una noche me llega la Tomás esta como caída del cielo, sin tener ni puta idea de dónde se mete, con su pinta de abuelita sacada de un cuento...

—Ya estás, Cris —dijo Sandra tirando kleenex y algodones marrones en el cubo de la basura.

La Talavera abrió los ojos y se miró al espejo. Parecía otra.

—Qué horror, qué me has hecho, zorra.

Sandra recogía las cremas y se reía.

—Mis gafas de sol, perra, dámelas, dónde están. —La Talavera gesticuló con una mano como para darle prisa.

—Y yo qué sé. En tu bolso estarán.

—Tú, catalana, acércame el bolso y no me mires.

Encontró las gafas en su Dolce & Gabbana lleno de tachuelas doradas. Se enfundó una gabardina negra de anchas solapas y, tras un «Vámonos que nos vamos», la siguió por los pasillos de los estudios de Telemadrid. Un ascensor nos llevó a la planta del *parking*, y allí, apoyado en un taxi blanco, había un hombre esperándonos.

—Checho me lleva a casa cada noche, ¿eh, Checho? —lo saludó la Talavera, antes de entrar en el vehículo—. ¿Cómo has visto el programa hoy, Checho? —Y una vez sentada dentro, me dijo—: Está hecho un crítico, me lo comenta todo hasta que le digo que se calle porque ya tengo bastante.

—Virginia —dijo Checho colocándose el cinturón—, no te quites este vestido de encima nunca más.

La Talavera sonrió.

—¿Por qué, Checho? A ver, cuéntame.

—Porque has nacido para llevarlo. Estás hecha un trueno todita de azulázzuli...

La Talavera se reía y el conductor pareció animarse:

—La entrevista al Paco León ha estado de rechupete. —Y se besó la punta de los dedos de una mano mientras la miraba por el retrovisor—. Lo haces de cojones, como siempre, él es muy bueno, pero podía haberte imitado mejor, en mi opinión es demasiado maricón, y luego..., uno de los primeros que te ha llamado hoy, joder, qué pirao, ese tío de Granada que lloraba por su churri...

—Checho, hoy no, hoy calladito que ésta ha venido de Barcelona para entrevistarme y yo no le doy más tiempo que el que tenemos ahora, entre Pozuelo de Alarcón y Velázquez.

—Lo que tú digas, Virgi. —Checho me lanzó una rápida mirada por el retrovisor.

Pozuelo de Alarcón era la población donde estaba ubicada la televisión de la comunidad de Madrid, a menos de media hora del centro de la capital de España. Me pareció poco tiempo, pero no podía quejarme, era realmente tarde.

Cuando Checho sacó el coche del *parking* y enfiló por una calle rodeada de edificios industriales, volvió a mirarme por el retrovisor. No pudo

contenerse y me soltó:

—¿Tú eres de las que se quiere independizar? ¿Y que el resto de España se joda?

—¡Checho! —bramó la Talavera—. Que te digo que te calles. No estoy para politiqueos, ni referéndums, ni sandeces. A ver, cielo, ¿qué te cuento? Dispara que éste ya se mete en la A-5.

—Sí, a ver, lo hemos dejado en..., bueno, tú me decías que Emma llegó para que la entrevistaras y que iba muy despistada...

—Ah, se, ella no había oído hablar de *Fort Apache* en su vida. Pero yo tampoco tenía mucha idea de quién era ella. Yo me fío de mis becarios, ¿entiendes? Porque no siempre tengo tiempo de informarme de quién viene a mi programa, tú me entiendes, ¿no? Yo entrevisto a quien me echen porque una es así y puede con todo porque los tiene bien puestos, y ese día pues no tuve tiempo de nada, ni de leer la solapa de su libro, y hasta pronuncié mal el nombre, que tiene una hache, entonces no recuerdo cuál era el problema porque la hache no se pronuncia, no te jode. Es Tomás, ¿no?

—Thomas, sin acento en la a, la tónica es la o.

—Ay con los catalanes. Mira que sois raros.

—Más raros que un perro verde —murmuró Checho, bajito y de malhumor.

—Pero seguro que Emma no se ofendió por eso.

—Faltaría más. La ofendida era yo. A ver si te enteras. Que yo la presenté como una perdida, como un ejemplo de que los vicios más chungos no entienden de clase social. Vamos, que la mierda no es sólo para los muertos de hambre, sino también para mujeres como ella. Y miré a la cámara, que eso lo hago que te mueres de bien, y dije: esta señora que tengo aquí delante, esta pedazo de intelectual que tiene una cultura de la grande, grande, que no le cabe en el cuerpo, que ha tenido todo en la vida, acaba de escribir, señores, con un par, señores, con un par de, ha escrito un libro autobiográfico para confesarse y hacer público, es decir, para que todo el mundo lo sepa, que es una ludópata. Señores, un aplauso. Eso dije. No hubo aplausos porque no tenemos público, no nos cabe, ya has visto que el plató es de una estrechez que parece un zulo, pero mi audiencia ya me entiende. Lo de pedir aplausos lo hago porque me lo merezco como las tiorras de L'Oreal.

—Y te aplaudimos, Virgi, yo y todos mis colegas del taxi.

—Ay, Checho...

—¿Y qué pasó? —pregunté yo.

—¿Que qué pasó? Pues que le di la palabra. Y ella, muy modosita, dijo que no. Que no era una ludópata. Y que tampoco era muy culta porque era demasiado perezosa. Y punto, y se quedó callada. En directo, ¿eh?, tú me entiendes. Entonces yo le dije, enseñando el libro a la cámara, que a ver, que este libro que tengo aquí, ¿eh?, esta autobiografía que acabas de escribir y de la que estamos hablando, es una confesión pura y transparente de tu enfermedad por culpa del juego, dije así de claro. Y va y me dice que el libro no es una autobiografía. Que el libro va de un señor de sesenta años que se encoña de una chica que vende tabaco en un bingo, y ya está. Entonces, yo, que soy muy lista, pensé: ya lo tengo, los ludópatas son estos dos, y se lo dije, ¡el viejo y la tabacalera son los pringaos! Pues tampoco, que no. Y se volvió a quedar callada. Y yo, pues claro, con todas las dudas del mundo, porque a saber de qué otra mierda de fuente lo saqué, le dije que había leído por ahí que ella sólo escribía sobre sí misma, que lo que le ponía cachonda eran las autobiografías, vamos. Y entonces dijo que sí. Que eso sí era verdad y que por eso el libro no debía de ser muy bueno. Aquí yo ya pasé de todo, qué quieres que te diga. Me moría de la risa. Me pareció una extraterrestre, se suponía que estaba promocionando su novela, la tía...

El coche se paró en un semáforo. La Talavera miró por la ventanilla.

—Mira, Checho, cómo está la Gran Vía, con gente, como tiene que estar, día y noche. Cómo me gusta esta ciudad, joder. No sé qué hacéis en Barcelona, encanto, cada vez que voy me muero del asco.

No me había dado cuenta de que ya estábamos en el centro de Madrid. Al lado de los cines Callao, rodeados de un grupo de gente que cruzaba el paso de peatones. Me estaba quedando sin tiempo, no podía faltar mucho para llegar a su casa.

—Me estoy cansando de hablar, bonita... Que tengo que cuidar este vozarrón que Dios me ha dado...

—Claro..., pero ¿no recuerdas nada más?

—¿Que si no recuerdo nada más? Ya sabía yo que eras de las pesadas, cansina, eres. Claro que hay más. Cuando empezó a llamar la gente. Ese día el consultorio iba de ludópatas, por eso la habíamos invitado a ella, que la becaria de turno que me montó el programa estaría rezando cuatrocientos avemarías para que no la echara a la puta calle, te imaginarás, porque tampoco ella tuvo tiempo de mirarse la solapa, la muy perra, el caso es que antes de abrir los teléfonos tu Emma con hache va y empieza a disertar que el que se engancha al juego es tonto, un idiota, que todo el mundo sabe que siempre se pierde, que con mucha suerte se gana el cincuenta por ciento de lo

que se juega, o sea, que siempre se pierde y que no hay más. Y yo a cuadros, te diré, en directo y con gente en la línea de teléfono, esperando, escuchando, un tropel de ludópatas a punto de suicidarse. Pero no me cabré. La Talavera puede con todo y más. Y entonces la primera señora que sale en antena nos cuenta que su hijo es un perdido, que no se levanta de la cama, que bebe Coca-Colas y fuma por la noche, que no ayuda en nada, un auténtico patán, vamos, y todos esperando a ver qué coño nos dice la intelectual ludópata esta que no quiere confesarnos en la tele a la una de la madrugada que lo es, aunque ha escrito un libro en que dice que sí que lo es, y entonces Emma va y suelta que lo que hace su hijo no le parece tan mal.

Virginia Talavera se reía, Checho la miró por el retrovisor y se rió también.

—La Thomas era una auténtica punki, ¿o no te has dado cuenta, encanto? Ríete de los de las crestas de colores, éstos son unas nenazas a su lado. ¿Tú sabes lo que dijo en Televisión Española sobre las violaciones?

Se bajó las gafas de sol para mirarme a los ojos.

—No —respondí.

—Me enteré luego, que yo soy una periodista y al final me entero de lo que me interesa, que Televisión Española está al lado de Pozuelo y nos conocemos todos. Pues me dijeron que en una tertulia de un programa cultural, no sé cuál ni me importa, rodeada de feministas, de las de toda la vida, ya me entiendes, hablaban de los derechos de las mujeres y de las prostitutas. Y la Thomas soltó que ganarse la vida con el cuerpo de una no podía estar tan mal. Pero eso no fue lo mejor...

El coche se detuvo lentamente, Checho apagó el motor con suavidad y cruzó los brazos sin decir nada.

—Ay, Checho, cómo te quiero cuando me traes a casita, no puedo más y aún dándole al palique..., bueno tú...

—¿No me vas a decir lo mejor que dijo Emma?

—Uy. Te interesa, ¿eh?

—Claro que me interesa.

—¿Y se puede saber dónde va a salir todo esto?

—Aún no lo sé, ya os lo dije por teléfono, pretendo escribir algo, pero aún no sé qué forma tendrá.

—Pues tú me avisas cuando salga ese algo con la forma que sea.

—Por supuesto.

—Y supongo que tú te has leído todo lo que ha escrito la Thomas...

—¿Qué?

—Pues que para escribir sobre alguien hay que documentarse, a ver si aprendes algo de mí, que te digo que más te vale que leas lo que ella escribió o no te va a salir nada bueno. Darnos la paliza a los demás no es suficiente, ¿entiendes? ¿La lees o no la lees?

—Que sí, que sí —me vi obligada a mentir—. Estoy empezando.

Volvió a mirarme por encima de las gafas de sol.

—Pues más te vale que ya empieces a terminar. A ver. Tu superhéroe era una suicida, ¿entiendes?, la cabeza le iba por otro lado. El mundo está aquí y ella estaba allá, a su puta bola, ¿lo coges? Pero era una tipa de las de verdad, tan de verdad como la Lola de España, te diría, pero en catalana y con cabeza. Porque si algo tenía era cabeza. ¿Tú me entiendes? Inteligencia. El coco limpio y claro. Y no hay de éstas. ¿Tú las ves? ¿Tú ves algo parecido que se pasee por aquí? Yo no.

Virginia Talavera, con las gafas de sol en la punta de la nariz, la piel brillante, los ojos pequeños, con apenas pestañas, miró a un lado, luego a otro y al final a mí:

—¿Quieres saber lo que dijo en la tele? ¿En un programa de la Dos a primera hora de la tarde? ¿Rodeada de señoras feministas? Pues apunta. Claro que no te he visto coger un maldito boli.

—Es que aquí no puedo. No tengo luz...

—Pues memoriza. En la Dos dijo que había agresiones peores que una violación y que no había que dramatizar.

Virginia me seguía mirando con mucha atención.

—Ésa es tu Emma. El programa era en diferido y cortaron ese trozo. Unos nenazas.

Yo ya tenía la mano en la manilla de la puerta, la accioné, la puerta se abrió y, algo alelada por lo que acababa de contarme, susurré:

—Gracias por todo, Virginia, me bajo contigo.

Y ella, sin dejar de reseguirme la cara con la mirada, me soltó:

—Tú no te bajas de aquí hasta que me digas qué te echas en la cara. ¿O te crees que soy tonta?

4

Con una camiseta azul celeste de hombre que la cubre hasta los muslos — un Calvin Klein gastadísimo que ha usado el Hermano durante años— y la ayuda de la Cuñada y la Asistente Dos, la Escritora está lista para entrar en la piscina. La vemos con expresión preocupada, inquieta, escuchando con suma atención las palabras que la Cuñada pronuncia con vehemencia:

—Ya le he dicho que no salga, Emma, se lo he dicho muy claro y no lo hará, tú sabes cómo es tu hermano, cuando promete algo lo cumple, a rajatabla, ¿o no le conoces?

—Sí. Es incapaz de mentir —reconoce la Escritora.

Baja despacio y con cierta inestabilidad los tres escalones que la van sumergiendo en la piscina. Cuando el agua la cubre hasta la cintura, la Cuñada, que ya está metida dentro, la sostiene por debajo de las axilas y la Escritora se deja caer. Ambas hacen pie pero la Escritora se deja llevar, el agua le cubre hasta la nariz, y va flotando, a veces deriva hacia un lado, la Cuñada la estabiliza con esfuerzo. La Asistente Dos desaparece del jardín.

—Ayer fui a la playa —explica la Escritora. La Cuñada la arrastra suavemente para avanzar y adentrarse en la piscina—. Con la tonta de Lisa. Amanecía.

—Qué dices...

—Fue un desastre.

—No me extraña, Emma...

—Un horror.

—Emma, cómo se te ocurre, tienes que ponerte buena y después ya irás a la playa.

—Me di cuenta de que ya no sé nadar. —Mira hacia los árboles. Hace una pausa antes de continuar—. Creo que fuimos a la Barceloneta. No sé cómo lo hicimos, ni cómo llegamos a la orilla. Sólo me acuerdo de que las olas se me llevaban. Fue terrible.

La Cuñada la escucha, ella continúa, aún sin mirarla:

—No sé qué he hecho con la ropa. Algo ocurrió en la playa que no recuerdo. Hoy no estaba mi ropa en casa. No hemos encontrado nada y no recuerdo qué hice.

—No te preocupes por la ropa ahora, se lo preguntaré a Jennifer...

—Tienes que ayudarme...

La Cuñada espera, observa cómo el rostro de la anciana se contrae mientras cierra los ojos.

—El manuscrito de Naxos. Eso sí que es grave. No sé dónde está...

—¿Qué manuscrito?

—*Despertar en Naxos*, hay un error que tengo que corregir, Dublín en vez de Edimburgo, lo indiqué en el manuscrito, pero no sé dónde está...

—Bueno, ya lo haremos...

—Es urgente. Está a punto de salir otra edición y quiero que esta vez salga bien...

—Emma, no puedes torturarte por eso ahora...

—Pregúntaselo a Toni, me estuvo ayudando con las correcciones, él tiene que saberlo.

—¿Toni es el masajista?

—Sí.

—El que ha llamado antes.

—Es un pesado, pero me es útil. Me ayuda.

—Claro.

—Con el traslado no sé qué hice, él lo tiene que saber.

—Le llamo en cuanto pueda. Pero no sufras por eso, hay que ir poniendo las cosas en orden, poco a poco...

La Escritora observa el rostro de su cuñada, tan cerca al suyo ahora, y, de sopetón, le pregunta:

—¿Estás escribiendo?

La Cuñada sonrío, baja la cabeza.

—Pues, precisamente hoy, después de varios meses sin poder hacerlo, lo pensaba retomar —ríe modosa.

—No intentes contentar a todos. Cuando se tienen hijos y marido y se quiere escribir hay que ser cruel. Ya te lo dije una vez.

Pasea la mirada entre los frutales hasta llegar al rosal, que queda un poco más arriba, junto a un banco de madera.

—No deberíais tener rosas blancas. Las rosas sólo pueden ser rojas, mi hermano debería saber eso. —Un instante después mira de nuevo a la Cuñada—. Pero tú no eres cruel. No sé si mi hermano te merece.

La Cuñada le replica, muy bajito:

—Por supuesto que sí.

La septuagenaria vuelve a observar las rosas y se responde a sí misma:

—Sí. Mi hermano también es bueno, sí.

Se queda callada unos momentos y añade:

—Y un romántico.

—Emma, ¿nos harás caso? —le interrumpe la joven con renovado ánimo—. Déjame que te ayude.

—Lo más importante ahora es que yo pueda escribir. Quiero una grabadora. Ocúpate de eso.

Cuando llegan al centro de la piscina, la Escritora pide que la suelte, sigue haciendo pie y quiere sujetarse sola al bordillo. La Cuñada duda pero la libera de sus brazos. La Escritora avanza un poco, una mano en el bordillo, la otra suelta. Mira a su Cuñada, su rostro se relaja con una expresión de alivio, casi sonrío cuando murmura:

—Qué agradable morir.

La Cuñada vacila.

—¿Qué?

La Escritora abre los ojos de la misma manera que lo ha hecho hace un rato, ante el Hermano, cuando estaba sentada en la silla y ha dicho que llegaba a esta casa para morir. Los abre con desmesura y uno no sabe muy bien adónde mira, qué ve, si es que mira a algún lugar y quiere ver algo. La Escritora repite, con lentitud, esforzándose en vocalizar bien:

—Qué agradable morir.

La Cuñada tarda varios segundos en reaccionar. Cuando lo hace, dice algo bastante bobo que se reprochará, más adelante, infinidad de veces:

—Emma, no me asustes, ¿eh?, no hagas bromas...

Una sombra de pesar cubre el rostro de la Escritora y los ojos se le cierran.

—Jamás te haría eso —dice, como para tranquilizarla. Luego añade con brusquedad—: Ahora sácame de aquí. Consígueme la grabadora.

El fotógrafo

Llegué a la calle Santa Ágata cargada con un ejemplar de *Private Eye* para que Blai me lo dedicara, tras cuarenta minutos de viaje en autobús. No acostumbro a coger el autobús. Ese día me debió de parecer que reviviría aquel placer adolescente de dejar la mirada perdida por la ventanilla sin más carga que una mochila llena de libros, cosa muy estúpida por mi parte. Estuve todo el trayecto de pie sin poder ni ojear el libro, el autobús iba lleno, y me concentré en la imagen de la portada de una forma obsesiva. La modelo era puro *glamour*. Vestía un mono estampado estilo Pucci de holgados pantalones y tocaba con delicadeza la trompa de una cría de elefante. A un lado, unos *paparazzi* trajeados muy a lo *Dolce Vita*, detrás, unas palmeras de aire californiano que se pueden encontrar en Castelldefels. Para mí, la imagen era un claro homenaje a Brodovitch y a Avedon, a la divina Dovima vestida de Dior y los dos elefantes del Cirque d'Hiver levantando la pata. Un homenaje pasado por el tamiz latino, petardista y único de Blai. Sentí esa envidia que tanto conocía y que no me llevaba a ninguna parte. Una profunda envidia de no haber estado allí, de saber que a mí me había tocado otra cosa, algo así como vivir a destiempo.

Héctor me había hablado mucho de Blai, mucho de su época gloriosa, pero poco, muy poco, de la actualidad. A Héctor le costaba hablar del declive de alguien a quien tanto había admirado. Parecía que el fotógrafo se había vuelto algo pesado y que su hablar chispeante e inteligente de antaño había derivado en un monólogo repetitivo e interminable. Yo quería hablar con el Blai que había hecho la foto del primer bikini en España, el gamberro que se tatuó el cocodrilo de Lacoste en el pecho para exhibirse desnudo por las playas de Ibiza. Pero llegaba tarde, como a tantas otras cosas en mi vida, volvía a llegar tarde.

Me abrió la puerta él mismo. Ochenta años y aún con ese aire chistoso de niño impopular que quiere ligar y no lo consigue. Blai Pons fue uno de los grandes de la fotografía española, una celebridad en los años cincuenta, sesenta y setenta, retratista de la España franquista y cañí, uno de los primeros en impregnar de *glamour* las fotos en blanco y negro. Especialista en descubrir Verushkas y Twiggies entre las jóvenes catalanas, tanto le daba si eran burguesas, universitarias, proletarias o gitanas. Las quiso convertir en las *it girls* del momento.

—Hola, Colometa —me soltó. Me eché a reír.

Fruncía muy fuerte la nariz como para levantarse las gafas, en un gesto sostenido que parecía un tic, aunque quizá no lo era y lo hacía sólo para verme mejor. El caso es que me miraba con esfuerzo y mucha atención, como para reconocerse, levantando la cabeza para mirar por la parte baja de las gafas.

—¿Qué tal, cómo estás? —me volvió a saludar alzando la voz, sin moverse, quieto en el marco de la puerta.

—Yo muy bien —le respondí—, ¿y tú?

—Ya ves. Yo a ti no te conozco, pero me es igual, pasa, pasa. Que yo me acuerdo de todas las tías buenas de la ciudad, eh..., y tú me has dicho que eres la mujer de Héctor, la cuarta, has dicho por teléfono, ¿eh? Éste es un *bandarra*, siempre va con unas nenas..., ¿eh?

Me miró sonriente y yo me volví a reír. Hizo un gesto como invitándome a entrar, pero se apartó tan poco que crucé la puerta con dificultad, entre su prominente barriga enfundada en una camisa blanca y el marco de la puerta. Accedí al interior de su estudio y me quedé observando atentamente el espacio.

El estudio de fotografía de Blai Pons era, tal y como yo esperaba, de lo más *Blow-Up*. Una divertida cuadrícula de losas negras y blancas pavimentaba el suelo como un damero. Tras un recibidor con el techo bajo, se abría un espacio iluminado por una secuencia de claraboyas piramidales de metacrilato.

—Tú sabes que esto me lo hizo tu marido, ¿eh? El Héctor.

—Sí, sí que lo sé. Me explicó que para el techo se inspiraron en la cubierta que Coderch estaba haciendo en el estudio de Tàpies, y que trabajaron con el mismo constructor.

—Exacto. Héctor y su amigo lo hicieron, eh, el otro arquitecto. Unos muchachos y qué buenos eran. Estábamos todos locos, pero se hacían cosas fantásticas. Ya lo ves. Cambiamos un país, ¿qué te crees? Parece de viejo soberbio decirlo, pero es que nadie se acuerda de nada. Bueno, y yo debería irme de aquí, dejar el estudio. Porque ya no tengo trabajo, ni ahora ni desde hace mucho. ¿Héctor tiene?

—No, bueno, como arquitecto no.

—¿Tú sabes que siempre he dicho que Héctor es un Leonardo da Vinci?
Rompí a reír, divertida:

—No, pero ya se lo diré, ya...

—Mi mujer dice que soy un exagerado, pero cuando me preguntan qué opino de Héctor, digo esto, es un Leonardo que este país no se merece. A ver dónde has visto tú un tío que haga más cosas, que pinte, que escriba, que haga arquitectura, sillas, mesas, todo de lo más razonado y con una sensibilidad extraordinaria. ¿Dónde lo has visto tú? En Florencia, en el siglo xv. El problema de Héctor es haber nacido en un mal lugar y en un mal momento. Sin Médicis a la vista ni nada que se le pueda parecer, ni por asomo. O sea, que ahora no tiene trabajo el Héctor, ya te lo digo yo, qué país este, parece mentira. Yo tampoco tengo trabajo, claro que no, y tendría que irme de aquí, pero no me da la gana.

—Ya lo entiendo, qué pena...

—Ahora las niñas quieren que ponga orden. No te creas que me interesa algo, esto de ordenar, pero hay que hacerlo, porque si no todo desaparece.

—Ya...

—Es el drama de la desaparición. Estoy llevando las fotos a mi casa y van directas a las paredes del lavabo o al trastero, para que nadie las vea. O para que las vea quien yo quiera. A mí no me gustan las fotos como objeto decorativo, las fotos a los libros, tú. Es un arte mecánico y no hay que darle un valor arqueológico, nada de todo esto, las copias y el *vintage* son una chorrada. Me estoy enrollando mucho, ¿verdad, Colometa?, pero es que ahora todo el mundo quiere que hable, tienen mucho interés en mí, durante unos años yo no era nadie, y ahora lo vuelvo a ser otra vez. Esto de la fama va y viene. Tienes que cumplir ochenta años para que todo el mundo se interese por ti.

—Pues yo también he venido para que hables.

—Si a mí me gusta hablar, no te creas que tengo otras cosas que hacer, lo más divertido que hago ahora es ir a la radio a hablar en una tertulia con el padre Acebes y digo lo que me da la gana. Pero tú quieres que hable de Emma, eh, sí, pues, mira, hoy la niña del archivo no viene y estamos solos. Nos sentamos aquí. Aquí mismo porque no hay otro sitio donde sentarse.

Llegamos a un rincón donde había un sofá pequeño de dos plazas de un cuero negro gastado y un poco estriado. Se sentó con dificultad y sin dejar de hablar.

—Lo del archivo hay que hacerlo, ya lo sé, es la Peretti la que quiere salvarlo, tú, Elsa es un ángel, ¿sabes?, ha sido el último ángel en aparecer en mi vida. Pero yo no quiero saber nada del archivo. Que me lo hagan las niñas, un archivo es método y orden y no se pueden hacer fotografías con método y

orden. Es como la técnica. Nada, la más elemental. En ocho días se aprende, no tiene más. No te ofrezco nada porque no tengo nada que ofrecerte.

—No te preocupes, acabo de tomar un café.

Se me quedó mirando con atención.

—¿Y tú qué haces, Colometa? Me gusta llamar a las niñas Colometa, no te molesta, ¿verdad?

—No, para nada.

—¿Sabes quién era la Colometa?

—Bueno, la de *La plaça del Diamant*, ¿no?

—Sí, pero eso es lo de menos. Lo que no haré es irme a Madrid y llamar a las niñas Colometa, porque aún lo entenderían menos que aquí, no cale, no cale. —Se rió con ganas y me enseñó su dentadura algo deteriorada—. No cale sí que lo digo en Madrid... y me entienden, a mí me gusta mucho Madrid, ¿a ti?

—Sí, también.

—Qué amables son, tú. Algo inaudito. Soy un catalán al que le gustan los madrileños y adora a los gallegos. La tacañería que hay en Cataluña no la he visto en ningún sitio. Cuando hacía libros de cocina, fuera de aquí siempre me ofrecían la cena, aquí nada. Con Jack Stewart discutíamos sobre si eran más tacaños en su casa, en Escocia, o aquí. Pero tú quieres que hable de Emma, ¿eh? Si ves que me desvío del tema me das una patada, sin problemas, que a veces la cabeza se me va, ¿sabes?, son unos cuantos años ya, tú me das una patadita, nada, suave, no me hagas mucho daño, porque tú eres grande y tienes unas buenas piernas, ¿eh?

Me miró, bastante serio, las piernas. Después, el regazo, donde reposaba *Private Eye*.

—Me traes un libro, veo. Es el del elefantito, el de estos chicos tan simpáticos de Madrid, que editan libros...

—Sí, me gustaría que se lo dedicaras a Héctor...

—Y tanto. Dámelo. ¿Sabes que este elefantito lo regaló Dalí y se llama *Suru* y está en el zoo y tiene cuarenta y un años?

—Qué dices.

—*El que sents...* ¿Tienes un algo para escribir?

Le dejé mi rotulador negro. Abrió el libro, pasó la guarda azul y garabateó, con el pulso algo trémulo, una gran pelota que acabó siendo su firma. Después, escribió la dedicatoria.

—Gracias, Blai, le hará mucha ilusión.

—Podía haber puesto algo de Leonardo, vaya. Pero me ha salido así.

Me devolvió el libro, leí lo que había escrito «Para Héctor, que siempre está en su sitio», y titubeé:

—No, ¿no? Muy Leonardo no es.

—Bueno. Ahora que lo dices, quizá sí.

Me quedé pensativa.

—Bueno, Colometa, ¿me preguntas por Emma?

—Sí, sí.

—Lo bueno de esto es que nadie me pregunta sobre Emma, claro. Todos quieren hablar de Ibiza o del *Interviú* o de cuando me fui a París, o sea, que está bien hablar de Emma. ¿Tú sabes que fuimos novietes? Sí, claro, porque ella lo ha escrito, y mira que me decía que yo era un cotilla, pues ella luego va y lo escribe todo en los libros, sin problemas, ¿eh? En su caso se confunden las memorias con las novelas, no se distingue. Pero tampoco fuimos novios serios, porque éramos muy jóvenes y todo empezaba y para mí la libertad era importantísima. Lo que más valoraba era su conversación, que era extraordinaria. Íbamos mucho al cine, nos íbamos en grupo a Perpiñán, oh, ¿qué te crees?, lo de ver *El último tango en París* en Perpiñán no era broma. Había que cruzar la frontera para ver buen cine y lo que te quiero decir es que en el cine era donde más se notaba lo diferentes que éramos. A ella no le importaba cómo se rodaba una escena. Los planos, los *travellings* y todo eso. En cambio, a mí, era lo único que me interesaba. Ella estaba por la trama y por los desamores y lloraba mucho en el cine, sí, lloraba sin problemas de ningún tipo.

Blai se quedó callado un momento. Me miró, frunciendo la nariz, y continuó.

—Bueno, la conocí por el trabajo, sí. Lo primero de todo que tengo que decirte es esto. Me encargaba fotografías y me dejaba hacer, ella siempre me dejaba hacer, en este aspecto era un ángel. Y la fotografía por encargo para mí era lo mejor de todo. Con ella hicimos libros de fotografía, libros donde la imagen era lo que más importaba, fantásticos, cuando en este país nadie hacía eso. La fotografía no daba dinero, esto pasaba en Francia, aquí no. Por eso me fui rápido a París a conocer a Henry Cartier-Bresson. Y de paso a Doisneau..., a Brassai, y a éste..., me falta uno, a Guy Bourdin. Qué te parece. Pues para mí lo mejor era hacer las portadas, y lo que verdaderamente me gustaba era hablar con los autores. Cuando resultó que eran extranjeros, pues hablaba con el traductor.

Blai se rió.

—Yo quería saber lo que pensaba el que verdaderamente sabía de qué iba el libro. Es que la fotografía no cale que sea creativa. No cale, no cale, ¿eh? ¿Has visto? Bueno, una fotografía que se considera artística no es nada y yo nunca en la vida he hecho una fotografía para mí, nunca en la vida, cómo quieres que te lo diga. Igual que nunca en la vida he hecho una fotografía por dinero, no da dinero esto. Lo he hecho para tener notoriedad, casi todo se hace para eso, por un afán de protagonismo. Y con Emma hice otra cosa que me gustaba mucho hacer, que es de parásito. De parásito de gente más inteligente que yo, gente culta, claro, si eres parásito lo has de ser de gente más importante que tú, pues no lo serás de un burro. El roce te hace culto. Es la cosa del parasitismo. ¿Qué te piensas que hacía Catalá-Roca con Joan Miró? Fotos, sí, le sacaba fotos. Pero Miró, que era un tío muy raro, le daba unas confianzas que no le daba a nadie más, ¿eh?, y el Catalá-Roca aprendía y se enriquecía.

Se quedó callado. Por un momento dudé si tenía que hacerle alguna pregunta, pero enseguida vi que no. Arrancó de nuevo y siguió hablando a chorro como hasta ese momento.

—En esa época era difícil encontrar gente con buena conversación. Es que España era chocante. Tú no te lo imaginas porque no habías nacido, está claro. Antes de que se descubriera la televisión, España era chocante pero extraordinaria, a ver si nos entendemos. Yo tuve la inmensa suerte de viajar por todo el país, en los años cincuenta, la España cañí, ¿eh?, y me enteré bien. La inmensa mayoría de los españoles no sabían nada. Ni poner la radio. Lo bueno que ha sido la televisión para la cultura, lo mucho que ha civilizado, de eso tampoco os dais cuenta. Entonces, pues, yo conocí a Dalí y a Josep Pla, y son las personas que mejor conversación me han dado. Ahora no sé si sería parásito. Claro que tampoco sería fotógrafo, primero de todo porque el digital no me interesa, no sé ni qué es esto de la internet, en mi casa me parece que hay tres de internet, es que no sé ni de qué va, ¿qué es...?

Me reí, pero no tuve la más mínima intención de contestarle, estaba casi segura de que bromeaba y preferí que siguiera él solo con su juego, me divertía muchísimo.

—... una maquinita pequeña o como un televisor pequeño, ¿no? A mi mujer, que es muy joven, casi tanto como tú, ya le digo ya que un día la van a meter en la cárcel. Habla gratis con Brasil, sí, sí. Te van a meter un palo el día que se entere el que se tiene que enterar, a ver si te crees que puedes hablar con Brasil gratis y que no pase nada.

Se rió mucho y yo con él.

—Pero tampoco sería fotógrafo ahora por otro motivo muy importante, porque ha desaparecido el ambiente divertido que había en Barcelona y que te provocaba ganas de hacer cosas. Éramos un grupo, no muy grande, no te creas. Le pusieron el nombre de la Gauche Divine, eso ya lo sabes, claro. Y en el grupo había de todo, buenos arquitectos y buenos cineastas y editores y poetas y modelos. Todos muy izquierdosos. Y no nos interesaba nada la política. Había pijos, claro, oh, claro que había pijos, pero bueno, pijo quiere decir de buena familia, no hay más. Y lo que te quiero decir es que yo he tratado con una gente fantástica y en Barcelona había un ambientarro... Estar cerca de la frontera con Francia ayudaba, claro, ahora ya no es así. Vinieron García Márquez y el otro..., el Vargas Llosa, sí, antes del puñetazo estaban aquí tan amigos. Era fantástico. Y al final hacías las cosas porque existía una serie de personajes que te daban respaldo. Y Emma era una de ellas, claro. Yo conocí a Cela y a Delibes gracias a ella y nos fuimos a Valladolid a buscar perdices, para la colección que dirigía Emma, ésta, Palabra e Imagen. Que fue divertida y extraordinaria. Hice lo que quise, claro, perseguir perdices rojas. Me pasé días y días rondando por Castilla la Vieja y fue fantástico. A Emma no le gustaba nada que las matasen. Porque fuimos cuando se abrió la veda, a ver, cuándo íbamos a ir si no, era el momento de cazarlas y cuando yo podía hacer las fotos, pero ella no quería saber nada de eso. Estuvo un día o dos y se fue. El amor que tenía a los animales era una cosa grandiosa. Era realmente muy amiga de Delibes, había allí un respeto y una amistad extraordinarias, sí.

—Hay una foto muy famosa...

—No me hables de fotos porque nunca me viene a la cabeza una foto que he hecho. Siempre pienso en las que no he hecho, como Man Ray y Duchamp jugando al ajedrez en Cadaqués, o Dalí con una niña que se había tatuado sus bigotes. ¿Dónde estará esa niña ahora? Me lo pregunto muchas veces. Y estas fotos no se hicieron porque éramos unos gilipollas, por no tener ni idea de la trascendencia histórica ni nada, por desidia.

—Pero Blai, aquella foto que hiciste a Emma..., donde aparece muy bella, era en Valladolid, ¿verdad? Aquella en la que está medio dormida, tomando el sol, y se la ve tan relajada...

—Porque me la tiré la noche antes, sí. Eso es lo que quieres que te diga, ya lo veo, claro que me acuerdo, yo me acuerdo de todos mis polvos. Y no hay que chulearse de eso, pero bueno, ella también lo ha contado. ¿Por qué lo sabes tú? Pues porque ella lo ha contado. El arte es esto. Emma estaba especialmente bella ese día porque la desvirgué, porque fue su primer polvo, que ya le tocaba, ya tenía veinte y pico, y tenía ganas, lo normal. Y a partir de

allí salimos, de esa forma que se podía salir conmigo en ese momento y con la ciudad hirviendo de cosas por hacer y niñas que descubrir. Porque, verdaderamente, si me he dedicado a la fotografía ha sido, pues, como Serrat con la música, para ligar. Las niñas que veía por la calle me gustaban menos que las que veía en las revistas de modas, en el *Elle*, por ejemplo. Pero cuando hacías fotografía, pues las tenías más a mano. Pero al final lo de ligar, ya se sabe, sólo ligan unos cuantos. Tengo una teoría que dice que los ligones están emparentados con los macarras. Es que durante una época me preocupó mucho averiguar cómo se las arreglaban los ligones, y una de las conclusiones a las que llegué es que no hay que ser muy buen chico. Manda el macho alfa. Yo estaba dispuesto a figurar en el libro de los récords Guinness como el tío que ha fracasado más con más tías buenas de toda Europa. Tu marido siempre me decía que yo soy como un Woody Allen. Yo le descubrí Woody Allen a Héctor, ¿lo sabes, eso? Aquí nadie conocía a Woody Allen, pues con Héctor le vimos en un casino de Las Vegas de telonero de Bellafonte, en ese momento, pues, era un tipo que sólo hacía monólogos en sitios oscuros de Manhattan. Yo he viajado mucho con tu marido y lo pasamos muy bien. Es una de las personas con las que hacer de parásito, ¿eh? Tiene una conversación extraordinaria, ya te lo digo, no sé por qué ahora no nos vemos. Bueno, ¿cómo está? Dile que aún me acuerdo del Castel Nuovo, en Nápoles, cuando buscábamos gótico catalán para otro libro de Emma, que fue extraordinario, y a punto estuvimos de que nos atracaran unos napolitanos para robarnos mis Hasselblads. —Blai se rió—. Los napolitanos eran bellísimos, sacados de una película de Pasolini. Italia, Italia. ¿Tú sabes que estuve en el rodaje de la *Dolce Vita*? Ah. Qué Italia aquella, qué ambientarro. ¿Dónde hay un Mastroianni ahora? Y no es nostalgia, la nostalgia no me interesa.

—Blai, ¿tú te enamoraste de Emma?

—¿Yo? No. Esto de enamorarse no va conmigo. Ella sí, porque me escribió una carta de amor, eh. Muy bien escrita y a mano. Yo le contesté en catalán. Ella en castellano y a mano y muy bien escrita. Y eso que su madre le dijo bien claro que jamás debía escribir a mano una carta de amor, siempre debía hacerlo mecanografiada y sin firmar. Y Emma, ni caso, claro, ni en una cosa ni en la otra. —Blai volvió a reírse—. Pues esto, yo le decía que no podía ser. Es que yo quería estar con una niña que estuviera muy buena, me entiendes. Y a ella, por decirte que no le gustaba ni Marilyn Monroe, decía que si era tonta, eso me cabreaba bastante, claro. Pero es que Emma no veía, no era muy exigente con la belleza y no le importaba que sus fiestas se

llenasen de poetisas argentinas con pinta de lesbianas. Esas cosas del feminismo y del comunismo y del bien social que tenía Emma. Los buenos sentimientos son peligrosos. Esto lo he aprendido de Héctor. Lo cito tal cual. Lo sano es ser egoísta. El caso es que yo quería estar con una tía buena y Emma era muy inteligente y tenía mucha conversación. Pero no estaba buena.

Blai calló de sopetón. Yo fruncía el ceño. Él fruncía la nariz, levantaba la barbilla, me miraba por la parte baja de sus gafas.

—Y tú, Colometa, ¿qué haces? ¿El Héctor no te pinta? El Héctor siempre ha pintado a las mujeres con las que ha ido.

—Sí, sí que me pinta...

—Claro que te pinta...

—... me ha pintado mucho...

—... si no te pintara me quedaría muy preocupado. Pensaría que al Héctor le ha pasado algo grave..., o es que no estamos hablando del mismo Héctor.

—Se empezó a reír—. Ya te digo yo que eres una Colometa muy grande y muy alta, pero que yo a ti no te conozco. Claro que eso me es igual. ¿Tú sabes que lo más importante para que un tío te eche un piropo es ser alta?

—... pero últimamente ya no me pinta... —añadí al tuntún, sin pensar, con ganas de interrumpirle.

Blai se quedó perplejo. Frunció aún más el ceño, dejó la boca abierta. Yo me sentí incómoda. Recordé que Emma decía de él que era un cotilla. Por nada del mundo iba a contarle a Blai mis problemas con Héctor. Me puse nerviosa y volví a soltar lo primero que me vino a la cabeza para explicar lo anterior, aunque la lié todavía más:

—Me ha pintado tanto que hemos acabado hartos. Él y yo.

—*Escolta'm*, Colometa, ¿tú eres esa chica con la que se casó hace poco? ¿Que le hizo hijos?

5

La Cuñada levanta la mirada hacia el cielo con cara de disgusto. El ruido del helicóptero que sobrevuela la zona es ensordecedor. Está sentada en uno de los rellanos que hay a media escalera. A su lado, en el banco de madera, recostada entre muchos cojines, la Escritora descansa. La septuagenaria hace un amago de levantarse.

—Me voy.

—¿Adónde? —le pregunta, alarmada, la Cuñada.

—Un médico que tarda varias horas en atenderme no puede ser mi médico.

—Emma, hoy es fiesta y él está de guardia, no le debe de ser fácil dejar el Hospital. Después de todas las horas que llevamos aquí, no puedes irte... Y además, ¿adónde irías?

—A Casanova, a mi piso. Al ático. No lo sé. A donde sea.

—Entra en casa, Emma..., por favor...

—Esto es demasiado para mi hermano. Os acabaré dando asco. Necesito que alguien me cuide, pero no vosotros.

—Si tú me dejas, puedo hacerlo yo. Nos llevamos bien.

—Ah, bonita, no lo soportarías. Acabarías odiándome.

—Has tenido tantas cuidadoras, tantas amigas, consuegras, yernos...

—Bah, un desastre...

—Deja que mande tu hermano y que yo me ocupe...

—Muy bien. —Parece tranquilizarse. Se vuelve a recostar en el banco—. Me pongo en tus manos. —Y vuelve a incorporarse—. Quiero ponerme de rodillas.

—¿De rodillas?

—Sí. Quiero saber cuándo llega el médico.

La Cuñada la sujeta por las axilas mientras la Escritora se desliza del asiento y se va dejando caer hasta el suelo.

—Muy bien, Emma, le vuelvo a llamar, pero no puede tardar.

—¿Y mi hija?

—Ya la he llamado.

—¿Qué dice? ¿Por qué no está aquí?

—Está de camino.

—¿Y Ada?

—¿Qué?

—¿Ada ha llamado?

—No...

—No me quieren.

—¡Claro que te quieren! Tu hija está llegando.

—Ahora, levántame. Lo único que me importa es la perra. ¿Te ocuparás de *Safo*?

—¡Claro! —La Cuñada la levanta como puede hasta que la Escritora queda sentada en el borde del banco—. *Safo* aquí estará muy bien. Mira qué felices se los ve. —Los perros siguen correteando con entusiasmo por el jardín—. Cuánta razón tenías en que había que soltarlos, se llevan muy bien, no se han despegado ni un momento.

—Si de algo entiendo es de perros.

El helicóptero, que parecía haberse alejado, vuelve a sobrevolar sus cabezas. Suena un timbre y la puerta rosada se abre. Entra una joven alta, delgada, el pelo revuelto y rubio. Lleva un vestido de seda azul marino, suelto, corto. Sandalia plana. Se encamina hacia la entrada de la vivienda, pero se detiene al escuchar la llamada de la Cuñada:

—¡Ginebra! ¡Estamos aquí abajo!

La Hija baja los peldaños de terracota con lentitud, sujeta un casco de moto con una mano y una bolsa de tela azul celeste le cuelga del hombro. La Cuñada se levanta con la intención de acercarse a ella y recibirla, pero, en el mismo momento, resuena la insoportable melodía telefónica. Se sobresalta:

—Emma, Dios mío, tenemos que hacer algo con tu móvil. Pero mira, ya ha llegado tu hija, ¿ves qué bien? A ver, ¿dónde lo tienes guardado...?

La Cuñada rebusca en el bolso negro. La Hija se detiene a unos metros de la Escritora y la observa con gravedad. Su madre desvía la mirada hacia la piscina y cierra los ojos.

—No pone quién es —se lamenta la Cuñada. Un larguísimo número aparece en la pequeña pantalla—. Hola, Ginebra. Cuelgo, Emma, ¿eh?

—No cuelgues —ataja la Escritora entreabriendo los ojos—. Contesta.

La Cuñada obedece. Una voz robótica le informa sobre una encuesta telefónica. La Cuñada suspira e intenta cortar la llamada.

—Era una consulta para no sé qué ONG de perros abandonados.

La Hija resopla y ríe.

—Ay, mamá.

La Cuñada suelta el móvil. Se acerca a la Hija y le da dos besos. Espera a que las dos mujeres se saluden, que se digan algo, pero no ocurre nada. La

Cuñada vacila, decide acercarse de nuevo a la Escritora y sentarse a su lado. Guarda el móvil en el bolso.

—Hay que llamar a Albert —bisbisea la Escritora—, necesito mi agenda roja y que me tumbes.

El timbre de la casa suena de nuevo y la puerta rosada se abre. Entra un señor menudo, algo agitado y nervioso, de aspecto decimonónico, con americana y corbata y un maletín de cuero. Se queda plantado en la entrada, mirando la fuente, dudoso, no sabe hacia dónde encaminarse. El Hermano sale de la vivienda y lo recibe. La Cuñada le llama:

—¡Doctor Arimón, aquí! Estamos fuera, al fresco.

El Médico de Cabecera baja hacia ellas seguido del Hermano. Pide disculpas por el retraso.

—La manifestación no me lo ha puesto fácil. Está todo bloqueado. *L'Hospital està al centre i és clar...*

—*És clar* —corroborla la Hija—. Nadie piensa en los enfermos cuando se está con esta euforia independentista. —Rompe a reír—. *Sóc la Ginebra, doctor, la filla de la Emma.*

—*Molt de gust.*

Se dan dos besos.

La Escritora se ha ido dejando caer del asiento hasta arrodillarse en el suelo otra vez. Ha pedido a la Cuñada que la sostenga e inmediatamente después que la levante.

—¡Mamá! ¿Qué haces?

—Aliviarme, hija.

—Dice que si se mueve siente menos dolor —aclara la Cuñada.

—Bájame ahora.

—Mamá, ha llegado el doctor —avisa la Hija en tono imperativo mientras la Cuñada la ayuda a arrodillarse de nuevo.

—Ya era hora —reprocha la Escritora.

—¡Mamá! —La Hija se echa a reír entre divertida y escandalizada. Su risa es fresca, clara, contagiosa—. Barcelona está colapsada, ¿no te has enterado, Emma? Doctor, *ho sento*. —Inmediatamente se dirige a la Cuñada—: ¿Cuánto rato lleva así, Clara?

—Así, tan inquieta, poco —reflexiona ésta—. Durante todo el día ha estado bastante tranquila. Pero no ha querido entrar en casa.

La Hija pone cara de exasperación.

—No sé, mamá, ya sabes que no te creemos mucho.

La Cuñada se gira sobresaltada para mirar a la Hija.

—¿Que no la crees? ¿Tú crees que no está sufriendo?

La Hija resopla.

—No sé, Clara, si tú supieras, son tantas cosas... —Mira al Hermano—.
Hola, tío, ¿qué te parece todo esto?

El Hermano baja la cabeza, cruza los brazos:

—Lo que espero es que a partir de ahora nos haga caso.

—¿Y tú crees que os lo hará? —pregunta la Hija—. Nunca ha hecho caso a nadie, ya lo sabes. Pero bueno, quizá ahora sea diferente, te tiene tanto respeto...

El Médico de Cabecera se acerca a la Escritora, se sienta en la silla más cercana al banco y se dirige a ella alzando la voz:

—¿Cómo estamos...? ¿Eeeh, esto...? —Se interrumpe. Mira a la Cuñada con un leve gesto de interrogación. Al doctor se le desvía un poco el ojo derecho. La Cuñada se le acerca y, bajito, al oído, le chiva:

—Emma...

—¿Cómo estamos, Emma? —vuelve a preguntar a voz en cuello.

—Sorda, no —aclara la paciente con los ojos cerrados—. Oigo perfectamente todo lo que se dice a mi alrededor.

El Médico de Cabecera sonríe.

—Me alegro.

—Mamá, ¿por qué no abres los ojos? —inquire la Hija con evidente irritación—. Es muy incómodo hablar con alguien que no te mira.

La Escritora entreabre ligeramente los párpados. El Médico retoma la conversación:

—Emma, a ver. Antes que nada, dime si te puedo tutear.

—Puedes.

—A ver, Emma, ¿qué te pasa? ¿Cómo te sientes?

—Muy mal. Ya lo ves.

—Pues no, no lo veo. Necesito que me lo cuentes. ¿Sientes dolor?

—Mucho.

—¿Dónde?

—En las piernas. —La Escritora se toca los muslos.

—Siente alivio si se le masajea un poco —explica la Cuñada.

—Ya ves que aquí —tercia la Escritora con un atisbo de ironía— la única que colabora es este encanto de chica. —Y señala a la Cuñada—. Los demás no hacen nada. —Su hija se echa a reír a la vez que suelta un grito que hace sonreír a todos, médico y paciente incluidos. La Escritora continúa—: Pero doctor, el dolor no es lo peor.

—¿Ah, no? ¿Qué es lo peor? —se interesa el Médico.

La Escritora piensa durante unos segundos. Entorna los ojos de nuevo y responde:

—No saber si lo que está pasando es real o no. Ahora mismo te veo — mira al Médico de Cabecera—, pero no estoy segura de que seas de verdad. No sé si todo esto que está pasando lo estoy imaginando o es la realidad.

El Médico le da una palmadita en la mano y sonrío:

—Pues yo te aseguro que todo esto es muy real. —El hombre de aspecto decimonónico saca un estetoscopio de su maletín. Le ausculta el pecho, la espalda. Le mira la córnea de los ojos con una linterna. Cuando termina, se rasca la barbilla y se queda pensativo.

La Escritora intenta recostarse. La Cuñada le ofrece su ayuda, tira de ella para que se levante y le recoloca un cojín en la espalda. La enferma mira al Médico. Abre mucho los ojos, con esa mirada suya congelada, trabada, con la que parece no ver. Levanta el dedo índice y dictamina:

—Lo más importante es que entiendas que yo no quiero sufrir. Me queda poco tiempo y no lo quiero pasar sufriendo.

El Médico de Cabecera vuelve a sonreír. Le da unas palmaditas en la mano y le contesta en un tono tranquilizador:

—Emma, no quiero hablar de esto. Por cómo te veo, tú no vas a morirte. He hablado con... Sara —mira a la Cuñada—, tu sobrina, y me ha hablado del párkinson, del neurólogo, de muchos líos con la medicación, de cierto descontrol de diagnósticos y de médicos. Yo lo que os propongo —levanta la cabeza para dirigirse al resto de los participantes de la reunión, que se encuentran a su espalda—, lo que os propongo es que la ingresemos unos días. Desde el Hospital centralizaremos las cosas. Le haremos todas las pruebas necesarias, pruebas que competen a distintas especialidades, por tanto, desde allí, todo será más ágil y rápido. Vemos las pruebas y sacamos conclusiones. ¿Qué os parece?

La Cuñada y la Hija miran al Hermano. Éste asiente con un leve movimiento de cabeza.

El Médico de Cabecera se levanta. Se despide de la enferma y guarda, atropelladamente, los instrumentos que ha utilizado en el maletín. La Hija, el Hermano y la Cuñada le siguen hacia la puerta. El Médico de Cabecera llama por teléfono, anota cosas en un papel, les pregunta si tienen mutua, se pasan la información. La Cuñada le susurra:

—Sobre todo, doctor, tiene que conseguir que duerma. No dormir le tiene que sentar muy mal.

La Hija pide a la Cuñada:

—Clara, ¿puedes ir tú con mamá al hospital? Yo tendría que pasar antes por casa a recoger algunas cosas...

—Por supuesto, no te preocupes.

—Clara, al final, los árabes pasarán mañana —avisa el Hermano.

—¿Qué?

—Los árabes. —El Hermano la mira contrariado—. Que hoy no vienen.

—¿Tenéis amigos árabes? —pregunta la Hija—. Me parece muy bien.

La Cuñada ríe.

—No son amigos —aclara el Hermano—. Son del consulado de no sé qué país árabe y quizá nos compren la casa.

—¡Qué dices, tío! —exclama, sorprendida, la Hija.

—*Jo marxo* —informa el Médico de Cabecera.

El helicóptero está volando bajo. El zumbido es muy fuerte y la Cuñada se enfada:

—¿Qué es este ruido? Es insoportable. Llevamos así horas.

—Pues los de TV3, quién va a ser —observa el Hermano.

La Hija replica, extrañada:

—¿Tú crees?

—¡Claro que sí! —exclama el Hermano de evidente malhumor—. Este helicóptero, que lleva toda la mañana tocándonos los cojones, es de la televisión pública catalana, y por tanto lo pagamos todos.

—*Deuen estar filmant la uve* —comenta el Médico, sonriente. Adelanta la mano para estrechársela a alguien.

—Ah, claro —dice la Hija con alegría—, la uve, pues mira, filmarán a mi hija.

—¿Tu hija ha ido a la uve? —le inquiere el Hermano—. ¿Tú sabes lo que opino yo de que los niños vayan a las manifestaciones?

—Me lo imagino, pero yo soy una mujer separada, ¿sabes? —La Hija se pone a la defensiva.

—... opino que es educarlos en el odio hacia el resto de los españoles...

—... lo que mi hija hace esta mañana es cosa del padre, yo estoy intentando trabajar y no llego a todo...

—Nuestros hijos por poco van con mi madre —interrumpe la Cuñada—, no sabía qué hacer con ellos.

La Hija suelta un grito de sorpresa y alegría.

—Ah, ¿lo ves? ¡Claro! ¡Todos a la mani por culpa de mamá!

—Pero al final no han ido —se apresura a aclarar la Cuñada mirando a su marido.

El Hermano baja la mirada. Su sobrina añade en un tono más cariñoso:

—No es tan importante, tío, no te lo tomes así.

—¿El qué no es tan importante? —le pregunta él.

—Lo que verdaderamente importa es no ponerse hecho un radical, ni en un sentido ni en otro. Depende de cómo te pongas tú, ahora mismo me vuelvo una nacionalista.

—Ya lo eres.

—¿Yo? Noo —se ríe.

—Os falta perspectiva histórica.

—¿A quién?

—A los que seguís la corriente, a los que os doblegáis al poder, los que decís que no ser independentista es ser menos catalán..., o mal catalán..., no sé cuál de las dos cosas es peor.

Un estrépito de gemidos, pasos y jadeos ahoga la respuesta de la Hija:

—Yo no digo eso...

Un amasijo de pelo blanco irrumpe como un pequeño ciclón ante el grupo. Son los dos perros. El macho está enloquecido. Pretende montar a la hembra. La perra blanca parece ausente, las orejas bajas, se deja. El perro la intenta inmovilizar con las patas delanteras, pero no lo consigue. Resuella, sufre.

La Cuñada suelta un leve grito y se tapa la boca con las dos manos, el Hermano increpa a su perro y corre hacia ellos. El Médico de Cabecera, ajeno al violento revuelo que están causando los dos animales, sigue dando instrucciones a la Cuñada. El móvil vuelve a sonar. A la Cuñada le viene a la cabeza, con diáfana claridad, el nombre de la melodía que se esconde tras unas burdas manipulaciones raperas: *I Saw Mommy Kissing Santa Claus*.

Se escucha decir a la Escritora con pasmosa tranquilidad:

—No seáis tan estrictos.

La Hija exclama:

—¡Mamá! ¡*Safo* tiene catorce años! ¡Le puede hacer daño!

—¿Ah, sí? Pues no lo parece...

La poetisa

Por fin me atreví a escribir a Ada. Lo hice impulsada por la creciente necesidad de acercarme más a Emma. Mis conversaciones hasta el momento me habían ayudado, pero algo debía cambiar, la dirección, la intensidad. Ada me respondió enseguida. Se mostró afable, interesada, dispuesta a ayudarme en todo lo que me hiciera falta. Pero pospuso nuestra cita, sin explicaciones, ni darme una fecha aproximada. Yo empecé a desear nuestro encuentro como ningún otro. Me facilitó varios contactos y me animó a que empezara con la amiga poeta. Así lo hice.

Montserrat Oliu vivía fuera de Barcelona. Reconocí su casa antes de ver el número de la calle, antes de llamar. La *estelada* que había prendida a la barandilla del balcón me dio la pista. Era enorme, de un tamaño que obligaba a fijarse en ella. La amiga poeta vivía en un chalet a cuatro vientos rodeado de un jardín de grava y muchos bártulos dispersos a los que no presté atención. Yo sólo veía la bandera. Al entrar en el solar, tras franquear la verja de entrada, la *estelada* quedaba justo enfrente, a la altura de los ojos. Que estuviera descolorida se agradecía, la hacía menos agresiva y le daba una pátina de historia. Tuve ganas de preguntarle cuántos años llevaba allí colgada, si era de las que se venden en los chinos desde hace relativamente poco y están tan mal entintadas que resisten pocas horas al sol, o era de las buenas, las que no son acrílicas, las de tela de verdad, como las *senyeres* que fueron a la *manifestació* de 1977 a reclamar el estatuto de autonomía. Por supuesto que no se lo pregunté. Hubo muchas preguntas que no hice a la poetisa catalana por excelencia, a la grandísima amiga de Emma, que la quiso de verdad y estuvo a su lado hasta el final, a la mujer nacida en Mataró a la que me sentía vinculada por cuestiones que poco le podían importar. Era demasiado lo que me alejaba, lo que me impresionaba, lo que me hacía sentir pequeña, ignorante y una desarraigada sin conciencia. Su vasta cultura, su magnitud intelectual, el compromiso con su tierra.

Una de las cosas que no le dije fue que yo nací en un pueblo vecino al que nació ella y que se parecía tanto a mi familia paterna que me hacía pensar en que algún gen descontrolado nos debía unir. Se parecía demasiado a mi tía, en lo físico —pero también a mí, las tres parecemos cosidas por el mismo patrón, mujeres masculinas que lo tenemos todo grande— y en los ideales políticos —republicanas y catalanistas hasta la médula—. Tampoco le dije —cómo

decirlo— que compitió con mi padre en eso de caer bien a mi madre, coqueteando con ella a las ocho de la mañana en el vagón de un tren —duele decir que hace más de medio siglo—, y que si mi madre tuviera más *rauxa* y menos *seny*, vete a saber dónde estaría yo ahora..., o si, sencillamente, estaría. El tren partía de Mataró a las ocho de la mañana y las llevaba a Barcelona, una a estudiar, la otra a trabajar, eran unas adolescentes y mi madre una belleza fuera de lo corriente en esos tiempos y esos parajes, para qué omitirlo a estas alturas. Ganó mi padre, que no se subía a los trenes, pero que coleaba por los andenes dispuesto a todo por conquistar a mi futura mamá.

Con esta ambivalencia metida en el cuerpo fui recibida por una Montserrat cortés y distante que me expresó abiertamente sus dudas sobre lo que yo pretendía hacer. Vestía de negro —camiseta de algodón gastada, tejanos un poco ajustados— con un estilo entre básico y roquero de vuelta de todo. Nos sentamos a la mesa central de una habitación —que no supe determinar si era un salón o un espacio de trabajo— con dos vasos y un poco de agua. La mesa era clásica, de madera oscura y brillante, y estaba rodeada de mueblecitos de estilos variados —mesas auxiliares, cómodas, librerías, estantes y cajas— que atiborraban la pequeña estancia y que contenían cantidades ingentes de libros y papeles.

—Tú dirás.

Tras la primera y cordial conversación sobre mi periplo en coche hasta Argentona y las enrevesadas callecitas de la urbanización donde vivía —a media hora de Barcelona, si uno tenía y dominaba un GPS, cosa que no era mi caso— «tú dirás» fueron sus primeras palabras. Desde el hola inicial no le había arrancado ni media sonrisa. Ahora la tenía sentada frente a mí, los brazos cruzados, los labios apretados, cigarrillo en mano y apuntándome con su magnífica nariz aguileña.

Yo sonreí, sudorosa, abriendo el bloc, jugando con mi rotulador punta fina, y dije algo titubeante:

—Bueno, quizá, lo primero que te preguntaría... es cómo la conociste.

Montserrat Oliu dio una calada, tocó el cenicero y arrancó a hablar. Se expresaba con lentitud y extrema claridad, como si le diera cierto gusto escucharse, con esa voz ronca y grave que la caracterizaba:

—Conocí a Emma con dieciocho años, cuando ella tenía veintitrés. Hay que tener en cuenta que cinco años de diferencia, a esa edad, es mucho. Una diferencia tan grande como que ella terminaba la universidad y yo la empezaba. Se ha debatido mucho sobre si yo estudié Historia influenciada por

Emma, ya que ésa era la carrera que Emma había estudiado. Durante muchos años me arrepentí de esa elección, pensé que no había valido la pena, hay que tener en cuenta que Emma fue la hija predilecta de Jaume Vicens Vives durante toda su carrera; en cambio, cuando yo empecé, ya hacía tres años que el gran maestro había muerto. Mis profesores no se podían comparar a Vicens Vives de ninguna manera. A pesar de que pude disfrutar de alguna catedrática excelsa.

Hizo una pausa. Pareció meditar unos segundos.

—Tampoco es cierto, como se ha dicho tanto, que yo eligiera Historia para no tener que escoger Filología, porque en aquella época sólo había Filología Hispánica, y que yo sólo habría hecho Filología si ésta hubiera sido Catalana. —Montserrat se ríe, brevemente, por primera vez—. Esto no es cierto, lo que ocurrió es que a mí me parecía que lo más importante para ser poeta, cosa que tenía clarísimo que quería ser, ya de bien pequeña, era ser una mujer culta. Y que la cultura sólo la podía encontrar en carreras como Filosofía e Historia, y que todo lo relacionado con la Filología ya lo aprendería leyendo y escribiendo, que ya me lo encontraría. Cursar una carrera que me proporcionara una buena base cultural me parecía un requisito imprescindible. Por eso la escogí. Ésa es la verdad. Muchos años más tarde, cuando mi interés por el ensayo fue creciendo y, por citarte un ejemplo, coordiné la Comisión Internacional para la Difusión de la Cultura Catalana, me di cuenta de que sí que me había sido útil, de que no me había equivocado tanto.

—Entonces, entiendo que conociste a Emma antes de la universidad.

—La primera vez que la vi fue en el Servicio Social, en Alp. Era un especie de preuniversitario. Ella dio una charla ya como licenciada y fue algo magistral. Me quedé absolutamente deslumbrada. Recuerdo que dijo que una de las pocas fechas que no se podían olvidar era 1789.

Montserrat Oliu me clavó su mirada de pájaro, la inquisitoria mirada de una maestra que ha agotado la paciencia con los alumnos despistados o poco motivados.

—La Revolución francesa, obviamente —aseveró, clara y metálica.

Dio unos suaves golpecitos al cigarrillo y siguió hablando como si nada.

—Volvimos a coincidir en Begur, donde seguía con el Servicio Social, pero no hablamos hasta una tarde en que nos reencontramos en la universidad. Ella esperaba a Marta Prats y yo iba con Eulàlia Puig. Nos presentamos y nos invitó a ir al teatro, tenía entradas para ver *Fedra* de Racine, como podrás comprender, en aquella época era del todo insospechado que alguien te

pudiera ofrecer una cosa parecida. La obra de teatro era en francés, naturalmente, pero para mí no era un problema, lo domino perfectamente. A partir de entonces iniciamos nuestra larga amistad.

—¿Cómo definirías a Emma?

—Como alguien muy singular. Diferente a todo el mundo. Deslumbrante. Y nada clasista. Soy más clasista yo, intelectualmente, que ella. —Meditó unos segundos y añadió—: En realidad era una persona difícil de conocer. Con una gran carencia emocional.

—¿Recuerdas pasártelo bien con ella, reírte?

—No. Emma no era especialmente divertida. Viajamos mucho juntas, era agradable viajar con ella, no ponía problemas, tenía una alta capacidad para adaptarse a las incomodidades, no se quejaba, y ésta es una cualidad que yo agradezco mucho. Hemos dormido juntas en sitios insospechados, en conventos, en el suelo, todo para asistir a conferencias o dar seminarios, o ir a ver representaciones teatrales excelsas, en París o en Estocolmo para ver a Bergman. O en Londres, obviamente. Siempre decía que yo era la única persona con la que se veía capaz de compartirlo todo, absolutamente todo, el baño como quien dice, y otro tipo de intimidades.

Montserrat sonrió un instante. Pero enseguida volvió a quedarse seria para concluir:

—No sé qué más decirte.

Me estrujé el cerebro para darle más conversación.

—¿Qué es lo que recuerdas especialmente de ella, de tu amistad con ella?

—Las conversaciones, por supuesto. No eran especialmente sobre literatura, eso fue más al principio, pero después, con los años, hablábamos de todo. Venía muy a menudo a casa, durante muchos años por Navidad. Llegaba el veinticuatro de diciembre y se iba el uno. Celebrábamos juntas la Nochevieja. Veíamos *Ricas y famosos*. A las dos nos entusiasmaba.

Me reí, ella no. Intenté sacarle más información sobre esas veladas, la imagen de dos de las literatas izquierdas y feministas más prestigiosas del país sentadas en un sofacito viendo *Ricas y famosos* por Fin de Año y pasándose el tiempo me parecía impagable. Pero sólo conseguí que añadiera un dato más: la que le gustaba a Montserrat era Candice Bergen. Para evitar que volviera a decirme que no tenía nada más que contarme, me adelanté con una de esas preguntas espontáneas mías, esas que digo sin pensar, que parecen simplonas, pero a las que acabo sacando partido:

—¿Y lo celebrabais con más gente?

—¿Con más gente? Qué dices, ahora. Noo. Ya hace mucho tiempo que no celebro estas fechas, ni las navidades, ni Sant Joan, como podrás comprender. No, las dos aquí, solas, donde estamos tú y yo.

—Y cocinabais...

—¡Nooo! Yo le decía que se estuviera quieta, que no se moviera, que si no todo era peor. ¡Y que no me trajese nada comprado!

Montserrat se echó a reír y noté que aflojaba, que se relajaba, que le afloraban algunos recuerdos. Durante un rato habló sin necesidad de ser preguntada:

—Con Emma podía pasar de todo. Recuerdo estar en la casa de la calle Rosellón, donde vivía aún con sus padres, y tomar el té con personajes inverosímiles como la duquesa de Medina Sidonia y después ir a hacer beneficencia con Paco Candel. Eran cosas que no pasaban habitualmente. Hace poco me acordé de ella por una de sus extravagantes salidas, una ocurrencia impensable. Fue a raíz de estar trabajando en mi tesis. Hay una chica, una universitaria, que está haciendo una tesis sobre mí y sobre mi obra y viene a verme día sí, día no. Cuando no viene a casa es que está en la biblioteca de Mataró, que como bien sabrás, lleva mi nombre. Que mis libros sólo se encuentren en las bibliotecas resulta bastante molesto. El caso es que con la chica universitaria hemos estado hablando de Virginia Woolf y de mi periodo de absoluta fascinación por ella y todo Bloomsbury. Un momento crucial en mi creación literaria. Emma publicó toda la obra completa de Woolf y yo la traduje. Hablando de todo esto con la chica de la tesis recordé una de las ocurrencias de Emma, absolutamente hilarante, sobre el tema. Se le ocurrió decir que, trasladado a España, el binomio Virginia Woolf-Vita Sackville-West encontraba su homólogo en Carmen de Icaza y la duquesa de Alba.

Montserrat Oliu se carcajeó durante unos segundos que me parecieron larguísimos y que, sin duda, para ella, fueron los más divertidos de nuestra charla. Imaginé a Carmen de Icaza como a una escritora de novela rosa, de la posguerra, carpetovetónica, y me reí por compromiso. Aproveché para echar una rápida ojeada a mi libreta buscando alguna nota, algún tema que hubiera apuntado previamente al preparar la cita y que podía estar olvidando. Di con uno que no me ilusionaba, pero como las risas de la Oliu ya se habían extinguido, no tenía tiempo para dudas:

—Emma perdió todo interés en la política, ¿verdad? Al menos en los últimos tiempos...

Montserrat saltó, enfurecida:

—¡La Emma de los últimos años no era Emma! ¡Hay que sacársela de la cabeza! ¡No puede tener ningún interés hablar de la Emma de los últimos tiempos! ¡Claro que le interesó la política! ¡Tenía que interesarle mucho para que yo consiguiera que hiciera una donación económica para Bandera Roja! —Me clavó una mirada furibunda. Yo bajé la mía y apunté lo de Bandera Roja, bien claro, en el bloc.

A Montserrat se le pasó enseguida el repentino enfado. Y, más calmada, prosiguió:

—Pero ella después derivó al PSUC. Te contaré otra historia demoledora. Había un personaje importante que tuvo un papel relevante dentro de la resistencia del catalán, Josep Pedreira, que fundó Óssa Menor. Su hija se metió en problemas y tuvo que salir corriendo del país. Emma le dejó su propio pasaporte para facilitarle la huida y que pudiera cruzar la frontera. ¿Te puedes imaginar lo que significaba correr un riesgo parecido en esos momentos? Representaba ir a la cárcel, obviamente, si la policía se enteraba. Estamos hablando de tiempos de dictadura, con una represión total a nuestra lengua y a nuestros derechos. No quiero ser indiscreta, pero ¿tú naciste antes o después de la muerte de Franco?

—Antes.

—Pues aún debiste sufrir una escolarización españolista...

—A medias.

—... a finales de los setenta despuntaban las primeras escuelas privadas en catalán, en esos momentos era un sueño que el catalán llegase a la enseñanza pública..., ahora ya es otro asunto.

—Ahora todas las escuelas enseñan en catalán.

—Faltaría más.

Se quedó callada, como de malhumor. Vi claro que estábamos llegando al final de nuestra cita y que Montserrat no iba a tener mucha más paciencia. Le hice las dos últimas preguntas:

—¿Hablabas catalán con Emma?

—Entre nosotras hablábamos en castellano, pero cuando había más gente nos pasábamos al catalán. Fue así desde el principio y no lo cambiamos. Mis dos primeros libros son en castellano. De un día para otro decidí que si yo era catalana tenía que escribir en catalán. Así de sencillo y evidente. Eso supuso tener que aprenderlo, no sabía escribir en mi propia lengua, pertenezco a una generación que lo estudió todo en castellano. La lengua catalana era la de mis padres. Cuando me pasé al catalán, Emma se puso hecha una fiera, no quería. —Montserrat se rió y yo lo agradecí—. Pero finalmente, y durante muchos

años, Emma editó una colección en catalán, *Més paraules*, dentro de Obelia, que yo dirigía. Hasta que decidí irme a Mitilene, otra editorial, feminista, más acorde con mis principios y mis compromisos. En ningún caso pretendo decir que Emma no fuera suficientemente feminista, pero yo buscaba una actitud más reivindicativa. Le pedí permiso y me lo concedió. Todo muy bien, ningún problema entre nosotras, por supuesto.

—¿La echas de menos?

—Sí y no. También siento un gran alivio.

Montserrat me acompañó hasta la puerta del jardín. Obviamente, como habría dicho la poetisa, la *estelada* seguía allí, ondeando, algo pachucha pero resistiendo todo el sol de mediodía que le caía encima. Me vino a la cabeza una foto que durante años corrió por la casa familiar donde crecí y que siempre me gustó mucho, una foto en blanco y negro donde salía mi padre con su bigote a lo Burt Reynolds, guapísimo, y yo subida a sus hombros, feliz, con un pañuelo de las cuatro barras atado en la frente. Estábamos rodeados de más de un millón de personas, en la que fue la primera manifestación catalanista multitudinaria de la historia y recorríamos el centro de Barcelona, Paseo de Gracia abajo, el 11 de septiembre de 1977, pidiendo a gritos *Llibertat, Amnistia, Estatut d'Autonomia*.

Hacía muchos años de eso. Casi toda mi vida. Pero creo que mi posición al respecto no había cambiado. La de una niña que se deja llevar por el hombre al que más ama en el mundo.

**En la habitación número trece
o Clara, Clara, sácame de aquí**

1

Estamos en la octava planta del Hospital. La calidad de la luz es blanca, fría, propia de fluorescentes. Tras escuchar toda la cadena de chasquidos que produce un ascensor al abrirse (el din don del timbre, el rebote de la cabina al llegar a la planta y la apertura de puertas), aparece la Cuñada empujando la silla de ruedas donde va sentada la Escritora.

—Siento que te hayas caído, Emma —se excusa, agobiada, las mejillas encendidas—. Esos tíos yendo de profesionales, apartándome, poniéndose guantes esterilizados y no sé cuánta mandanga, y no saben sacarte del taxi sin que te les escurras.

—Los muchachos estaban merendando —dice, sonriente, la Asistente Dos.

La Cuñada observa a la boliviana menuda, de pelo negro brillante y tez morena, que las viene siguiendo. Viste una sudadera negra con el logo de Chanel distorsionado. La ve sonreír por primera vez. Es Jennifer, la suplente de la Asistente Uno, la del turno de día, la que hasta ahora no parecía boliviana porque durante todo el día apenas ha dado su opinión en nada y se ha mostrado seria, taciturna.

—Ya lo he visto, ya —conviene la Cuñada, molesta—. Encima nos hemos tenido que esperar a que se acabaran la magdalena.

La Asistente Dos sonríe aún más y enseña el puente dorado que tiene entre el primer y el segundo premolar. A la Cuñada le irrita esa insólita alegría que manifiesta la chica, pero decide que no es momento para tenerlo en cuenta. La Escritora parece dormitar, las manos entrelazadas bajo el mentón.

Las tres mujeres se dirigen hacia lo que parece un mostrador, una pequeña tarima blanca con dos ordenadores. Una foto de Juan Carlos I cuelga en la pared.

La Cuñada se detiene. No ve a nadie. El silencio es engañoso, enlatado, de edificio inteligente (una impresora que trabaja a toda castaña, el sordo motor del aire acondicionado, una máquina expendedora de bebidas que lucha por mantener heladas todas las latas que contiene). La Cuñada reanuda el paso. Dejan atrás el mostrador y avanzan por el corredor. Pasan por delante de la habitación número diez, de la once, de la doce, de la trece y, cuando están casi

en la catorce, tropiezan con una señora que lleva una bata de rayas y el pelo de un rojo encendido.

—¡No, corazón! ¿Adónde se va usted? ¡Tiene que preguntar en recepción!

—La señora habla a voz en grito con un marcado acento andaluz.

—¿Y dónde está la recepción? —le increpa la Cuñada.

—Allí mismo, mujer, enfrente del ascensor, ¿no la ve? Si acaban de pasar por delante. Ya las acompaño yo, corazón.

El grupo vuelve sobre sus pasos. Siguen a la señora andaluza de la bata de rayas que empuja un enorme carrito lleno de escobas, mochos, cubos y bayetas.

—Pero si aquí no hay nadie —se queja la Cuñada cuando alcanzan el mostrador.

—¿*Què volen?* —Una voz aniñada (y bastante repelente) emerge tras los ordenadores. Unas inmensas pupilas azul celeste, salpicadas de esmeralda, se clavan en los ojos de la Cuñada. La Cuñada se siente desfallecer, no sabe si esos ojos y esa cara sacada de un cuento de hadas tendrán algo que ver con el inmenso vahído que la invade. La carita de princesa adolescente pertenece a la Enfermera Uno. Tiene el pelo moteado con destellos dorados y lo lleva pulcramente recogido en una graciosa coleta. No parece haber cumplido los veinte años. No se levanta.

—Vengo de parte de... —musita la Cuñada.

—Ya, del doctor Arimón —interrumpe la Princesa Enfermera en un tono tajante y frío que parece querer contradecir la dulzura de su aspecto—. Sí, ya nos ha llamado. Espérense.

La Enfermera Uno se esconde de nuevo tras el dorso negro y cableado del monitor informático. Deja a las tres mujeres plantadas frente a la repisa. La Señora de la Limpieza reanuda con inaudita rapidez sus quehaceres, saca el mocho del cubo (chorreando lejía) y se pone a fregar las relucientes baldosas blancas.

La Asistente Dos se acerca a la Cuñada. Se aproxima tanto a ella que la obliga a retroceder unos pasos. Le cuchichea al oído:

—Verá, señora, yo le quería decir que ayer encontré esto en el cubo de la basura. —Revuelve su bolso y saca un sobre abierto del que asoman muchos billetes—. Yo no quiero que ninguno de ustedes piense mal de mí, señora.

La Cuñada observa un sobre desbordado de billetes de cincuenta, muy arrugados.

—¿En la basura? —pregunta la Cuñada con un hilo de voz.

—Sí, señora, en la basura.

—No es cierto —interviene la Escritora con acritud—. Os escucho.

La Asistenta Dos se pega más a la Cuñada y la obliga a retroceder unos pasos hasta tocar la puerta del ascensor.

—Y yo quería decirle otra cosa, señora.

—Dígame, Jennifer...

La Asistenta Dos le enseña una libreta de ahorros del Banco de Sabadell.

—Verá usted, yo no he cobrado este mes, si lo mira bien, aquí verá que en todo septiembre no he cobrado mi sueldo, señora. El cuatro de agosto está mi ingreso de novecientos euros. Pero si mira septiembre, pues no está, ya verá usted que no aparece, señora. Y además he hecho horas de más, los domingos que no me tocaban, lo tengo todo apuntadito acá mismo. —Saca un pequeño papel redoblado y sobado—. No sé si usted puede hacer algo, la señora Emma, ya ve usted, no está para esto.

—Claro que estoy —protesta la Escritora—. Sólo hay que hablar con Jaume. Clara, quiero mi agenda roja.

Suena el móvil desde el bolso negro. La Cuñada se angustia y suplica:

—¿No podemos bajar el volumen del móvil de una vez? —Corre hasta la silla de ruedas y saca del Loewe el aparato, pulsa todo lo pulsable, pero no consigue enmudecerlo. La Asistenta Dos toma a la Cuñada por el brazo y se la vuelve a llevar hasta la puerta del ascensor.

—Señora Clara, también están los canarios, hay que darles de comer y hoy llegan los muebles y no sé cómo lo haremos, pero hay que pagar el traslado...

—¡Un momento, Jennifer, apágume esto!

—No se puede, señora, a ver, deme, quién será...

La Asistenta Dos coge el móvil y contesta:

—Dígame usted... Sí, señor, lo sé, ahora mismo lo estoy hablando yo con la señora, eso ya lo sabía yo, sí.

La Asistenta Dos se lleva el móvil al pecho. Le cuenta a la Cuñada:

—Tenemos que pagar mil cien euros al señor del camión.

—¿Qué? ¿Qué camión?

—Están en el piso esperando pero en el piso no hay nadie.

—¿Pero qué me está diciendo?

—La señora Emma regresó al ático...

—Sí, lo sé.

—Pero enseguidita cambió de opinión y anteayer volvimos al piso de Casanova. Pero los muebles ya estaban en el ático y hoy llegaban a Casanova de vuelta y hay que pagarles o no dejan los muebles. Y si se llevan los

muebles, yo no sé qué pasará, señora, ¿pues adónde se los llevarán? Y dos traslados habrá que pagar, pero usted sabrá que ya pagamos otro la semana pasada.

—¿Pero tenía que ser hoy, precisamente hoy?

—Ahora mismito, señora Clara, allí mismito están, en la calle, todos los muebles. Y aquí está el señor del camión. —Palmea el móvil que aprieta sobre su pecho.

—Pero, pero ¿por qué no me lo ha dicho antes?

—No lo sé, señora...

—¿Y de dónde sacamos ahora mil cien euros?

—Eso no es un problema —dice la Escritora con los ojos entornados—. Dinero no falta.

Las dos mujeres, al unísono, clavan la mirada en el sobre que asoma por el bolso de la Cuñada. Ésta lo coge, lo abre y va dando, de uno en uno, los billetes de cincuenta a la sirvienta mientras va contando con rapidez:

—Cien, doscientos, trescientos, cuatrocientos, quinientos, seiscientos, setecientos, ochocientos. No nos llega, aquí hay ochocientos... —La Cuñada se queda pensativa—. Pero bueno, yo puedo sacar lo que falta, sólo que ahora...

—Sacadlo de mi tarjeta de crédito —ordena la Escritora.

—Usted no tiene su tarjeta de crédito, señora —replica la boliviana—. La tiene el señor Toni, ¿se acuerda? Se la dio para su pago del mes.

—¿El señor Toni? —pregunta la Cuñada.

—El señor Toni es el que da masajes a la señora Emma y riega las plantas.

—Sí, eso lo sé, pero ¿tiene su Visa?

—Sí, señora Clara.

—Hola, hola, buenos días, ¿cómo están? —Aparece una chica con aspecto vivaz y una plaquita de plástico pegada a la solapa de su americana que reza CAROLINA RODRÍGUEZ. Se les planta delante con un *dossier* del mismo azul marino que el uniforme que luce. Las tres mujeres la miran pero no responden.

—Llamad a Toni —vuelve a ordenar la Escritora.

—Busque la libreta roja, Jennifer —ordena la Cuñada—. Tenga mi móvil, llame al señor Toni y luego me lo pasa.

—¿Y el señor de los muebles? —La Asistente Dos sonrío, casi parece divertida. Le enseña el móvil agitándolo de una forma exagerada.

La Cuñada siente cómo un calor repentino le sube a la cara y le estalla en las mejillas. Agarra el móvil de las manos de la boliviana y se aleja por el pasillo.

—Bueno, bueno, bueno. —La dama del uniforme azul marino quiere hacerse notar. Se muestra extremadamente sonriente. Tiene la piel tersa y radiante y unos ojitos pequeños y vivaces tras unas gafas de montura ligera—. Yo soy Carolina, la responsable de las relaciones externas y directora del Comité de Recepción del Hospital. Bienvenidas. Si no me equivoco, la paciente es usted, ¿verdad? —Se inclina hacia la silla de ruedas y da unas palmaditas en la rodilla de la Escritora. Ésta apenas eleva una ceja; sigue con los ojos medio abiertos y las manos cruzadas—. Vienen de parte del doctor Arimón, ¿verdad? —prosigue la Directora—. Vamos a hacer un ingreso rápido y, como van a poder comprobar, de lo más efectivo.

La Cuñada está hablando por el móvil a voz en grito. Se ha ido acercando a la máquina expendedora hasta acabar con la cara pegada a ella:

—Ahora mismo le llegan los mil euros, ¿me escucha?, sí, sí, los mil cien, muy bien, pero los muebles quietos donde están, ¿eh?, no se mueva usted de allí..., que yo le digo que en nada tiene el dinero. En la calle Casanova número cinco. Sí, sí. Muy bien.

—Bueno, bueno. —Carolina, la Directora, habla en un tono de voz menos seguro—. Usted no se preocupe de nada, que aquí estará muy pero que muy bien. Ya saben que es la parte del hospital más..., digamos, comfortable..., por qué no decir exclusiva... Cada año acude Su Majestad el Rey Juan Carlos a hacerse sus chequeos y a agradecer nuestros servicios. Esperemos que su hijo haga lo mismo, ahora que el rey es él.

La Escritora abre los ojos y mira a la Directora, que reprime la risa. Ambas se contemplan durante unos breves segundos. La Escritora los vuelve a entornar y esboza una sonrisa difícil de interpretar.

La Directora reanuda su charla:

—Antes que nada deberían rellenar estos papeles mediante los que nos otorgan el consentimiento a una serie de requisitos. A ver, ¿quién realiza el ingreso?

La Cuñada reaparece entre el corro de mujeres y pregunta:

—¿Cómo? —Mira al móvil, lo teclea con impaciencia y al tuntún.

—Que quién es la persona autorizada para realizar el ingreso.

—¿Autorizada?

—Sí.

La Cuñada titubea.

—¿Qué? Esto... Supongo que yo. —Se dirige a la Asistente Dos y le da el móvil—: Tome, Jennifer, lo odio, no puedo con él. —Y añade—: Vaya volando a la calle Casanova con la pasta y llame a Toni para que saque trescientos euros y se los lleve a Casanova. Si le pone alguna pega que me llame a mí. —Empieza a sacar los billetes de cincuenta euros que han quedado sueltos dentro de su bolso—. Apunte mi número de móvil, Jennifer.

—¿Entonces usted es la persona responsable del ingreso? —La Directora alza la voz. Se queda mirando el trasiego de billetes. Ha perdido la alegría inicial pero no parece dispuesta a rendirse—. ¿Es usted?

—Sí, claro, yo he venido aquí con ella y..., esto, claro, hemos venido para ingresarla, sí.

—¿Y usted quién es?

—¿Yo?

—Sí.

—¿Que quién soy yo? Yo me llamo Clara.

—Muy bien, y ¿qué vínculo familiar tiene con la paciente?

—¿Eh? ¿Vínculo familiar? —La Cuñada parece deshincharse. Se frota los ojos, la frente, mira a ninguna parte, sigue entregando el dinero a la Sirvienta Dos como una autómatas, sin mirarla—. Creo que estoy muy cansada. ¿Qué vínculo familiar tengo?

La Asistente Dos, que con la palma de la mano abierta va recibiendo los billetes de cincuenta euros, le recuerda:

—Usted es la cuñada.

—Ah, claro, sí, yo soy la cuñada.

Se tapa la cara con una mano y suelta un resoplido que acaba en una especie de risa descontrolada. La Directora del Comité de Recepción del Hospital la observa en una actitud de lo más inexpresiva. Repasa de arriba abajo y sin ningún disimulo el metro setenta y seis —más cinco centímetros de plataforma— del que está hecha la Cuñada. Se fija en el suave bronceado, en el escote, en los generosos pechos. En el escueto vestido anudado como un pareo y su variopinto estampado de flores y mariposas, un conjunto más propio de un lujoso resort que de un hospital de la Seguridad Social, aunque se trate de la planta privada con derecho a retorno del ochenta por ciento (como así asegura Sanitas).

La Cuñada se acalora. Se frota la cara, se le caen los últimos billetes de cincuenta, se pregunta qué hora debe ser, quizá más de las nueve de la noche, y le parece recordar que tiene una cena de compromiso con el Hermano y un arquitecto célebre recién llegado de Australia.

La Asistenta Dos nos regala la sonrisa más desinhibida que vamos a tener ocasión de ver.

La amiga de toda la vida

La señora Coll, o Anke Winterberger, vivía en un barrio residencial y acomodado de la ciudad, en una finca noble y austera de cuatro plantas, de piedra y ladrillo, típica de la Barcelona de los años cincuenta. Por teléfono se mostró muy bien dispuesta, su manera de hablar era de lo más alegre y vivaz y, cuando me recibió, con dos cariñosos besos, se mostró sencillamente entusiasmada. Más tarde comprendí que su feliz excitación provenía de la grata expectativa que le suponía romper su rutina y ser útil a alguien.

Nos sentamos en el mullido tresillo de estilo inglés, ante una mesa baja con un espléndido servicio de té y pastas. Era una mujer ligera, graciosa, que llevaba un *twin set* de cachemir verde grisáceo y unos pendientes —esplendorosamente discretos— con dos perlas de tamaño mediano y un diamante. Le encajaba más el nombre de casada, Coll, un apellido muy catalán, que el nombre de soltera, de un alemán tan rotundo que se me hacía hasta exótico, Anke Winterberger. Ésta fue la primera observación que le hice, me pareció una buena manera de romper el supuesto hielo —que no había— antes de empezar a hacerle preguntas.

—Bueno, ya sabes que fuera de España todas las mujeres pierden su apellido de soltera —me comentó, divertida—. Es una excepción muy de aquí, pero a mí ya me va bien, no sabes lo que es dar mi apellido paterno en el mercado, en el médico, el tiempo que he ganado en todos estos años, ni te cuento lo que sería deletrearlo, no, no..., hay que sacar algún provecho de estar casada, ¿no te parece?

Se rió, con una risita breve, aniñada, tan graciosa como ella. Luego me miró con alegre expectación, sentada justo al borde del sillón —tapizado en verde carruaje como todo el tresillo—, con las dos manos en el regazo, olvidándose de ofrecerme el té, como imaginé habría sido su predecible siguiente paso. Yo me sentía bien. Relajada y agradecida. La cita sólo podía ser agradable, esa señora era un encanto y estaba deseosa de hablar y de ayudarme.

—Ya me dirás qué quieres que te cuente, querida —dijo entonces—, no sé si soy la persona más adecuada para hablarte de Emma, no éramos tan amigas, no te creas, sólo que la nuestra fue una amistad duradera. Sesenta años. ¿Qué te parece?

—No está nada mal.

—Sí, sí. Desde la Deutsche Schule, el Colegio Alemán, claro. Emma y yo íbamos a la misma clase, desde niñas. Pero cuando ella entró en la universidad, la perdí de vista, de hecho, cuando era famosísima como escritora y su editorial también era un éxito, pues nos distanciamos, sí. Durante todos esos años no la vi. Hasta que empezó a necesitar gente para sus timbas de los jueves.

—¿Qué dices?

—Claro. Recuperamos la amistad gracias al póker. —Anke soltó una cadena de risitas—. Mira, la cosa fue que nos encontramos por casualidad en un evento, no me preguntes cuál, debió ser en el Círculo Ecuestre, sé que era raro que ella estuviera allí, porque nunca iba a este tipo de sitios, pero recuerdo perfectamente que se me acercó y sin decirme ni hola, ni nada, ¿eh?, ¡y hacía años, o décadas, que no nos veíamos!, me dijo que tenía que ir a su casa porque le habían dicho que yo jugaba muy bien al póker y que necesitaba gente. Que unos se le estaban muriendo y que a otros no los quería ver ni en pintura porque se habían peleado.

Volvió a reírse.

—¿Y fuiste?

—¡Claro que fui! —Cuando Anke se animaba, aflautaba mucho la voz—. ¡A mí me encanta jugar a las cartas! Además es verdad que soy muy buena, y si quieres que te diga la verdad, a mí me gusta salir de casa y mezclarme con gente diferente a mi círculo, y claro, Emma era diferente a todo el mundo y arrastraba a gente de lo más variopinta, lo que era seguro es que a su lado no te podías aburrir. Pero te voy a contar una cosa... Oye, querida, vamos a tomar un poco de té. ¿Qué te parece?

—Sí, claro, gracias.

Me sirvió con la tetera rebosante de un delicioso té, una pieza de porcelana con ribetes dorados y unos dibujos con jockeys y caballos de carreras.

—Ada también participaba en esas timbas, ¿verdad? —le pregunté.

—Claro, ¡Ada fue una de las personas más fieles a esas partidas! Ella ya estaba allí cuando yo me incorporé, y ¡piensa que yo estuve yendo unos veinte años!

—Ya. —Sonreí, enternecida por la chispeante emoción que ponía a las palabras—. Eso es un montón de tiempo...

—¡Imagínate!

Cogí una galleta de almendra y abrí mi bloc de notas.

—Conseguí tu teléfono gracias a Ada —le comenté.

—¿Cómo está? ¿Cómo se encuentra? —me preguntó Anke—. Hace mucho que no la veo...

—Bien —respondí, titubeando un poco.

—Me han dicho que está enferma.

—¿Qué?

—Parece que bastante enferma...

—A mí no me ha dicho nada. Me está ayudando —me precipité a explicarle—. Me ha dado algunos teléfonos y vamos a quedar para hablar muy pronto.

—Espero que haya dejado de fumar...

—Pues no lo sé.

—Fumaba muchísimo, en las timbas ¡no sabes cómo fumaba!

—Ya..., pero Anke, ibas a contarme algo de Emma...

—Sí, mira, te voy a contar una cosa que explica muy bien cómo era Emma, es una tontería, pero seguro que tú lo ves como yo. Fui a su casa a los pocos días de que me propusiera lo de unirme al grupo, debió de ser el primer jueves, cuando Emma quería algo, lo conseguía enseguida, no le gustaba perder el tiempo. Ella misma me abrió la puerta y yo le obsequié con una caja de bombones, esas cosas que se hacen cuando te invitan a una casa, ¡y recuerdo su cara como si fuera hoy mismo! —Anke volvía a excitarse y a subir el tono de voz—. Se quedó patidifusa, mirando la cajita toda bien envuelta, con su lacito, como si no supiera qué hacer con ella, entonces levantó el brazo y la dejó en el estante más alto que pudo de la librería que tenía allí mismo, ¡no quiso ni desplazarse con aquello en la mano, le estorbó!, ¿sabes?, ¡ella quería empezar a jugar, presentarme a la gente de la mesa, y que no la entretuviera con tonterías! Creo que la caja se pasó allí varios años. ¡Hay que ver cómo era! Sí, sí, nunca he visto nada igual.

—Te refieres a lo doméstico...

—Mira, le pedías café y no sabía dónde estaba. Cortaba tacos de gruyer en la cocina y los trasladaba con las dos manos, así, ¿ves? —E hizo un gesto con las dos manos como si levantara algo—. Descalza, siempre descalza, y la chica, cuando había chica, servía el pan en platos de sopa. Había noches que nos encontrábamos bandejas con canapés de Sacha para cincuenta y sobraba de todo, y otras noches que no había nada, ni agua, y teníamos que llamar corriendo a una pizzería. Compraba el whisky en la Foix, ¿sabes? Me refiero a la pastelería...

—Sí, sí, la conozco —asentí—, vivo muy cerca y también voy.

—¿Pues te imaginas comprar whisky allí? Lo harás un día en caso de urgencia, pero no como algo habitual. Y claro, le salía tres veces más caro, yo se lo decía, manda a la chica al súper, Emma, pero no me escuchaba, me miraba como si le hablara en chino, su cabeza estaba en otro lugar, alejada de los problemas terrenales, por decirlo de alguna manera.

—¿Y siempre fue así?

—Sí. ¿Tú sabes que dejó a medias esos estudios domésticos que tantas jovencitas hacían? Se llamaba Hogar, ahora parece mentira, pero en este país los padres no se planteaban otra cosa. Eran otros tiempos. Pues Emma sí se lo planteó, se dio cuenta de que aquello no podía ser y lo quiso cambiar. Y sus padres la dejaron, eso tampoco era muy corriente. Y se sacó todas las asignaturas que había perdido, que creo fueron las de tres años, las aprobó todas en un solo curso para poder entrar en la universidad. Recuerdo que hasta le dieron un premio especial en el colegio. Sí. Era un cerebrín. Es verdad.

La señora Coll sorbió silenciosamente el té de su taza.

—Háblame del póker.

—Pues mira, cuando yo me incorporé, andaba un poco escasa de gente, habían pasado unos años jugando con un grupo muy estrecho, muy selecto, muy diferentes a mí, como su secretaria, esa chica a la que adoraba hasta que pasó todo lo de la editorial y entonces, bueno, no se la podía ni mencionar, pero también algún amigo escritor..., señores intelectuales, importantes, eh, que escribían en los periódicos, no me preguntes nombres porque los he olvidado, olvido todos los nombres, es cosa de la edad, hija, bueno, el caso es que necesitaba gente, y me decía —empezó a reírse—: «Anke, tú consígueme jugadores, quien sea, me es igual, con tal de no dejar de jugar estoy dispuesta a hacerlo con el mismo diablo». Entonces empezaron a pasar señoras, amigas de amigas mías, conocidas, otro tipo de personas, claro, señoras de derechas con buenas intenciones pero a las que desplumaba, y no volvían, claro. Emma no las soportaba y eso se notaba, decía que eran unas tontas. A mí me daban pena y le decía, Emma, al menos son buenas personas, y entonces ella me contestaba: «Cuando se es tan mema, no se es ni buena».

Estalló en una cascada de risitas que intentó amortiguar tapándose la boca.

—Esta frase la recordaré siempre. —Levantó el dedo índice y con su tono más agudo repitió—: ¡Cuando se es tan mema, no se es ni buena!

—Te caía bien, ¿verdad?

—Mucho. Me lo pasaba muy bien con ella.

—¿Y cómo era jugando al póker?

—Mira, era buenísima jugando, sí. Pero caprichosa, como era ella. Cuando tenía buena mano le gustaba esperarse, arriesgar, para ver si podía rematar, y a veces lo perdía todo. Había noches que se comportaba de una forma arbitraria y nos decía: «Voy porque me apetece», y sabía que no iba a ganar pero seguía, como un poco suicida, ¿me entiendes lo que quiero decir?, porque ese día le era todo igual. Pero eso no estaba bien y ella lo sabía. En cambio, había otros días que decía: «Hoy no haré tonterías», decía que jugaría bien, y esas noches lo ganaba todo. Pues mira, te diré que Emma jugaba como era ella. Salvaje, peligrosa. —Se quedó pensativa—. Emma no tenía miedo a nada, ¿sabes?, era una mujer que no tenía frío ni calor, que no le molestaba el humo. Le encantaba el póker abierto... ¿Tú sabes jugar al póker?

—No...

—Bueno, el póker abierto es el más peligroso, puedes recuperarte pero es muy bestia... Y muy tentador. Pero ¿sabes?, a la larga en póker gana el que juega mejor, el que sabe pensar. —Y se señaló la cabeza con el dedo—. No el que tiene más suerte.

—¿Y se apostaba mucho dinero?

—¡Nooo! Mira, lo primero que me dijo cuando entré fue que las normas las ponía ella, que era ella la que mandaba, y siempre se puso un límite de dos mil pesetas, después fueron treinta euros. Yo sé que corrió el rumor de que había perdido la editorial jugando a las cartas, ella se lo tomaba a risa, claro que no fue así.

Me miró, se quedó callada un momento y añadió:

—También se dijo que se había arruinado con el juego, pero eso tampoco era verdad.

—Pero después le dio por ir al bingo.

—Sí, es verdad... Eso fue mucho más tarde, sí. Pero estoy segura de que no perdió demasiado dinero, a ella le divertía el juego por el juego. Estoy convencida.

—¿Me explicarías alguna anécdota?

—¿Te cuento la de los bomberos? Ésa es de las buenas.

Le dije que sí con la cabeza.

—Mira, un domingo por la tarde, nunca quedábamos los domingos, no sé por qué ese día era domingo, bueno, el caso es que aporrearon la puerta y yo me asusté, claro, fui a abrir y eran los vecinos que estaban muy asustados porque desde la fachada estaban cayendo baldosas a la calle, en plena calzada, y claro, podían hacer daño a un peatón, imagínate. Yo enseguida llamé a los bomberos y no tardaron nada en llegar, los recibí y los acompañé a la

habitación de Emma, que era desde donde se podían encaramar y arreglarlo. Y bueno, estuvieron casi dos horas, entrando y saliendo, unos hombretones, eran muchos, con sus cascos y herramientas, haciendo unos ruidos, impresionaban, la verdad..., y bueno, me tomaron por la señora de la casa, y Emma, pues no hizo nada de nada. —Se rió—. ¡Y me reñía porque descuidaba la partida! «Anke, ¿qué haces?», me preguntaba desde el salón, y yo, desde la habitación, le contestaba: «¡Estoy con los bomberos!». —Anke estaba excitadísima y su voz terriblemente aflautada—. «Ya están ellos para arreglarlo, para eso son bomberos, haz el favor de venir», me decía, ¡¿y te puedes creer que no se levantó de la silla?! Los bomberos pasando por delante de su cama, que estaba deshecha, claro, ¡pero eso era lo de menos, ella no levantó la cabeza de las cartas! ¡Ni los miró!

Anke se tapó la boca con la mano intentando contener otra cascada de risitas. Yo ya conocía la historia pero también me reí con ganas. La había escuchado de labios de varias personas y en diferentes situaciones, abreviada, diluida, con otro tipo de detalles. Pero la versión de Anke, que fue una de las protagonistas principales de esa famosa tarde de bomberos y cartas, me encantó.

Anke siguió hablando durante un rato más. De sus cuatro hijos, de sus nueve nietos, de un matrimonio de casi cincuenta años, de las carreras profesionales de algunos de ellos, de Baqueira Beret. Me fui distraendo mirando cosas del salón donde estábamos sentadas. Me atraparon los estampados a lo William Morris, las lámparas de pie con flequillos, la moqueta, toda esa cosa inglesa algo apolillada pasada por un tamiz catalán. Las cortinas y la poca luz que entraba. Yo había estado en muchos pisos como aquél, el de mi abuela o el de algunas amigas del colegio. Pisos donde había pasado horas viendo la tele, haciendo deberes, comiendo en esas mesas de roble, escuchando las campanadas de un reloj de péndulo con el maldito cucú asomando con asfixiante puntualidad. Cuando volví a escuchar a Anke, apenas entendí lo que estaba diciendo. Le pedí que me lo repitiera.

—Emma y yo éramos muy diferentes, ya lo ves. Mi vida ha sido plácida, sin sobresaltos, sin nada que destacar. Pero a medida que fuimos envejeciendo, Emma se fue acercando más y más a nosotras, a mi grupo de amigas. Se aburguesó, sí, sí, sólo hacía falta ver cómo se vestía, ¡si hasta me preguntaba dónde compraba la ropa!

Sentí de repente mucha claustrofobia y ganas de preguntarle a la señora Coll si había sido feliz. Si estar con el mismo hombre cincuenta años y no haberse acostado con nadie más había valido la pena, si no le cogían ataques

de ansiedad a las once de la mañana encerrada en ese piso, con todo el día por delante y sin casi nada que hacer, si aquello de construir un hogar pasaba por quedarse inmóvil, décadas, toda la vida.

Me acompañó hasta la puerta, tan dulce, tan amable hasta el último momento. Nos dimos dos besos. Se esperó conmigo en el rellano hasta que llegó el ascensor. Me metí en la cabina, pequeña, de un verde oscuro. Todo allí era pequeño y verde oscuro. Pulsé el botón de la planta baja y deseé a Anke el mejor final posible. Una muerte en casa. En su comfortable piso de estilo inglés.

2

—¡Claaara, Claaara, Claaaaara! ¡Sácame de aquí! ¡Sácame de aquí!

Se abren las puertas del ascensor de la octava planta y aparece la Cuñada. Sale corriendo hacia las habitaciones, pero enseguida se da de bruces con la Asistenta Uno, que venía corriendo en dirección contraria. Se dan un golpetazo en la cara. La mujer boliviana está fuera de sí, en pleno ataque de nervios, a punto de llorar.

—Lisa, ¿qué pasa? ¿Qué le pasa?

—Ay, señooora, yo lo dejo, señora, yo me vooooy. Esta noche la señora Emma ha seguido sin dormir, de tan agitadita que estaba, se ha levantado, se ha ido al baño y, ay, señora, ha roto la ventana. Quería escaparse, con la ducha del teléfono, señora, la ha roto, y cuando lo hemos visto estaba el suelo lleno de cristales y ella descalza, y se ha cortado la mano, y con sangre estaba la señora, no sé cómo no se ha hecho más daño, y las enfermeras, ay, las pobrecitas enfermeras, cómo las trata, señora, las trata maaal, y la quería llamar a usted a las cuatro de la madrugada con el teléfono de la habitación, pero no la he dejado y entonces me ha pegado, señora, me ha pegado, pero eso no ha sido lo peor, no, yo la aprecio a la señora Emma, y a usted, la señora Emma me hizo los papeles y yo estaba tan agradecida, agradeciíiida estaba yo, y he seguido porque estoy agradecida y tengo compasión de Dios, señora, y por usted que me dio el primer trabajo acá, señora, pero después me ha dicho que me acercara, a las seis de esta mañanita, estaba distinta, tranquila, y yo pensaba que ya la crisis se había ido con la mañanita, pero entonces me ha dicho que me acercara a la cama, que no tuviera miedo, que me lo haría suavcito y que yo sentiría mucho placer, porque ella sabría dármelo, que ella entendía de esas cosas y a mí me hacía mucha falta, señora, y con eso yo ya no puedo, señora, que Dios me perdone y la perdone a ella, pero yo no puedo seguir así, señooora...

—¡Claaara! ¡Ven, ayúdame! ¡Claaara!

La Cuñada mira hacia la habitación.

—Lisa, lo siento, váyase a casa a dormir, la llamo más tarde, a ver cómo lo soluciono, si no quiere, no venga esta noche.

—Es que Lisa ya no puede venir más nada, señora, que Dios me perdone pero yo ya no puedo más venir.

—Está bien, Lisa, no se preocupe, ya hablaremos.

—¡Claara, Claaara!

—Usted me llama para arreglar mi sueldo, señora, que la señora Emma me pagó un mes de más, que no tocaba, y yo estas cosas las quiero dejar arregladitas, la señora se puso tan mal que yo ya no sabía cuándo hablarlo, pero quería que usted lo supiera...

—Lisa, llámeme en un par de días, espero que esté todo más tranquilo y lo vemos...

—¡Claara! Claaara...

—Sí, señora, pero también otra cosa, señora, le quería pedir si su señor marido podía hacerme una carta de recomendación para un trabajo, señora...

—¿Mi marido?

—Sí, señora, como él es importante, resulta que hay una vacante en el turno de noche de la televisión de ustedes, la tres, la tevetrés, yo estoy haciendo unos cursos a horitas de catalán, cuando puedo, señora, y ya me sale muy bien el catalán, voy a un sitio gracias al ayuntamiento, sí, y este puesto no lo cogía por la señora Emma, pero ahora lo voy a coger, señora, necesito trabajo y su señor marido...

—¿Mi marido?

—Como es tan importante y sale en la televisión...

—Lisa, mi marido no tiene nada que ver con la televisión, le habrán hecho alguna entrevista, pero no manda nada...

—¡Claaara, Claaaara!

—Pero ha hecho edificios y pinta cuadros...

—Lisa, eso no sirve de nada, pero no se preocupe, ya le haré yo una buena recomendación, claro que sí. Nos llamamos en dos días, ahora tengo que dejarla.

—Claro, señora Clara, vaya usted con Dios.

La Cuñada se dirige a la habitación. La Enfermera de los Ojos azules y Cara de Princesa Buena le corta el paso. Se muestra contrariada, tuerce el mentón en un tierno mohín de enfado.

—*Això no pot ser* —la riñe como si fuera una señorita de parvulario que amonesta a un niño que ha escupido una papilla.

—¿Perdona?

—¿Usted es un familiar directo de la paciente de la habitación número trece?

—¿Qué? Bueno... Casi...

—Muy bien. Pues esto no puede ser.

—¿El qué no puede ser?

—El comportamiento de su suegra. Es intolerable. Hace lo que le da la gana. Se ha tumbado en el suelo del pasillo, aquí mismo. Y se ha negado a levantarse. No quiere tomarse la medicación, no quiere beber agua, sólo pide horchata, no deja de venir gente a visitarla, ayer como mínimo fueron quince. Les da instrucciones y vienen a pedirnos cosas y a quejarse, y cada vez es alguien distinto, esto no son las Ramblas, señora, aquí tenemos otra gente que atender. Además, ha roto la ventana del baño.

—Sí, lo sé.

—Pues habrá que atarla.

—¿Perdona?

—O la controlan o habrá que atarla. Por lo visto con la chica de servicio no es suficiente.

—¿Puedo hablar con un médico?

—El doctor Arimón pasa visita a las doce.

—¿No puede venir antes?

—Su horario es éste.

La Cuñada mira hacia la puerta de la habitación número trece. Está abierta. Los gritos han cesado.

—Ahora no grita —susurra.

—Se debe de haber dormido, que ya le toca.

—No, Emma no duerme. —La Cuñada sigue hablando en susurros.

—No duerme porque no quiere —suelta la Enfermera Cara de Niña Buena.

La Cuñada suelta una risita, los ojos se le humedecen.

—Ah, ¿tú crees?

—A ver si nos entendemos. Le están haciendo todas las pruebas pertinentes y se está demostrando que no tiene nada tan grave como ella pretende. Tiene párkinson, pero ningún síntoma de los que manifiesta se debe a ello. Es una cuestión de mala medicación y mal carácter.

Suena el timbre del ascensor y se abren las dos puertas metálicas. Aparecen el Médico de Cabecera, el Psiquiatra y el Neurólogo. Están hablando entre ellos, en tono bajo, grave.

—Anna, estás aquí, *mira què bé* —saluda el Médico de Cabecera.

—Anna, no, Clara, ¿verdad? —corrige con determinación el Psiquiatra, que se adelanta del grupo y la saluda con un buen apretón de manos. El Psiquiatra es un hombre de aspecto fortachón, de actitud resuelta, de manos y brazos velludos. Es el único de los tres que no lleva bata blanca.

—Sí —sonríe con dulzura la Cuñada—. Tú sí te acuerdas.

—Bueno, digamos que la enferma me lo ha recordado unas quinientas veces —comenta con una sonrisa irónica—. Lleva horas llamándote.

—Sí, ¿no?...

—Parece que le resuelves los problemas.

La Cuñada no sabe qué decir. Se ruboriza.

—Sería conveniente..., Clara —interviene el Médico de Cabecera—, tener una reunión con la familia. Pero ya te avanzo que parece que el diagnóstico es claramente más psiquiátrico que otra cosa.

La Cuñada mira a un médico, luego al otro.

—¿Y los dolores?

—Están remitiendo —interviene el Neurólogo. El Neurólogo es flaco, fibrado, moreno. Los labios resecos y reuntados con crema de cacao que le deja una pátina blanca. La bata abierta muestra una vestimenta delicada, en tonos grisáceos. Calza unos elegantes mocasines de ante—. Es extraño e incomprensible hasta para nosotros. No hemos tratado nunca un caso parecido, pero es evidente que los dolores remiten. Se le está suministrando una medicación para el párkinson mucho más baja de la que llevaba, con la que llegó. Y funciona. Además, hemos suprimido todos los analgésicos que tomaba antes de ser hospitalizada, que como sabéis eran fuertísimos, para poder hacer la prueba que os comentamos, ¿recuerdas?...

—Creo que sí.

—... la que necesitamos hacerle para que, cuando tenga una crisis aguda de dolor, ella misma se pueda inyectar el calmante. Para que así alivie ese dolor constante que dice que tiene...

—Y que tiene. Yo la he visto retorcerse de dolor en el suelo.

—Sí, eso nos habéis contado. Pero desde que se le han retirado todos los calmantes...

—Hace tres días...

—... no ha vuelto a manifestar dolor. Para poder hacer esta prueba necesito que sienta dolor. Si no hay dolor, no hay prueba.

—Pero ¿cómo puede ser? ¿Cómo es que ahora no tiene dolor? —La Cuñada se desespera—. Se retorció en el suelo cuando tomaba calmantes, y ahora, que lleva tres días sin ellos, ¿no tiene dolor?

—Correcto.

—Pero ayer..., esta noche...

—Esta noche no se ha quejado de dolor —interviene el Psiquiatra.

—¡Hasta hace unos minutos gritaba como una loca! —exclama la Cuñada—. Preguntádselo a ella..., a la señorita... —Busca a la Enfermera Uno, pero

ésta ha desaparecido.

—Gritaba, sí, pero te llamaba a ti, ¿verdad? —pregunta el Psiquiatra—. ¿Te llamaba?

—Sí.

—Sandra... —interrumpe el Médico de Cabecera.

—Clara —corrige el Psiquiatra.

—Clara —repite el Médico de Cabecera—. Te cuento el plan inmediato. Vamos a dejarla en manos del doctor Bravo. Vamos a esperar a qué conclusiones llega él. Por lo que respecta al resto del cuadro clínico, está estabilizada. Es una buena noticia que no esté tan cargada de medicación, que hayamos conseguido pautarla con muchísimas menos pastillas que con las que llegó. Por supuesto que lo iremos controlando, por si se presentan cambios. Pero está claro que hay un componente que se nos escapa, un componente que no la deja vivir, y cada vez estoy más en la línea de suponer que este componente es mental.

—Mental... —La Cuñada lo repite bajito y para sí misma—. Mental. —Vuelve la mirada hacia la habitación.

—Ya no grita porque sabe que estás aquí —comenta el Psiquiatra. Va a la habitación número trece y cierra la puerta. Regresa.

—Sólo os pido que no vuelva a pasar una noche como la de hoy —suplica la Cuñada con un hilo de voz—. Sólo os pido que la hagáis dormir. Medicadla, haced lo que sea, pero que duerma.

—Déjame a mí —dice el Psiquiatra.

—¿Ah, sí?

—Dadme la autoridad y yo lo resuelvo.

La Cuñada le sonrío, irónica, coqueta. Cruza los brazos y espera más explicaciones. El Psiquiatra las da:

—Por ahora se prohíben todas las visitas. Sólo tendrá permiso la familia directa. Colgaremos un papel en la puerta de prohibido el paso, bien clarito, para que los amiguetes y los espontáneos de turno se vayan a tomar el té a otra parte.

La Cuñada ríe:

—¿Eso va a resolver las cosas?

Se oye el timbre del ascensor. Se abren las puertas y aparece una señora con el pelo corto, despuntado y teñido muy rubio, vestida de arriba abajo de verde loro chillón (visera incluida). Arrastra un carrito de la compra y un gran ramo de flores de múltiples colores.

—Hola, soy la señora Celia, vengo a ver a Emma Thomas, mi querida prima. Ya nos conocemos, ¿eh? —dice al pasar por el mostrador. No se detiene ni a esperar respuesta. No mira al grupo de médicos plantados enfrente. Entra en la habitación número trece sin llamar y parlotea a voz en cuello:

—Emma querida, vengo con varios álbumes familiares y un nuevo móvil, hoy llamaremos a quien quieras, esto de que te lo hayan requisado es absolutamente intolerable. ¿Empezamos por llamar al dentista? Una buena limpieza de boca te irá de perlas...

El Psiquiatra mira a la Cuñada y le pregunta:

—¿Y ésta quién es?

—No tengo ni idea —susurra la Cuñada.

—Ha dicho que la prima —indica el Neurólogo.

—... la prima... —repite la Cuñada.

—Clara —apremia el Psiquiatra—, dad ya mismo a la enfermera una lista estricta de los familiares más íntimos. Una lista reducida, ¿lo entiendes?, con tres nombres, sólo los tres que tengáis que ser. —Hace una leve pausa y pregunta—: Que, por cierto, ¿quiénes sois?

La secretaria

¿Quiénes eran? ¿Quiénes eran aquellos que verdaderamente importaron? ¿Aquellos que dibujaron la verdadera Emma, la Emma a la que yo nunca tendría acceso? ¿Quiénes eran? ¿Dónde estaban? ¿Dónde estaba el centro de su historia? Por momentos sentía que me estaba acercando, pero enseguida algo parecía apartarme, algo que me expulsaba y a la vez me mantenía ligada, incapaz de alejarme y echarlo todo a rodar, como la lucha de fuerzas que mantienen a un satélite en órbita. ¿Podía una secretaria formar parte de ese centro? ¿Por qué entonces me insistió Ada en buscar su rastro, en dar con ella? En perseguir a una mujer que parecía no haber existido, que no figuraba ni dentro ni fuera de internet, a quien la Barcelona literaria había borrado de su memoria. Volví a escribir a Ada, desesperada, pidiéndole más ayuda, cuestionando la relevancia del personaje, suplicándole vernos pronto. Ada me respondió enseguida, tan atenta como siempre. Sobre nuestra futura e hipotética cita se excusó de nuevo. Esta vez me dijo que no se encontraba bien. Y me pidió paciencia.

Sobre Neus, Ada me contó que no había sido una secretaria cualquiera. Me aclaró que había sido un auténtico pilar en la vida de Emma y que ejerció como su mano derecha durante más de veinte años en la Editorial Obelia. Me explicó que se había retirado del mundo de la edición y que no quería ser encontrada. Ada confiaba en que con un poco de esfuerzo y tiempo lo podría conseguir. Ella recordaba a alguien, muy vagamente, un conocido que la había visto en Mahón, o quizá en Palma, no estaba segura, necesitaba hacer averiguaciones. «¿Pero qué hizo? ¿Por qué desapareció?», espeté, sin preámbulos, curiosa, inquieta, en otro *email* telegráfico. Ella me respondió con la misma sinceridad: «Cometer la osadía de atreverse a sustituir a Emma Thomas. Le salió mal porque le duró un ridículo periodo de tiempo, pero aun así, no se le perdonó».

No me quedaba más remedio que tranquilizarme y esperar. Pero la inactividad, lejos de calmarme, me sacaba de quicio. Permanecer horas y horas en casa de Héctor sin Héctor me hacía sufrir. A pesar de los años que llevaba viviendo allí —diez, once—, en su ausencia la casa parecía alejarse de mí, como si mutara en mi contra y se volviera hostil. Héctor se había trasladado al apartamento de un amigo, un soltero recalcitrante encantado de acoger a hombres con problemas amorosos. El piso tenía unas vistas

espectaculares sobre la ciudad y Héctor lo aprovechó para embarcarse en un gran cuadro, un inmenso tríptico sobre Barcelona en el que, parecía —eso me dijeron—, estaba trabajando sin respiro. La pintura. Otra vez la pintura. Su modo de evadirse, de encontrarse a sí mismo, de acercarse a Dios, de distraerse, de no pensar en mí, de dormir tranquilo. Qué suerte. Y qué mezquina envidia sentía yo.

Habíamos decidido darnos un tiempo para pensar en lo nuestro, sin prisas, para tener distancia, para no precipitarnos ni tomar una decisión drástica y, sobre todo, para que afectara lo menos posible a la rutina de los niños. Yo debía quedarme en casa. En la casa de Pedralbes que seguía en venta y que recibía visitas de extraños. Grupos reducidos de gente con cara de estar metiéndose donde no debían, entre curiosos y culpables, haciendo un *tour* por las habitaciones, por la cocina, saludaban a Joselyn, al perro, momento en que yo aprovechaba para salir huyendo y esconderme.

Esas semanas sin noticias de Ada escribí un poco y leí mucho. Leí a Emma. Leer a Emma no me había resultado fácil. Lo había intentado unos años atrás, justo cuando conocí a Héctor, pero lo dejé, lo acabé dejando, con cierta vergüenza, como acabé dejando, varias veces, a Proust y a *Anna Karénina*. No sabría decir por qué hay grandes novelas que se me resisten hasta que llega un día, años más tarde, en que lo dejan de hacer. Está claro que he sido yo la que ha cambiado, pero me gusta pensar que también ellas han cambiado por mí. Y en aquellas largas horas de espera, obligada a quedarme quieta en casa, superé las trabas que me impedían avanzar en su lectura, trabas que mucho o todo tenían que ver con su estilo, un estilo denso, lento, laureado y particular, un estilo cosido con largas y sinuosas frases que parecían no terminar nunca y que me dejaban sin aliento. Superé esas reticencias y llené el vacío de la casa y el mío propio con las palabras de Emma. Leí la primera novela, la segunda y dos cuentos infantiles.

Cuando Ada llamó, me encontraba abrumada y caliente, a mitad de la tercera novela, en pleno polvo entre los tres protagonistas, una escena de vientres, gemidos, temblores, que venía esperando y que me había mantenido en vilo durante muchas páginas. Me costó un esfuerzo importante interrumpirme. Pero era Ada. Ada llamaba.

Neus estaba al fin localizada. Sorpresivamente, había montado un chiringuito en un pueblo de la costa. No iba a hacer falta coger un avión ni ir a una isla balear. Neus vivía y trabajaba en una de las playas de Begur, en el Ampurdán, a una hora y media de Barcelona. La noticia me dejó desconcertada. Durante un buen rato me resistí a ese encuentro, otra vez,

como me había resistido al principio. ¿Por qué estaba ella allí? ¿Por qué en esos momentos me tenía que ver obligada a subir hasta Begur? Cataluña es pequeña, tampoco era tan raro. Pero yo lo atribuí a una ironía del destino, a algo proustiano que parecía planear sobre mi cabeza. No podía arrugarme ahora. Ada había concertado la cita y Neus me esperaba. Dos días más tarde cogí el coche y enfilé la autopista hacia el norte.

La encontré en una calle de paredes encaladas de Sa Tuna, arreglando los periódicos y revistas de una de esas estanterías móviles que se dejan en el exterior. El chiringuito que había montado era una pequeña tienda atiborrada de una insospechada mezcla de artículos. Tuve serias dudas al verla en esa situación, pensé que me estaba equivocando, pero su aspecto era inconfundible, casi exacto al que había visto en la foto que encontré de ella publicada en unas memorias de Emma, que había consultado unos días antes. Pelirroja, pecosa, el mismo corte de pelo, aunque bastante más rolliza. Ella me vio de lejos, no había nadie más en la calle y fue lógico que me observara, pero apenas fueron unos segundos y siguió con lo suyo. Entonces me sentí flaquear. Noté un vaivén en la barriga y decidí posponer el encuentro, pasar de largo y llegar hasta la cala. Durante un buen rato todo me pareció absurdo. Parecía que mi vida sólo cobrara sentido si seguía adelante con esa obsesión, esa idea fija. Pero Emma no tenía nada que ver con mi vida, con todo lo que se derrumbaba a mi alrededor.

Llegué hasta la playa y respiré hondo. La Costa Brava. Ése era el paisaje que amaba y temía. El de los primeros quince veranos de mi vida, donde aprendí a nadar, donde me sobrevino la primera regla, cuando los veranos eran de verdad y duraban muchísimo. Tener el paraíso perdido tan bien localizado siempre me ha dado más problemas que placer. Cerré los ojos. Aspiré y expiré fuerte. Busqué un olor entre todos los olores que se mezclaban con el viento, la brisa, los vapores o lo que fuera que flotara en la atmósfera. Hacía mucho tiempo que ese aroma era apenas una sombra de lo que fue, mucho menos intenso al de mis recuerdos, cuando desembarcábamos en junio en Tamariu, mi madre, mis hermanos y yo, en vísperas de San Juan, con la inmensa excitación de tener un tiempo ilimitado —de junio a septiembre— por delante. El olor, aunque débil, volvió a mí. Y me sacudí como esperaba. Porque tras él llegaba mi padre.

Ver salir a mi padre del mar es lo que hoy atino a describir como lo más cerca que he estado de ser feliz. Mi padre salía del mar con una bolsa de rejilla atada a la cintura, repleta de mejillones y ostras, chorreando agua, las piernas y las manos llenas de pequeñas heridas. Nosotros, mis primos, mis

hermanos y yo, le recibíamos como a un héroe, él se nos quitaba de encima entre risas, disimulando el placer que le daba vernos trotar a su lado. Le adorábamos, caíamos rendidos a su simpatía, a su fuerza, competíamos por su cariño, a pesar de —o quizá debido a— sus ausencias. Las largas estancias de mi padre en Barcelona hacían de su vuelta un momento único, conmovedor, esperadísimo, llegaba cargado de regalos, nunca lo vi tan contento como en aquellos reencuentros, en los primeros instantes, en los primeros abrazos. Tuvieron que pasar muchos veranos, todos esos veranos, perder la infancia, sobresaltarme la regla, para entender que aquello de hacer de Rodríguez — como mi madre había soltado, amarga, impotente, alguna vez— era algo grave, muy grave, una brecha abierta a mis pies.

Ese día en Sa Tuna hacía viento y el mar estaba movido, y su visión era tan opuesta al brillante mar de mis recuerdos, que preferí verlo así, distinto, bravo, oscuro. Pensé en Héctor y evoqué de un plumazo todos los mares por los que me había llevado y lo mucho que había disfrutado a su lado. Corfú, Capri, Es Vedrà. De pronto le eché terriblemente de menos. El mar de mi infancia no iba a volver, mi padre tampoco, nadie me los iba a devolver, mucho menos los equivocados brazos de un hombre vasco, por muy joven y fuerte que me pareciera. Sólo Héctor me había acercado a una nueva versión de lo que fue todo aquello. Volví sobre mis pasos, abatida, triste, decidida a terminar lo que había ido a hacer.

Neus seguía trajinando con los expositores que tenía en la calle. Me armé de valor y me presenté. Ella reaccionó con una naturalidad pasmosa, casi excesiva, todo sonrisas, mostrándose dispuesta a hablar, pero con un deje de indiferencia bastante evidente. En ningún momento se planteó que pudiéramos vernos más tarde, fuera de la tienda. A pesar de la poca afluencia de clientes —era temporada baja y la calle y los alrededores de la cala estaban prácticamente vacíos—, ella dio por sentado que hablaríamos allí mismo, de pie, en ese mediocre establecimiento donde vendía prensa, conchas marinas y velas aromáticas.

—Sobre Emma sólo te puedo hablar o muy bien o muy mal. ¿Qué prefieres? —fue lo primero que dijo. Su sonrisa reveló la diastema que tanto la caracterizaba, ese espacio entre los dos incisivos superiores que le otorgaba un aire gracioso y le quitaba un montón de años de encima.

—Empecemos por lo bueno —le respondí, devolviéndole la sonrisa.

—No he conocido a ninguna persona más generosa que ella.

Lo dijo rápido, sin ninguna entonación especial, y seguidamente se puso de cuclillas a recolocar unos fascículos plastificados del estante más a ras del

suelo. Me inquieté. La entrevista no iba a ser muy fluida si pretendía seguir poniendo orden al mismo tiempo.

—He oído hablar de los viajes que se organizaban en la editorial —dije, improvisando—. Cuando ibais a las ferias de libros, a Frankfurt, la de Bolonia, ¿te refieres a eso? A que ibais a unos hotelazos y que lo pagaba todo ella...

Al momento de pronunciar la palabra *hotelazos* me di cuenta de mi error. Me vino a la cabeza el Hotel d'Angleterre de París, en absoluto un hotel de lujo, donde sabía que se habían alojado muchas veces.

—No. No me refiero a eso. —Se levantó, muy seria, y, como extrañada, preguntó—: ¿Hotelazos? Nunca fuimos a hotelazos, no nos interesaban, qué tontería. Era muy generosa con el dinero, por supuesto, si dijera lo contrario mentiría.

Un hombre grandullón con la cara colorada se puso a gritar desde lejos:

—*¡Neus! Que avui tenim sonso, ¿que vols que te'n porti?*

—*No, avui no, Manel, que sóc sola a casa.*

—*Apa doncs, ¡fins després!*

Yo estaba quieta como un pasmarote, rígida, sintiendo que la entrevista se me escapaba, dándome cuenta de que esta vez no dependía de caer bien, de mi facilidad para hacer hablar a la gente, de saber escuchar sin apenas intervenir. Esa vez tenía que ser capaz de dirigir la conversación por donde yo quería y tenía que hacerlo rápido. Pero lo mío no es precisamente la agilidad mental y me sentí vencida enseguida, antes de que el hombre del pescado desapareciera de mi vista, cuando giró por la esquina, al final de la calle.

Permanecimos calladas. De pie, la una frente a la otra. Yo me devanaba los sesos para encontrar algo que decir que no me hiciera parecer una imbécil y poder remediar así lo de los hotelazos. Pero entonces ella quiso explicarse:

—Cuando Emma quería a alguien, no tenía límites. En eso era generosa. A veces yo me enfadaba, porque me parecía que le tomaban el pelo, pero en eso nadie podía entrar, ni yo, que entré en casi todo. Cuando interferías demasiado, parecía que rompieras unas determinadas reglas. Eso le molestaba mucho y te lo dejaba muy claro.

Sentí un gran alivio. Neus me estaba facilitando las cosas, ella había «entrado en casi todo», esa frase me daba pie a seguir:

—Fuiste una persona imprescindible para ella, ¿verdad? —Ella me miró y yo seguí—: Imagino que durante todos esos años no podía vivir sin ti.

Se echó a reír. Imaginé que se resistiría al halago.

—Nadie es imprescindible. Emma vivía como le daba la gana, no dependía de nadie, mucho menos de mí.

—Pero eras su mano derecha.

—Sí. Se lo hacía todo.

Por fin lo había dicho.

—¿Todo?

—Menos acostarme con sus amantes, todo. —Volvió a reírse—. Sí, esas cosas que hace una mujer cuando es una segunda de a bordo, un montón de cosas invisibles.

—Y dices que no dependía de ti...

—Luego se demostró que no —me atajó.

Se alejó unos pasos. Empezó a buscar algo en los bolsillos de la holgada rebeca que llevaba. Yo sabía que estaba obligada a seguir haciendo preguntas, aunque no fueran las mejores preguntas del mundo, pero no podía dejar que se distrajera.

—¿Era buena jefa?

—Yo no la veía como una jefa.

—Porque erais amigas...

—Cuando cuentan contigo para llevar a la niña a sacarle las amígdalas o se duermen abrazada a ti, en tu casa, en tu cama, tras llorar durante horas por culpa de un desamor, pues una se considera una amiga de verdad, sí.

—Pero ella era una persona que mandaba mucho.

—Sí. Tuvo mucho poder.

—¿Qué tipo de poder?

—Bueno, para nada político, la política no podía interesarle menos, ella era una comunista de corazón, pero eso de figurar, no, Emma no era así.

—Y entonces, ¿a qué poder te refieres?

—Cultural, literario. Su criterio importaba mucho.

—¿La echas de menos?

Reflexionó durante unos momentos.

—Ahora más que antes. Estoy viviendo aquí por ella, por su culpa y gracias a ella.

Puse cara de interrogación. Neus intentó aclarármelo.

—Me regaló un apartamento en las afueras de Begur, aquí mismo, durante un tiempo lo puse en alquiler, sin pensar que acabaría viviendo en él para huir de Barcelona y de ella.

—¿Ahora viene lo malo?

Se rió.

—Está todo olvidado y enterrado. Soy feliz aquí, por eso te digo que este retiro se lo agradezco a ella. Encontré una solución agradable dentro del drama.

Había mencionado la palabra drama. Tenía que aprovecharlo. Le hice la pregunta más relevante:

—Pero ¿qué pasó?, Neus, ¿qué pasó?

Suspiró.

—Seguro que ya sabes algo.

—Sí, pero yo quiero saber tu versión. —Sonreí de la manera más dulce posible, con miedo a que se echara atrás. Neus frunció el ceño.

—Cuando Obelia dejó de ser rentable, Emma la vendió a un gran grupo editorial, mantuvo el cargo de directora y cobró muchísimo dinero, parecía un trato ideal, inmejorable, pero ella no encajó allí dentro, era otro mundo, se vio inmersa en un sistema donde sólo contaban las ventas y el *marketing*. Y muy pronto se la quitaron de encima con una especie de prejubilación, y ella lo aceptó. —Neus suspiró—. Pero pensó que yo la seguiría y no lo hice.

—¿Seguirla adónde?

—Pues no lo sé. A su nuevo reinado, supongo. Yo me quedé en Obelia. Me ascendieron y ocupé su puesto. Pero ya sabrás que duré muy poco, estos grandes grupos hacen las cosas así. Cortan la cabeza del jefe primero, pero el plan final es desmantelarlo todo, acabar con el equipo para que no se reproduzcan viejos vicios. Perdí la amistad de Emma y un trabajo que me entusiasmaba, pero al menos gané un dinero con el cual he podido seguir viviendo.

—Y Emma se sintió traicionada.

—Ella quería que estuviera a su lado hasta el final. Cuando me despidieron, todo se puso demasiado difícil, sólo podía alejarme.

—¿No intentaste hablar con ella?

—No. Tener a Emma en contra daba mucho miedo. No quise pasar por eso.

Se acercó una pareja de extranjeros, el pelo blanco, vestidos en tonos pasteles, con bermudas. Se pusieron a mirar con calma los productos expuestos en la tienda.

Neus los saludó en perfecto inglés. Cuando se volvió hacia mí, me pareció que deseaba terminar la conversación. Me atreví con una última petición:

—Ya me voy, Neus, gracias por este rato, de verdad, pero dime sólo otra cosa más. Algo bueno de Emma.

Me contestó sin titubear, con su sonrisa y su diastema:

—Pues que pasé la mejor época de mi vida a su lado.

—¿Ah, sí?

Asintió con la cabeza. La vi dudar. Se quedó pensativa y me di cuenta de que ése iba a ser su momento más sincero:

—Estuve en una de las mejores editoriales que ha tenido este país. Viví el mejor momento desde una posición privilegiada. Obelia fue un milagro, desde el principio, algo que nunca se va a poder repetir. Nuestro lema era publicar sólo los libros que nos gustaban. Y funcionó. Fue una maravilla. La manera que tenía Emma de amar los libros, no lo he visto en nadie más. Pero es que no he conocido a nadie comparable a ella. Y por eso la quise mucho y la odié mucho también.

Se rió, creo que aliviada de que no me quedara más remedio que dejarla.

Me alejé despacio, de la cala, de su chiringuito. La gravilla crepitaba bajo mis botas mientras me encaminaba en busca del coche. Escuché a mis espaldas el rugido del mar, ese mar que un día fue mío y de nadie más. Me vi a mí misma con diez años jugando a que las olas me arrastraran hacia las rocas, sin miedo, sintiendo en el cuerpo cuándo la bravura iba a más y debía alejarme, cuándo bajaba la intensidad y podía hacer el muerto, balanceándome hasta las rocas, ahora vas, ahora vienes, y mis pies tocaban las mullidas algas verdes y apenas rozaban los erizos, y yo le hablaba, ahora te enfadas, ahora te calmas, ahora me dejas, ahora no me dejas, y así habría seguido una eternidad. De los diez años hasta ahora.

Llegué al coche y me encontré el libro que había dejado en el asiento, lleno de *post-its* pegados y páginas subrayadas, *Regreso al mar de todos los veranos*, la primera novela de Emma. Lloré un buen rato. No podía existir mejor título en el mundo.

3

—Emma, la enfermera me ha dicho que no quieres comer, que no has querido tomar la medicación, que la escupes.

—Tú dime cuándo voy a salir de aquí. Hicimos un pacto y no lo habéis cumplido. Este trasto no funciona.

La Escritora deja caer al suelo la grabadora. La Cuñada la recoge y examina el aparato.

—Pacté con ese médico vuestro una semana. Se comprometió y han pasado quince días. Es un mentiroso.

—Emma, no estás bien. No puedes salir a la calle si no estás bien.

—Aquí estoy peor.

—¿Dónde vas a estar mejor, Emma?

—No importa.

—Si quieres salir de aquí, no tienes más remedio que obedecer y hacer lo que se te pide. Y eso significa tomarse la medicación y comer.

La Escritora abre desmesuradamente los ojos. La Cuñada no sabe si la mira, si la ve.

—De acuerdo —accede repentinamente. Entorna los ojos y relaja la expresión—. Me pongo en tus manos. Dime que has arreglado lo de Edimburgo.

—¿Qué?

Se abre la puerta de la habitación con brusquedad. Desde el marco de la puerta la Enfermera Nueve sostiene una bandeja con los dos brazos y pregunta, casi a voz en grito:

—*¿Com està avui la reina de l'hospital?*

—Muy bien —responde la Escritora forzando una sonrisa.

—*¿Que ens voldrà esmorzar?*

—Sí, muy bien.

—Ahora mismo me estaba diciendo que está dispuesta a comer un poco —dice, animosa, la Cuñada.

—*Bueeeuuu. Me n'alegro. ¿A on vol que li deixi?*

—Allí, en la mesita del sofá... —responde la Escritora.

—*¿A la tauleta del sofà em diu?*

—*Sí, a la tauleta del sofà. I no cal que em donis classe o deixaré de ser catalanista.*

—¿Com diu?

La Escritora la mira y repite, ahora en castellano y vocalizando con exageración:

—Que si me sigues dando clases, dejo de ser independentista, catalanista y lo que haga falta. Hace muchos años que dejé el colegio.

Levanta los brazos para que la Cuñada la ayude a incorporarse. La Enfermera Nueve deja la bandeja y se va.

—Son todas unas brujas —refunfuña la Escritora. La Cuñada ríe.

—¿Pero tú eres independentista, Emma?

—Pues, quizá sí. Pero ahora estoy por otras cosas. Dime que has solucionado lo de Edimburgo.

La Cuñada la coge por las manos, tira de ella y la incorpora. Le recoloca un cojín en la espalda y la acomoda.

—Estoy en ello —le explica—. Toni me ha dado el manuscrito, pero yo creo que lo mejor es hablar con la editorial directamente. Como es una reedición... —Coge el plato de la mesita del sofá y se sienta en la cama, a su lado—. Un bocadillo de queso, qué bueno. Pero tómate primero la pastilla, es ésta, ¿no?

—Lo único importante es sustituir Edimburgo por Dublín. Si hice más correcciones no me importan. Sólo me importa ese cambio.

—Vale, Emma, hablaré con ellos hoy mismo, con el ordenador será muy fácil sustituir una palabra por la otra. No te preocupes más por eso, por favor, ahora come.

—¿Cómo está mi perra?

La Cuñada sonrío, incómoda.

—Muy bien... Se la llevó Albert, tu abogado. A su casa de Olot.

—Me prometiste que cuidarías de ella.

—Tu perrita está en el campo..., feliz... —A la Cuñada se le apaga la voz—. ¿Recuerdas que tuvimos problemas con el mío? *Safo* tiene el celo.

—Ellas te engañan.

—¿Ellas? ¿Quiénes?

—Las brujas que se pasean por aquí. Las que dan clases, ponen guisantes bajo los colchones y mienten. —La Escritora coge la pastilla de dentro del vasito de plástico blanco que le brinda su cuñada. Se queda mirando la píldora con extraña atención, como ensimismada.

—¿Quieres agua, Emma?

—No.

—¿Y cómo vas a tragarte este pastillote? Es enorme. ¿Has dicho guisantes?

—Pide horchata a las brujas.

La Cuñada mira a su alrededor y encuentra cuatro o cinco minitetrabriks de zumo abiertos y a medias.

—No los acabas, Emma... Te pongo en un vaso todos los restos de zumo que quedan y así lo terminamos, ¿vale?

La Cuñada va vertiendo el resto de cada tetrabrik en el vaso de plástico. La Escritora observa todos los movimientos de su cuñada con raro interés. Murmura:

—Voy a verte aunque pierda.

—¿Qué? —pregunta sorprendida la Cuñada.

—Pero regamos a medias.

Las dos mujeres se sostienen la mirada durante unos segundos que parecen minutos. Permanecen calladas hasta que la Escritora vuelve a hablar, en un tono desagradable:

—¿No queréis que coma?

—Sí.

—Llévame al sofá.

—Sí, pero antes tómate la pastilla con el zumo.

La Escritora se traga la medicación y bebe un par de sorbos del vaso de plástico. Su cuñada la ayuda a levantarse, se sujetan la una a la otra, se desplazan con minúsculos pasos hacia el sofá.

—¿Estás andando, Emma? Ya sabes que es muy importante que andes...

La Escritora se deja caer en el sofá. La Cuñada se acomoda el plato en su regazo. Abre en dos el bocado, corta un pequeño trozo y se lo ofrece.

—Toma.

La Escritora lo mira. Lo coge con dos dedos, muy despacio, sin dejar de observarlo, se lo introduce en la boca con pasmosa lentitud. Mastica. Mira fijamente el plato. Y suelta:

—Te estoy viendo.

La Cuñada no dice nada. La Escritora toquetea el bocado hasta que levanta una loncha de queso:

—Cinco de picas..., ahora enséñalas...

—Come, Emma, por favor —suplica la Cuñada con la voz ahogada.

—Muéstralas... —Mueve con impaciencia sus dos dedos, embadurnados con aceite y pepitas de tomate, como instándola a actuar—. Que te veo...

La Cuñada parte en trocitos pequeños el bocadillo de queso. Le tiembla el pulso.

—Muy bien —dice la Escritora—. Ahora, descúbrelas.

La Cuñada desplaza los trozos de queso de un lado a otro del plato.

—Trío de reinas. Color. Gano la mano. En la siguiente voy a por todas.

La Cuñada respira hondo y pregunta con un hilo de voz:

—¿Volvemos a jugar?

La Escritora deja de mirar el plato y la mira a ella. Se sostienen la mirada hasta que la septuagenaria le espeta:

—Me estás tomando el pelo.

—¿Qué?

—Levántame.

La Cuñada recoge el plato, lo deja en la mesita, tira de las manos de la enferma. El corazón se le ha acelerado, tiene ganas de llorar, le pregunta:

—¿Quieres escribir, usar la grabadora?

—No sé por qué dices eso. Sabes que no funciona. —Emma mira a Clara. Lo hace sin abrir desmesuradamente los ojos, sin congelar la mirada, casi con normalidad, sin rabia, ni cansancio, ni extravío, ni nada. Y le dice—: Eres espantosamente joven.

El poeta

—¿Sabes quiénes éramos?

Valentín Santacana se tocaba el audífono de su oído izquierdo y me miraba. Yo estaba como suspendida, en vilo, sin saber qué decir. Él insistió:

—Supongo que sabes quiénes éramos, aparte de Emma y yo, naturalmente. Había una tercera persona.

Yo dudaba. Acababa de leer el libro y conocía perfectamente el nombre de esa tercera persona, dos sílabas, tres letras, una vocal, pero me asaltaron todas las dudas del mundo. El prestigioso poeta y miembro de la Real Academia Española, crítico literario y escritor varias veces propuesto al Nobel, Valentín Santacana, me hacía una pregunta y yo no contestaba.

Nos encontrábamos en la sede de la prestigiosa editorial que él dirigía. Sentados el uno frente al otro, en una sala de reuniones de lo más impersonal. Había una mesa larguísima, un *whiteboard* con grandes hojas garabateadas en rotulador y cuatrocientas sillas desordenadas y tapizadas de azul eléctrico. Yo apenas había preparado la entrevista, y, como en ningún otro caso, llegué a la cita convencida de que cualquier cosa que él me contara me iba a resultar de gran interés.

—¿Quién era la tercera persona?

Valentín formuló la pregunta por tercera vez y en un brevísimo intervalo de tiempo respecto a la segunda, pero volvió a callarse. Llevaba media hora hablando mucho y muy rápido, casi sin respirar, en un tono inalterable y con esa voz algo aflautada que tanto le caracterizaba. Santacana era un erudito, un sabio que parecía moverse en otra dimensión vital, la de las ideas, con un leve atolondramiento físico gracias al cual hacía patente su condición terrenal.

Me objetó enseguida, antes incluso de tomar asiento, que a Emma la había tratado poco en los últimos años. Precisó que en el ochenta y nueve se habían citado en el hotel Colón y habían disfrutado de una larga charla. Que desde entonces apenas la había vuelto a ver y que, por tanto, no tenía mucho que contarme. Intenté hacerle entender que ya me iba bien que me hablara de otra Emma, la que yo no pude tratar, la Emma de tiempos atrás, la que él conoció. Entonces, Valentín, sin apenas darme tiempo a acabar mi explicación, empezó, solícito, a proporcionarme fechas, a enumerar actos, títulos de libros, colecciones, premios, colaboraciones, escritores amigos, pasajes concretos de novelas, con una precisión aplastante y una memoria fuera de lo común. Yo le

escuchaba y anotaba lo que podía, con poca fe, mientras mi inquietud crecía y mi caligrafía empeoraba. Todos los datos que tan bienintencionadamente me estaba proporcionando correspondían a otro tipo de proyecto, una biografía, una tesis, algo muy alejado de mis intenciones. Y empecé a dudar seriamente de si esa vez iba a conseguir mi propósito, llevar al poeta al terreno personal, a la anécdota que sólo él podía haber vivido.

Tuvo que pasar media hora, colocarnos en el minuto treinta y tres de nuestra conversación, a diez minutos de finalizarla, para que yo me diera cuenta de que Valentín, casi desde el principio, me había dado la palabra clave. El poeta hablaba y hablaba e iba y venía con sus datos, fechas y precisiones. Pero siempre acababa volviendo al mismo hecho, una y otra vez, al incidente literario que se produjo entre ellos dos y que a punto estuvo de acabar con su amistad.

—Hubo unos años —me contó una vez más lo que ya me había ido diciendo con otras palabras—, cuando publicó la novela que te acabo de mencionar, que fue la tercera, no contabilizo los libros de relatos infantiles, que fueron previos, por no considerarlos novela. Nos encontramos, entonces, en el año setenta y dos, o setenta y tres, esto es de fácil comprobación, en que nos distanciamos. Este distanciamiento fue debido a un detalle que me molestó y que tardé mucho en admitir, porque podía parecer un acto de censura, cuando la cuestión era sencilla. Se trataba tan sólo de decirle, mira, Emma, si sustituyeras Edimburgo por otro nombre, otro nombre que podría ser incluso el de un núcleo urbano similar, el problema estaría resuelto. Porque si con la mención de ese poema a mí se me identifica mecánicamente, el resto de los hechos contados en el libro parecen verdad. Me costó un tiempo pedírselo, unos años, por eso de que pareciera un acto de censura, y no fue hasta esa memorable tarde en el hotel Colón, precisamente, cuando me armé de valor. La intensidad de la conversación lo permitió. Ella se lo tomó muy bien, le pareció muy razonable. Lo terrible es que tardó un tiempo excesivo en hacerlo, varias ediciones, ¿de cuántas décadas estamos hablando?, pues usted misma lo puede calcular. Cuando en la segunda edición la corrección no se había realizado, pues allí sí se produjo un distanciamiento claro y severo por mi parte. Y no se sustituyó Edimburgo por Dublín hasta la última edición, muy reciente, donde al fin está correcto. De lo cual hace relativamente poco tiempo, ¿un año? Seguramente menos. El dato es comprobable. Y en fin. A pesar de todo el tiempo que necesitó, pues yo le estaré siempre agradecido. El libro ha quedado para la posteridad como debía estar. No sé si ella lo sabía, pero éste era un poema que aparecía en los libros

de BUP y COU, muy leídos, y allí el poema figuraba con el título correcto, que es Edimburgo.

Sentí que me faltaba el aire, como si en la sala de las butacas tapizadas de azul eléctrico el oxígeno empezara a escasear. Era Edimburgo. La anécdota que buscaba.

—Y yo, pues, qué más podría decirte. Que la persona que conocí en el sesenta y tres, qué digo, no, en el sesenta y seis, y con quien me relacioné, especialmente ese año, en el sesenta y seis y también en el sesenta y siete, el sesenta y ocho y el sesenta y nueve, pues era una persona vivaracha, chispeante, luminosa, con sentido del humor, de una inteligencia destacable. Y que en cambio la persona con la que me reencontré en el ochenta y nueve, en el hotel Colón, una tarde deliciosa en la que hablamos horas y horas, pues era una persona más seria, a la que le habían pasado más cosas, que tenía otros problemas y otras preocupaciones, como su hija, Ginebra. Cosa lógica, a todos nos ocurre en mayor o menor medida con el paso del tiempo. En el sesenta y siete no podía preocuparse por la hija porque la hija no existía.

La cabeza me daba vueltas. Me lancé y le interrumpí:

—Me gustaría que me explicara cómo se lleva esto de la ficción basada en hechos reales, dónde está el límite en usar nombres exactos y nombres ficticios.

—No, no basta con los nombres. Hay una cosa que se llama la frontera esencial. ¿Pero cuál es la pregunta?

—... Pues, cómo..., cómo se maneja esto de mezclar ficción y realidad...

—Bueno, que yo sepa, Emma lo hizo en sus tres primeras novelas, pero quizá lo hizo más veces, aunque yo tampoco lo sé con exactitud. En algunos libros utilizó más el esquema de testimonios, en clave de cartas, pero yo tampoco soy tan conocedor de su realidad como para saber qué era imaginario y qué no, especialmente a partir de mil novecientos setenta y tres. Puedo hablarte de esa tercera novela porque, de alguna forma, allí sí intentó reflejarme a mí. Hay un personaje que sale en varias novelas, Roberto. ¿Te acuerdas de Roberto?

—¿Qué?

—Roberto.

—Sí, sí me acuerdo.

—Es un nombre que ella va utilizando a lo largo de su obra, pero que no siempre es el mismo personaje. La descripción física tampoco se ajusta a la realidad, pero eso es otro tema. La pregunta..., la pregunta, ¿cuál era?

—Pues quería saber, ya al margen de la obra de Emma, qué pautas daría usted para separar la ficción de la realidad...

—La frontera esencial, ya lo he dicho antes. Cuando hay hechos inventados, hay que dejar muy claro que esto es novela y no biografía. En el caso de varios libros de Emma hubo hechos inventados que no ocurrieron, que podrían haber ocurrido, pero que no ocurrieron, eso lo digo sin la menor duda. ¿Tú te acuerdas de la novela de la que te estoy hablando? La tercera.

—Sí.

—En esa novela hay varias cosas que no ocurrieron. Una es muy importante. Jamás hubo una cama redonda entre los tres personajes a los que se refiere ella. ¿Sabes quiénes éramos?

Ése fue el momento en que Valentín Santacana se tocó el audífono de su oreja izquierda, el momento en que me miró e insistió:

—Supongo que sabes quiénes éramos, aparte de Emma y yo, naturalmente. Había una tercera persona. ¿Sabes quién era la tercera persona?

Y entonces yo obligué al académico a esperar. Para dudar. Dudé si el poeta quería realmente que yo desvelara la identidad real de uno de los personajes más sentidos y recurrentes de la obra literaria de Emma. Una turbadora joven de ojos orientales y mirada bochornosamente adolescente con quien la escritora lo había metido a él, a Valentín Santacana, en la cama, para protagonizar una tórrida escena de amor y sexo que Emma escribió a principios de los setenta del siglo pasado. O si, por el contrario, el poeta prefería que yo no supiera quién era ella, dos sílabas, tres letras, una vocal, la tercera persona con quien formó el trío amoroso, a mi entender, más morboso e impactante de la literatura española. Y al fin, intuyendo que su espera no podía alargarse ni medio segundo más, en voz bajita, insegura, balbuceé:

—¿La tercera? Sí...

—¿Eh?

—... Ada...

—Ada. —Y Valentín arrancó a hablar de nuevo sin alterarse un ápice, o eso me pareció a mí. Con el mismo tono sostenido, fluido, imperturbable—. Pero esa cama redonda al final jamás ocurrió, ¿eh? Jamás ocurrió. Es, sin embargo, una escena muy importante en la economía de la novela, pero esos hechos en la vida real no ocurrieron nunca, hay otras escenas ficticias, pero ésa es la de mayor relevancia porque es como el desenlace definitivo del conflicto. Por razones dramáticas la introdujo, pero no responde a la realidad biográfica. Lo cual no habría tenido importancia si no hubiera habido cosas reconocibles como lo de Edimburgo, el poema al que me he referido con

anterioridad. Todo depende de la proporción de cosas inventadas, si tú inventas algo importante, me imagino que debes borrar pistas por el lado de los detalles secundarios que identifiquen, porque si no, la gente creerá que todo es verdad. Pero yo no veo por qué tengo que darte este consejo, no es mi problema, ni nada...

Me reí, nerviosa.

—Bueno, era una pregunta que le quería hacer...

—... a no ser que me conviertas a mí también en un personaje de novela, pero no veo que puedas conseguirlo con lo hablado hoy..., no da para tanto, no llega a ser materia novelesca.

Salí de la sala de reuniones aturdida. Convencida de que yo no iba a poder seguir las pautas del sabio Santacana. No porque no quisiera. No me sentía capaz de ser tan rigurosa. Todo lo que me importaba —lo recordado, escuchado, leído, vivido, inventado— se fusionaba en mi cabeza como una única verdad.

4

—No voy a abrir la puerta, Emma, no me da la gana.

El Psiquiatra, resuelto, decidido, está de pie frente a la enferma y la Cuñada. Los brazos cruzados, las piernas abiertas, en actitud de resistencia, pretendiendo dejar claro que el que controla la situación es él. Las dos mujeres están sentadas al borde de la cama.

—¿Por qué no? —pregunta la Cuñada.

—No voy a buscar más muertos porque no los hay —responde el médico.

—Pero si se lo enseñas y se lo demuestras, Emma se quedará tranquila.

—Acabamos de buscar otro muerto en el baño. No voy a seguirle más el juego. —El doctor cambia el tono de voz por uno más suave—: Y, además, Emma ya está tranquila, ¿tú no la ves tranquila?

La Escritora entorna los ojos y murmura entre dientes:

—Vais a morir todos.

El Psiquiatra se sienta en la silla frente a las dos mujeres. Da varias palmaditas en el delgado muslo de su paciente.

—Sí, Emma, vamos a morir todos, pero, mientras tanto, vamos a disfrutar un pelín de todo esto, ¿eh?, tú y el resto de la humanidad. ¿Qué te parece si dejas que los demás disfrutemos también un rato?

—No me grites.

El Psiquiatra sonrío.

—Eres detestable —añade ella sin dejar de mantener los ojos entrecerrados.

Durante unos instantes, el Psiquiatra parece perder el temple y la seguridad en sí mismo. Sacude los hombros en un tic nervioso. La Cuñada le mira con el ceño fruncido. El Psiquiatra se levanta de sopetón. Se sienta en la cama, pasa un brazo por encima de los hombros de la Escritora y la achucha.

—No me toques —protesta ella.

—Vale, vale. —La suelta—. Oye, ¿cómo llevas el tema del sexo?

La Cuñada le mira, sorprendida, boquiabierta. El médico sigue:

—¿Bien? ¿Nada?

La Escritora dulcifica el rostro, ladea la cabeza, se le escapa un esbozo de sonrisa:

—Ahora nada, claro, pero había sido muy buena.

El Psiquiatra murmura:

—Ya. Bueno, pues, ¿sabes que yo no vengo aquí por ti? Vengo para ver a esta chica que no se separa de tu lado, que es un amor y es guapa de cojones, ¿verdad?

—Sí. Mi hermano tiene mucha suerte.

—Vaya si tiene suerte, y además de arquitecto es pintor, y menudos cuadros hace con ella...

La Cuñada se aturde. Sacude la cabeza, incrédula. El Psiquiatra la mira y, algo tenso, le suelta:

—¿Qué pasa? Están en una web que todo el mundo puede visitar, ¿verdad? ¿O no?

La Escritora habla:

—Es guapa y buena persona, algo muy poco habitual. Casi tan guapa y buena como mis perros.

El Psiquiatra se asombra:

—Vaya, no sé si me gusta esta comparación.

—No hay nada más noble en este mundo que el amor de un perro. Si no sabes eso, es que eres un desgraciado.

—Yo lo sé, Emma. —La Cuñada le coge la mano—. A mí no me molesta la comparación, al contrario.

—¿Por qué tengo este médico, Clara? Me cae muy mal.

—Te caigo mal, ¿eh? —interviene él.

—Sí. Eres horriblemente feo.

—Pues, mira, ya sé que no soy Marlon Brando, pero que te caiga mal me descoloca, mis pacientes me han dicho muchas cosas, pero ésta no. Y eso me jode, porque, ¿sabes?, yo acostumbro a caer bien...

La Escritora mira a su cuñada.

—No quiero seguir con esta conversación. ¿Dónde están tus hijos?

Ella tarda unos segundos en responder:

—En el colegio. Deben de estar saliendo del cole. No los he ido a buscar para estar aquí.

—Ten mucho cuidado, guapita. Presiento que algo muy malo les va a ocurrir.

El Psiquiatra se entromete, brusco:

—Pero tú no tienes miedo, ¿verdad que no, Emma?

—Algo malo va a ocurrir. Y allí fuera hay un muerto.

—Hay un muerto allí fuera, pero tú no sientes miedo.

La Escritora no contesta.

—¿Cómo sabes tú eso? —inrepa la Cuñada al médico.

—¿A ti te parece que Emma manifiesta miedo? Yo tengo pacientes que ven fantasmas y están enloquecidos de pánico, se esconden bajo la cama y gritan de terror. Yo sé ver cuándo alguien siente miedo. Emma no tiene. Lo explica con serenidad, yo diría que hasta con frialdad.

—Si allí fuera no hay ningún muerto —dice la Escritora—, yo me pongo en tus manos.

—Abre la puerta por favor —suplica la Cuñada.

—¿Ah, sí, Emma? —El Psiquiatra se pone chulo—. ¿Quieres pactar otra vez? ¿Nos harás caso? ¿Dejarás de portarte como una niña malcriada y nos harás caso? ¿Aceptarás que el que manda aquí soy yo?

La Escritora sonrío.

—Sí.

La puerta número trece se estampa con violencia contra la pared del pasillo. El Médico Resuelto, el Médico Salvador, el Psiquiatra Cachondo y Desconcertante la ha abierto con toda su fuerza. La Cuñada mira aterrorizada al suelo esperando ver un bulto negro e informe, un hombre con pantalones azul marino. (A la Cuñada se le ocurrirá, meses más tarde, que imaginar a una muerta con faldas, enseñando las piernas y quién sabe si hasta las bragas, le habría resultado mucho más terrorífico. Ese día, esa tarde a las cuatro y media, hora en que abren los colegios y se recoge a los niños, esa tarde que la Cuñada no ha ido ir a buscar a sus hijos porque ha preferido ir al Hospital, aunque nadie se lo haya pedido, el muerto que hace un rato la Escritora ha asegurado que estaba en el baño, escondido tras la puerta o en el plato de la ducha y que ella ha inspeccionado temblorosa y pacientemente para calmarla, ese muerto que ahora la Escritora asegura que está en el pasillo, la Cuñada sólo puede imaginarlo hombre y con pantalones azul marino).

Pero fuera de la habitación no hay nadie tirado en el suelo, ni hombre ni mujer. Las baldosas brillan, blancas, limpias, frías, y la Enfermera Uno, la Angelical Enfermera Señorita Rottenmeier de ojos azules pasa por delante y sigue su camino, indiferente a lo que pueda haber provocado semejante portazo.

La Cuñada mira a la Escritora. Sentadas la una al lado de la otra en la cama deshecha de la habitación número trece. Escucha su propia respiración mientras un abandono le recorre el cuerpo. La Escritora ha necesitado un segundo para abrir mucho los ojos y comprobar que nadie yace en el suelo del pasillo. Tras ese segundo los vuelve a entornar y se queda con esa expresión de displicencia tan suya. Sube la pierna derecha, la cruza encima de la izquierda, entrelaza las manos encima de la rodilla y concluye:

—Muy bien, pues estoy en tus manos.

La Cuñada esboza un puchero y resopla con brusquedad. Se tapa los ojos y empieza a sollozar compulsivamente. La Escritora parece sorprenderse y quitarse de encima la rígida actitud que la atenaza. Se inclina con todo el cuerpo para mirar a la que es la mujer de su hermano desde hace once años, la joven no tan joven que hoy se ha puesto un vestido tejano con escote hustler, que le aprieta demasiado y le hace asomar en exceso los pechos, un vestido que se compró hace quince años, cuando su vida era otra, y que lleva un buen rato arrepentida de habérselo puesto, a estas alturas ya sabe que nadie la puede tomar en serio si sigue vistiéndose así. La Escritora ve a una chica llorando sin control, asustada y desarmada, que intenta esconderse y no sabe cómo. El Psiquiatra, tras unos brevísimos segundos de desconcierto, toma las riendas del asunto con su habitual determinación. Se levanta, llama a gritos a la Enfermera Uno, le da la orden de vigilar a la paciente, «no llores, bonita, no llores», va murmurando la Escritora a la vez que da palmaditas en el regazo de la Cuñada con el mismo cariño con el que lo haría a su tierno y entregado Labrador. El Psiquiatra coge la mano de la Cuñada y la apremia a levantarse, «ven conmigo», se la lleva casi a rastras por el pasillo, abre una puerta, vacila, la cierra, siguen avanzando por el pasillo, abre otra puerta y se meten en una pequeña estancia vacía que parece un despacho. Cierra la puerta, no enciende la luz, el cuarto queda ligeramente iluminado por una ventanita que debe de dar a un patio interior.

Ella quiere tirarse a sus brazos. Ella desea que él la obligue a hacerlo, quiere que la saque de allí, quiere sentir algo tórrido, caliente, que la morreen y hasta que la magreen. Desea con furia su consuelo, o un consuelo, el que sea, un macho protector que le deje claro que todo va a seguir en orden. El Psiquiatra Cachondo, el Psiquiatra Machote, el Médico Bruto, el doctor sin pelos en la lengua que está asumiendo el caso la agarra por los hombros y la tira hacia él. Ella baja la cabeza y la apoya en su pecho, no se atreve a levantarla, y un instante antes de que empiece a sentirse algo ridícula él le sube el mentón con dos dedos, se miran, pero ella no quiere mirarlo mucho y acerca el rostro y le besa. No le agrada mucho el sabor, tampoco el tacto, pero él deja la lengua blanda y la mueve bien, y eso sí le gusta a ella, como le gusta el calor que transmite su cuerpo, que la boca le arda, que las mejillas le ardan, le gusta la decisión de sus anchas manos resiguiéndole los brazos y luego la espalda. Ella lo abraza. Él la arrastra hasta la pared y se aplasta sobre ella.

Un soplo y una eternidad. La Cuñada se separa bruscamente, se gira, apoya la cabeza en la pared, le da la espalda. Murmura algo así como «basta,

basta».

El Psiquiatra se aclara la voz.

—Sí, basta. —Se frota la cara—. ¿Estás mejor?

Ella ríe.

—No lo sé.

—A ver, chica, hablemos un segundo.

Ella se da la vuelta. No puede mirarle a los ojos, se pregunta por qué la ha llamado chica, le chirría que la llame chica, no le mira a los ojos pero sí pasea la mirada por la americana de tergal del departamento de hombre del Corte Inglés demasiado ancha, por la camisa a cuadros de niño de los jesuitas, por la prominente barriga, por un cuerpo que no sabe si es más duro que fofo. Piensa que su cuñada tiene razón en lo de que es feo, su cuñada sigue teniendo razón, no puede ser verdad que la haya perdido. Responde con la voz ahogada:

—Claro...

—¿Qué haces aquí siempre sola? No cargues con todo esto.

—No estoy siempre sola.

—Nunca sé si eres la hija o la sobrina o la nuera.

—Soy la cuñada, estoy casada con su hermano, con el que me llevo un porrón de años, sí. —Sonríe—. Y no estoy siempre yo sola. Es casualidad, no sé. Ahora tiene que venir la hija.

—Pero su hermano, el pintor, nunca viene.

Ella le mira a los ojos y sonrío más.

—¿Qué quieres que te responda a eso? ¿Te cuento mi vida?

—No, por favor. Digo que esto es demasiado para ti.

—No es verdad.

—Clara, voy a incomunicarla del todo. Tenéis que dejarme hacer.

—Ya está incomunicada.

—He dicho del todo. Ni tú vas a entrar.

Se oye a la Escritora gritar: Ginebra, Ginebra...

—¿Quién es Ginebra?

—La hija.

—Yo acabo con esto en dos días. La vamos a atar a la cama...

—... atar a la cama...

—Se levanta por la noche y pega a las enfermeras...

—Lo sé.

—La vamos a atar y sólo me va a ver a mí. Ya puede gritar, llamaros y haceros el chantaje que quiera. No tiene que haber ninguna reacción por vuestra parte. Basta de ser la reina del mambo. A partir de ahora, a tratarla

como a un perrito y en dos días esto se acaba. Coge a Ginebra y os vais a la playa, a tomar horchata y a hablar de tíos.

Ada

¿De qué color era el corazón? Aparqué el coche en la zona azul, en la calle Londres, mientras intentaba recordar el poema. Corazón Rojo Sangre Azul pronunció su último mensaje. Pero no, el corazón no era rojo. Nada que ver con la Reina Roja o la Reina de Corazones, aunque a mí me lo recordara. El poema de Ada no tenía nada que ver con eso, el poema no iba por allí. ¿Pero hacia dónde iba? Tan sugerente y tan duro y tan raro. Tenía que pagar el parquímetro de la zona azul. Zona Azul, Sangre Azul, la sangre era azul, eso seguro. Dos horas era el tiempo máximo, cinco euros, no tenía monedas, saqué la Visa. Corazón Verde Sangre Azul. Corazón Amarillo Sangre Azul. Introduje «corazón», «sangre», «azul» y el nombre completo de Ada en el móvil e hice una búsqueda por internet. Pulsé la tecla de *ticket* en el parquímetro y leí varias entradas de Google: *Corazón Amarillo Sangre Azul pronunció su último mensaje: dejad en paz a los alcohólicos...*, sí, ya me acordaba, *dejad en paz a los alcohólicos y no olvidéis que los cisnes cantan antes de morir*. Era así, terminaba así. Qué raro, qué bonito, ¿pero qué quería decir? Dejé el *ticket* dentro del coche, cerré la puerta, pulsé el bloqueo del mando, anduve por la calle Londres hacia Muntaner, con el móvil en la mano, con las llaves del coche en la mano, sintiéndome mal, agitada por mi inmediato encuentro con Ada. Por fin habíamos quedado y yo acudía a la cita sin recordar uno de sus mejores poemas, tan bueno, tan raro, que la introdujo en la historia de la literatura española. Ada debía de ser muy joven, muy niña, tan joven y tan niña que nunca se quitó de encima el apodo de la *nená*, la niña en catalán, y su estilo era tan vanguardista, urbano y libre en la forma, tan distinto a la poesía que se publicaba en esos momentos en España, que pasó a formar parte de una nueva generación de poetas, los Nueve novísimos poetas españoles —la única chica entre ocho tíos—, un grupo de jóvenes irreverentes que dejaron una obra que hoy es objeto de estudio y mucha mitomanía.

Y esa mañana de miércoles yo acudía a la cita sin saberme el poema como Dios manda, es decir, memorizado al dedillo y no con vaguedades y cruces literarios equivocados, obligada a consultar en Google de cualquier manera y como una adolescente. Yo quería preguntarle a su autora quién era Corazón Amarillo Sangre Azul y quería que la respuesta fuera Emma. Pero no podía ser porque el poema parecía un réquiem y estaba escrito hacía cuarenta años, cuando las dos eran muy jóvenes. Pero me daba igual. En esos momentos

todo me llevaba a Emma y a mí me encajaba, un corazón extraño, caliente y frío, una chica de casa bien tocada por el talento de los dioses.

Llegué al bar Velódromo y Ada ya me estaba esperando, fuera, en la terraza, con el ensordecedor tráfico de la calle Muntaner a sus espaldas. Estaba liando un cigarrillo y la observé de lejos, tan menuda, tan discreta, vestida de cualquier manera, anodina, y me habría gustado que todo se oscureciera a su alrededor y un rayo de sol se posara en su figura y la iluminara como con un foco, para que el tumulto de gente que la rodeaba le prestara la atención que merecía. Ada era otra superviviente de esa Gauche Divine a la que yo parecía predestinada a ir siguiendo, con la lengua fuera — Emma, Blai, Valentí, la Oliu, Héctor—, una generación de afortunados que parecían estar hechos de otra pasta.

Empecé la conversación así, alabando esa Barcelona de la que tanto había oído hablar, confesando lo mucho que me habría gustado vivir esos años de revoluciones varias, culturales, sexuales, en plena estética pop, cuando se descubrió Cadaqués y aparecieron los Beatles, lo brutal que habría sido colarme entre ese grupo de gente hippie y talentosa que fue bautizada alrededor de un ring de boxeo tras una fiesta que debió de ser el no va más.

—Pero nosotros no lo vivimos como si fuéramos un grupo —me objetó Ada con cierta frialdad—. No fuimos conscientes de eso. No fue un movimiento organizado y coherente. El carácter latino tiene fobia a la pertenencia a un grupo.

—Ya..., pero...

—Nos encontrábamos porque nos caíamos bien, cada noche, en el mismo bar, en las mismas fiestas, pero fue algo casual, circunstancial. Y duró poco.

—Pero sí que os divertisteis mucho.

—El fin de la dictadura fue tan liberador que sí, lo pasamos muy bien. Franco estaba en las últimas y nosotros nos lo pasábamos bomba. Nunca entenderé cómo teníamos tiempo de salir tanto, cada noche. Bebíamos, bailábamos y al día siguiente seguíamos trabajando, como si nada. Queríamos cambiar el mundo y además divertirnos.

—Y lo cambiasteis —dije, ilusionada, con ganas de subirle el ánimo.

Me miró muy seria.

—No lo sé.

—Ada —me erguí de la silla, excitada—, ocurrió algo que ocurre muy pocas veces y que es muy difícil que se repita, porque responde a la suerte o al azar y es imposible planificar. Un grupo de gente con mucho talento que se encuentra en un mismo lugar, en un mismo momento, con las ganas y la

sensación de que todo está por hacer. Y trabajan y crean cosas que marcan la historia del diseño, de la literatura, del arte. Barcelona vivía un momento estelar. No se puede comparar a la Barcelona de ahora...

—Pero no cambiamos el mundo.

Dio un par de caladas a su pachucho cigarrillo y añadió:

—Pero Héctor te contará mejor ese lado optimista, quizá yo tenía otros ideales, ideales sociales. Es fácil entender que me sienta decepcionada.

Hacía calor. El sol caía con fuerza encima de nuestra pequeña mesa metálica y la terraza estaba a tope, llena de empleados de la zona en pleno *coffee break*. Al sentarme había puesto el bolso encima de la mesa para tapar el destello que me deslumbraba, pero tuve que retirarlo cuando llegó mi agua con gas y el vino tinto, en vaso pequeño, que ella había pedido. Ada no estaba de buen humor. A pesar de todos los *emails* que nos habíamos escrito, de lo amable que estuvo desde el primer momento, del interés que mostró por lo que yo pretendía hacer, ahora que por fin nos veíamos y podíamos hablar cara a cara, Ada parecía de malhumor. Yo ya sabía que estaba enferma, me habían advertido que de gravedad, pero no lo consideré; la vi muy bien, con algunos kilos de más, y quise ignorar esas advertencias, esos malos augurios, algo que me resulta muy fácil hacer cuando alguna cosa me espanta. Decidí cambiar de tema. Centrar la conversación en Emma.

—Fuiste su mejor amiga, ¿verdad?

—No.

Mi pregunta, por supuesto, era algo infantil y hacía predecible ese tajante «no» como respuesta. Pero lo que dijo a continuación no tuvo precio:

—La mejor no. Compartíamos ese privilegio entre varias. Nos enumeraba cada semana. Tenía la amiga uno, la amiga dos y la amiga tres. Cada semana cambiaba el orden, y si habías tenido la suerte de ser la uno, a la semana siguiente te relegaba al tercer puesto. En el tercer puesto también podías considerarte afortunada.

—Lo decía en broma —me reí, incrédula.

Ada no se rió.

—Qué va. Lo decía muy en serio. Nosotras la escuchábamos más bien resignadas. Si eras la cuarta, no ibas a merendar.

Sofoqué una carcajada.

Ada siguió muy seria.

—Era una caprichosa. Una niña mandona y una manipuladora.

—Ada... —protesté.

Ada perdió la mirada entre los transeúntes de la atestada calle, tenía los párpados hinchados y sus ojos no eran más que una raya negra, negrísima, unos ojos que aún mantenían ese aire ligeramente oriental al que se había referido Emma, tantas veces, en sus novelas. Ada no parecía dispuesta a soltar un comentario amable sobre Emma. Seguimos hablando durante un buen rato y cada pregunta mía derivaba en una queja, en un reproche a la escritora. Acabé por impacientarme y quizá por ello fui capaz de preguntarle lo siguiente:

—Ada, Emma se enamoró de ti, ¿verdad?

Sin alterarse, con un leve y sostenido gesto del dedo índice, lo negó.

—Ella sólo jugaba.

—Ada —me lamenté, desesperada—, necesito que me hables bien de Emma, por favor.

—Estoy rabiosa. No le perdono lo que nos hizo pasar, lo que se hizo a sí misma.

—Pero yo necesito que me hables de la Emma que te gustaba.

Ada esbozó la primera sonrisa —sólo hubo una más— que me regaló en nuestra conversación, una sonrisa ligera, lacónica, para decirme:

—Tendríamos que haber hablado cuarenta años antes.

Me apoyé en un codo y me hice sombra en los ojos con una mano. Me sentía agobiada por el ruido, el sol y el constante deambular de la gente.

—Si quieres ayudarme —le supliqué—, ¿no podrías convertirte ahora en esa chica? ¿En la Ada que estaba fascinada por Emma? ¿No lo harías por mí?

Ada negó con la cabeza. El gesto fue leve pero tajante. La pregunta volvía a ser algo boba, pero como tantas otras veces, mis preguntas bobas provocaban respuestas inesperadas, inteligentes, que me daban mucho a cambio. Ada me miró durante un buen rato, con esos profundos ojos negros casi ocultos bajo sus párpados.

—Invéntatela. Imagina a partir de lo que ya sabes.

El follón de la calle Muntaner, el griterío de la gente a nuestro alrededor, la mesa convertida en un espejo que reflejaba el sol contra mis ojos, todo pareció desvanecerse. Ella me miraba y yo a ella y parecía que pensáramos a la vez. Me gusta mucho hacer hablar, me gusta mucho escuchar. Meterme en la piel del otro. Pero qué incapacitada estoy para afrontar lo que me espanta. Ada estaba enferma y ésa podía ser nuestra primera y última cita. Pero me quise fijar en su pelo, y su pelo renacía grueso y fuerte y le devolvía el *look garçon* que la hizo mítica en los años sesenta —qué foto la de Colita—, cuando fue una niña prodigio, flacucha y tímida, que había enamorado a los

literatos y editores del momento. Su pelo renacía de la quimio y de la radio y crecía grueso y fuerte, tan blanco blanquísimo como negro negrísimo había sido. Y había engordado. Por qué tenía yo que intuir, pensar, creerme —como la dura realidad determinó que fuera— que ésa iba a ser nuestra primera y última cita.

Consulté mi reloj, hacía más de dos horas que hablábamos y entendí que tocaba dar fin a nuestra conversación. Me sentí hondamente agradecida por sus palabras, por todo su interés, y al mismo tiempo abrumada y sola. Levanté el brazo para pedir la cuenta. La cabeza me daba vueltas, el sol volvía a molestarme.

—¿Sabes que *Safo* ha muerto? —me preguntó repentinamente.

No, yo no lo sabía. Me entristeció mucho la noticia.

—Me escribió Ginebra y me lo contó —añadió.

Nos quedamos en silencio. Pensé en la perra, lejos de Barcelona, pensé en Ginebra y en la cantidad de meses que hacía que no nos veíamos, en la distancia que se había interpuesto entre nosotras. Me acordé de Corazón Amarillo Sangre Azul y la pregunta que me quedaba por hacer. Me apremié a formularla, pero entonces Ada habló, y lo que dijo a continuación arrasó con todo lo demás:

—La historia de Emma es una tragedia, un libro que yo no puedo escribir.

Antes de que yo tuviera tiempo de decir nada, ella preguntó, con un nuevo ánimo, como despertando de ese malhumor en el que había estado sumergida todo el rato:

—¿Después de mí quién va?

—¿Qué?

—Has visto a Blai, a Neus, a Montse... A Anke...

—Sí..., y a Valentín...

—A Valentín... ¿Quién es el siguiente?

Le respondí, despacio, intrigada, con otra pregunta:

—¿Quién crees tú que debe ser el siguiente?

Nos miramos. Ella se adelantó:

—Están todos muertos.

Ada sonrió con la misma levedad con la que había sonreído la primera vez. Vi su gracioso diente un poco montado encima de otro. Casi parecía contenta cuando acercó su cabeza a la mía para decirme:

—Clara, sigue leyendo a Emma y ponte a hacer literatura.

El sol se ocultó tras un edificio y dejó de iluminarnos.

La amante

Déjame seguir así. Haz que nada cambie. Déjame seguir pegada a tu cuerpo sin tener que hablar. Porque mi soledad empieza a dos pasos de ti, tú lo has escrito y yo hago más tus palabras. Todo empezó esa mañana en el zoo, ¿recuerdas?, cuando Valentín me arrastró para conocerte. Yo había estado encerrada en casa, días, semanas, sin necesidad de salir, más muerta que viva. Cuando llegué, estabas metida en una jaula, al lado de un canguro, haciendo la promoción de un cuento infantil. La situación daba risa, pero no nos reímos. Nos miramos mucho y no nos reímos. Tampoco nos dijimos nada. No soportas las promociones de tus libros, aunque seas editora, y aquello era una entrevista y una sesión de fotos y tenías que hablar. Hablar porque sí, hablar mucho, hablar por hablar. Cómo detestamos eso. Gastar las palabras en decir cosas útiles, cosas con sentido. Para ti y para mí las palabras son otra cosa. Me hablas de la magia que hay en ellas mientras miramos una y otra vez los libros que compras en Londres. Alicia, Peter. *The Sleeping Beauty*, *Los viajes de Gulliver*, *The Happy Prince*. Perrault, Wilde, Poe. Shakespeare. Me hablas del horripilante día en que las palabras quedarán vacías de esa magia y aparecerá el aburrimiento. El terrorífico día en que todo habrá terminado. Tú ya estás preocupada por eso pero yo no, porque falta mucho, mucho. Yo tengo veintidós, tú tienes treinta y cuatro, y ya estás preocupada por eso. No lo hagas, Emma, por favor. Tú puedes hacer que nada cambie para que nada, nunca, sea aburrido. Porque a tu lado nada puede ser normal, todo son aventuras. Es una aventura encontrar primeras ediciones de Alicia, con las páginas coloreadas por niñas que cometieron la travesura de pintarrapear un libro, en el año 1907, y nosotras hoy lo vemos y se lo perdonamos. Es una aventura coger la barca en Portlligat, llevarnos a los perros, bañarnos en alta mar de madrugada. Es una aventura estar en tu casa. Esta casa de locos de la que no quiero irme. Llena de armarios que vas llenando de regalos, para sorprendernos en el momento más inesperado. Llena de personajes estrambóticos, pobres, genios, sabios, secretarias, niños, gatos, perros, yo. Todos te adoramos. Todos merendamos chocolate caliente con bizcocho y nos volvemos tan golosos como tú. Y te conviertes en una reina, en un hada, en un ser de sangre azul que nos hace creer que todo esto es un cuento, de los buenos, que habrá un final feliz, y que todo es posible.

Te gusta mi mirada oscura, dices, morbosa, escribes, de adolescente oriental, desolada, febril, excesiva, ni de hombre ni de mujer. La mirada de alguien que no está completo, bromeas, pero yo me lo tomo en serio, es imposible hacerse mayor y seguir mirando así, insistes. Te gustan mis labios reseco y te ríes cuando digo que no voy a maquillarlos jamás.

No quiero hablar de los días en que amaneces triste y no estás. No quiero ver cómo tu corazón se enfría y no me ves, cuando aparece esa distancia y esa dureza que tanto miedo me da. Yo lo resisto. Me escondo como uno de tus gatos, no hago ruido y espero. No me ofendo si me das dinero para que me vaya. No te odio si me dices que no eres como yo, que el amor se fue, otra vez, y no sabes adónde. Yo te pido perdón por no haber sido capaz de amar, como tú querías, al hombre que amabas, por no haberme acostado con Valentín y contigo a la vez, por no saber jugar con esto que me arrasa por dentro.

Tú me inventas, me dices los días que me quieres. Yo espero que vuelvas a mí, que encuentres en mí lo que eres.

5

La Hija parpadea. Se frota los ojos con las yemas de los dedos, en un gesto rápido, imperceptible.

—Pobre mamá.

Sostiene un vaso de porexpán, tamaño *extra large*, del que sorbe un granizado de limón con una pajita color rosa chicle. Está sentada junto a la Cuñada en una de las sillitas blancas que hay en el pasillo.

—Ahora parece calmada... —La Cuñada levanta la cabeza para poder escuchar mejor.

—Sí... —dice la Hija con la mirada dentro del vaso.

—La enfermera me ha dicho que ha pasado la noche tranquila... Parece que ha dormido a ratos.

—¿A qué hora vienen estos tíos?

—¿Los doctores? A las doce.

Miran el móvil, cada una el suyo. Pasan veinte minutos.

La Hija resopla, la Cuñada le da explicaciones:

—El doctor Bravo, el psiquiatra, me dijo que tu madre está librando una batalla por mantener el poder, para acaparar nuestra atención. Que todo es psicológico pero que está cuerda. Que nos manipula, que es una persona excéntrica que hace cosas raras, pero que no está loca, que...

—¿Ver muertos no es estar loco?

—Según él, lo hace ex profeso para jodernos, para que nos preocupemos más por ella...

—¿Más? Esto es insoportable...

—Y los dolores siguen sin aparecer... Es increíble... Mi teoría es...

—¿Cuál es tu teoría, querida? ¿Tienes una teoría?

—Que tiene alucinaciones por el mega lío que se ha llevado siempre con las pastillas, que no nos engaña cuando tiene visiones porque las tiene, sigue jugando al póker, mientras hablamos, parece que nadie se entere cuando empieza a hablar de escaleras de color... y tríos y cosas así..., parece que sólo lo haga conmigo...

—Mamá está muy mal y esto va a peor, pero empezó hace tanto tiempo... Ahora ya no es ella, Clara, ella no querría esto...

—Ella no querría esto, ¿verdad?

—Claro que no. Lo dijo mil veces. Lo último que quería era una muerte con dolor, en manos de médicos, en un hospital.

—Pues hagamos algo.

—¿Qué podemos hacer? ¿Qué?

—No lo sé. Suiza.

—Suiza...

—Sabes que allí hay lugares adonde uno puede ir a morir...

—Sí...

—Pero ella debería colaborar... Sin su consentimiento es imposible...

—¿Qué dice mi tío?

—Ya conoces a tu tío, es radical en estos temas. Digo todo esto porque lo hablo con él, no me atrevería a hacerlo si no fuera así...

—Clara, no sé qué haríamos sin ti.

—No digas eso...

—¿Pero tú crees que mamá está muriéndose?

—No lo sé, Ginebra, no lo sé...

La Hija parece entrar en una especie de trance.

—La drogamos, la metemos en un avión y nos la llevamos a Suiza dormida...

—Ginebra, nadie sube a un avión dormido...

—Pues vamos en coche...

—¿Y nos tiramos un porrón de horas en coche con tu madre en estas condiciones? ¿Te lo imaginas?

—No, qué horror... Hay que ir en avión. Le decimos que es un viaje de placer, para olvidar toda esta mierda, y luego se lo contamos allí... Ella dirá que sí y ya está. Pero, claro, ¿cómo volvemos con un muerto? Nos meterán en la cárcel.

—Tú imagínate que llegamos a Suiza y allí nos dice que no... Tu tío se lo preguntó, cuando vino a casa, le preguntó si quería preocuparse por tener un final tranquilo, o al menos controlado, que él se ocuparía, pero ella respondió con evasivas...

La Hija parece no escucharla y sigue hablando con una inesperada vivacidad:

—Clara, tienes que escribir sobre todo esto. Haz una obra de teatro, pero que sea divertida, ¿eh?, ante todo tiene que ser divertida... Al final meten en la cárcel a mi tío y tú te lías con el Psiquiatra y yo con el Neurólogo y me voy a esquiar con él. Fin de la historia.

La Cuñada se echa a reír.

—Clara, hazme caso y toma apuntes o no te acordarás.

Se quedan calladas un rato. La Cuñada, muy seria, confiesa:

—Ginebra, ¿sabes que apenas he leído a tu madre?

—¿Qué dices, Clara?

—Que nunca he leído entero un libro de tu madre. ¿No te parece penoso?

La Hija le da un cariñoso golpe en la rodilla y se ríe.

—¿A qué viene eso? Claro que no me parece penoso...

—A mí sí...

—A ella estas cosas le importan un comino... Y además, yo tampoco me atrevo a leerla...

Suena el timbre del ascensor y se abre. De su interior salen el Neurólogo y el Psiquiatra.

—El Pijo y el Bruto entran en escena —susurra la Hija en la oreja de la Cuñada—, sólo nos falta el Tuerto.

La Hija ríe, la Cuñada sacude la cabeza y se sonroja. Permanecen sentadas cuando el Psiquiatra las saluda.

—Hola, chicas. Confío en que no habréis entrado a verla, ¿eh?

—Claro que no —salta la Hija—. Somos muy obedientes, ¿aún no te has dado cuenta?

—¿Obedientes? ¿Fuisteis a la playa, entonces?

—A mí no me puede dar el sol, ¿no ves cuántas pecas tengo?

El Psiquiatra se dirige al mostrador. El Neurólogo se sienta al lado de las dos mujeres.

—¿Y tú qué haces aquí? —le pregunta la Hija con evidente ironía—. Si es jueves..., fin de semana... ¿No te vas a navegar?

El Neurólogo sonríe.

—Mañana.

—Ah, muy bien. Las previsiones dicen que hará un fin de semana espléndido, que el verano no quiere terminar. Va a ser todo para ti...

Se quedan los tres callados. La Hija mira los mocasines del Neurólogo mientras sorbe el granizado.

—Ya me dirás de dónde sacas estos zapatos —le dice—. No conozco a ningún hombre que lleve unos zapatos así.

El Neurólogo sigue sonriendo y cruza los brazos.

—Sabes que escribo un blog sobre ropa, ¿no? —continúa ella.

—Sí, eso me dijiste.

—Pues te pasaré un cuestionario, me interesa mucho que me contestes algunas preguntas...

—Yo no entiendo de moda.

—Por eso mismo. —La Hija se explica—: A mí me interesa más hablar con los que no saben que con los que se creen que saben.

El Neurólogo la mira con serenidad y con un ligero brillo en los ojos.

El Psiquiatra se acerca.

—Chicas. Mañana le damos el alta.

—¿Qué dices? —exclama la Hija.

La Hija y la Cuñada se miran, desconcertadas.

—Lo que oyes. Se ha comportado como un corderito desde el minuto cero. Cuando vio que no había nada que hacer, que o se portaba como Dios manda o sólo encontraba respuesta en mi persona, lo cual le resultaba de lo peor, ha bajado del burro y se ha dejado de hostias. Si algo no tiene es un pelo de tonta. Os lo dije. Dos días.

La Hija parece no entenderlo.

—¿Y qué pasa con el párkinson?

El Neurólogo interviene:

—Ginebra, los dolores no han vuelto. Está estabilizada con la mínima medicación. Hay que seguir con esa pauta. No podemos hacer nada más.

—¿Y si vuelve a empeorar? ¿Y si volvemos a lo mismo?

—De vosotras depende controlar su comportamiento —argumenta el Psiquiatra—. Hay que ir a visitarla como a un perrito. Que muerde, pues, ala, mamá, aquí te quedas, te veo mañana o la semana que viene, si me apetece. Para que entienda que si no es agradable con los demás, se queda sola del todo.

—Qué duro eres —le recrimina la Hija.

—Tu madre ya no puede mandar más, Ginebra, ya no puede controlar su vida, en eso estás de acuerdo, ¿verdad? Lo ha intentado hasta el final con consecuencias fatales no sólo para ella sino para todos vosotros, ¿o no?

La Hija dice que sí con la cabeza.

—Pues, o Emma acepta eso, o...

—¿O?

—Pues estáis todos bien jodidos. Ahora ya se trata de vuestra supervivencia. A ver si entendéis que esto es un sálvese quien pueda.

—Hay otra manera de enfocararlo. —La Cuñada se levanta de la silla.

El Psiquiatra la mira por primera vez desde que ha llegado.

—Tú dirás.

—Hay quien puede decidir que así no quiere vivir.

—Tú no sabes cómo era mi madre —susurra la Hija.

—En tres semanas lo he visto perfectamente y he tenido suficiente.

—Todo esto que estás planteando como su vida, como su nueva vida — sigue la Hija—, es una mierda, eso no es vida, no lo es para nadie, pero mucho menos para ella...

—Esto es un hospital, chiquilla —la interrumpe el Psiquiatra.

—¿Y? —La Cuñada sacude los hombros—. ¿Por qué no se puede hablar de esto en un hospital?

—En los hospitales luchamos por mantener a los pacientes con vida. Y si le sugieres eso al Arimón, el ojo derecho se le va a ir cuatro mil pueblos más allá y ya no lo recuperamos...

—Yo os dejo. —El Neurólogo se levanta—. Tengo visitas. —Da una palmada cariñosa en la espalda de la Hija y le desea suerte.

—Sí, la vamos a necesitar. —La Hija suspira—. Y no te pongas más moreno, ¿o es que los neurólogos no vais al dermatólogo? —El Neurólogo se aleja, el Psiquiatra habla:

—Emma es una persona que ha cortado el bacalao toda su vida, y como sigue en plenas facultades...

—Yo creo que aquí te equivocas... —objeta la Cuñada.

El Psiquiatra se interrumpe. La mira. Cruza los brazos, cambia su discurso:

—Ayer entré en la habitación y estaba desayunando.

—¿Ah, sí? —pregunta la Hija con exagerado énfasis—. ¿Y qué pasó?

—Comía un cruasán.

—Ya. Le encantan, todo tipo de cruasanes, incluso los malos.

—Bueno, pues era un espectáculo. Había cruasán por toda la habitación, en la cama, en el suelo, en la tele, hasta en el pasillo. Ella estaba literalmente embadurnada de migas. Yo eso lo veo en otro paciente y considero que es un comportamiento extraño...

—Ah, no, pero eso es muy normal en mi madre...

—Pues precisamente eso es lo que intento haceros entender. Tu madre es una señora muy rara que está perfectamente cuerda. Y se curra unas pataletas de aúpa porque no le gusta lo que le está pasando. Pero como está cuerda tiene que aceptar por cojones que su área vital va a ser otra. Que existen otros placeres en otro tipo de vida.

La Cuñada toma asiento de nuevo, deja caer la cabeza entre las manos. La Hija le acaricia la espalda.

—Estoy preparando un informe para el médico de la Residencia. Haremos un traspaso de la información y todo irá bien.

Ellas no reaccionan. El médico añade:

—Y vosotras también tenéis que estar bien.

El Psiquiatra mira a la Cuñada y ésta a la Hija. La Hija ríe.

—Mientras Clara siga conmigo, yo estoy de fábula.

La Cuñada le dice con voz apagada:

—Ginebra, cuando dejemos el Hospital yo voy a desaparecer un poco...

—¿Qué dices?

—Ya no me necesitaréis como hasta ahora...

La Hija se pone muy seria.

—¿Tú crees? Yo creo que esta pesadilla sólo acaba de empezar...

La Hija sorbe el granizado que se ha ido desheliendo. La Cuñada ve cómo un torrente de lágrimas lucha por salir de los ojos de la Hija, ve cómo ésta apenas frunce el ceño para dominarlas, ve cómo lo consigue, cómo escarba con la pajita el hielo que le queda y, algo más recuperada, musita:

—Pobre mamá.

La madre

Emma, Emma, Emma. Tienes una hija deliciosa, Emma, sí, lo sabes, la hija que habría deseado tener yo. Lo sabemos, tú y yo, una niña rubia, con los ojos azules, graciosa, que pierde mucho tiempo queriendo gustar a los demás. Y con un buen esqueleto, sí, cómo te molestaba eso, ¿verdad, Emma? No soportabas que lo dijéramos tanto en casa, aquello de que la verdadera belleza reside en el esqueleto. ¿Qué ha pasado entre tu madre y tu hija? ¿Cómo pudiste salir tan distinta? ¿Tan rabiosamente en mi contra? Escribiendo una y otra vez lo pésima madre que fui, que me importaba más ir al Liceo y jugar al bridge en el club que acostarte y darte besos de buenas noches. Me resisto a creer que eso sea cierto, que todas tus penas sean por mi culpa. Exageras. Pero no me ofendo. Cada vez que celebras la publicación de una de tus novelas y haces una de esas fiestas tan poco sofisticadas y con tanta gente desaliñada, yo asisto. Siempre te pregunto cómo quieres que vaya, como tu madre de verdad o como la madre de la que hablas tú, la que sale en tus libros, la que te inventas. Y siempre prefieres ésa, la imaginaria, la de tus novelas. Y me parece muy bien y así me presento, ¿ves? Como ahora. De satén, enjoyada, con mis plumas de Aves del Paraíso, con estola y todo lo que haga falta.

Algo tendrá que ver Sófocles en todo esto. Tan pequeña y ya te encaramabas a mi biblioteca, rebuscando entre mis libros y empezando a leer a los clásicos griegos, libros míos, querida. Nadie daba crédito a que los leyeras, yo misma dudaba que los pudieras entender..., pero seguramente sí, seguramente a tu manera ya lo hacías. Seguro que tus enamoramientos tienen que ver con esas lecturas. Leías y leías, y cuando te hiciste mayor, quisiste vivir lo que habías leído.

Un día vino a verme la chica esa que parece un chico, esa muchacha rarita, que no abre la boca ni a tiros, tan poco sociable, tan huraña, que siempre lleva un jersey sucio, a saber qué hacíais tantas horas juntas. Vino a verme y a explicarme que estabas descuidando a Ginebra. Ella deseaba ocuparse de la niña mientras tú vivías otra loca historia de amor. Había aparecido otro héroe en tu vida que iba a arrancarte del tedio, del aburrimiento. Y volviste a echarte a los brazos de Teseo, otro Teseo, perdida de amor, loca de amor, aunque hubiera el riesgo de quedarse dormida y despertar con el amor roto, traicionado, fuera o no Teseo el culpable. Quizá tu

héroe no era tan héroe, quizá quien te abandonaba, una y otra vez, con crueldad y sin piedad, era el mismo amor. Pero escogiste la intensidad a la felicidad, ¿verdad, hija? Y vino esa chica del pelo corto y me dijo que no tenías tiempo para cuidar a Ginebra y que quería hacerlo ella. No entiendo cómo se le ocurrió venir a verme, no entiendo cómo no tenía ni idea de lo poco que yo podía ya influir en ti. ¿Tan amigas erais y no sabía eso?

En la *Schule*
o En manos de la Cortacabezas

1

La Escritora llora de espaldas a una puerta de hierro. Está plantada en la acera delante de un taxi. Lleva un vestido camisero de rayas, el pelo, todavía húmedo de colonia, muestra las idas y venidas de un peine conducido por una mano enérgica. Está más delgada. Lloro y observa cómo la Cuñada habla con el taxista, pide un recibo, busca monedas sueltas en su bolso, paga, sale del vehículo, coge la pequeña maleta con ruedas que el taxista le entrega del maletero, acarrea varios bultos —un Carolina Herrera color naranja butano y el viejo Loewe de siempre— y llega hasta ella.

—Emma, no llores. —La Cuñada está sofocada y algo despeinada. Deja en el suelo todo lo que está cargando para darle unas cariñosas palmadas en el brazo.

—No sé qué habría hecho sin ti. —La Escritora le tiende la mano, blanca, frágil, buscando la masculina mano de la mujer de su hermano.

—No digas eso —protesta tímidamente la Cuñada.

—Me has devuelto a la vida. Vivía en un infierno y ahora soy otra. —La Escritora le clava la mirada, esa mirada fija y extraña que aparece cuando abre mucho los ojos.

—Qué bien que digas eso, Emma. Pero lo hemos conseguido entre todos. —Le da unas palmaditas más y la anima a moverse—. Mira, gírate. Aquí está la Residencia, ya verás como te gusta.

La Escritora, obediente, empieza a dar la vuelta sobre sí misma. Se concentra como una niña aplicada en el movimiento de las piernas. Dobla la derecha y eleva exageradamente la rodilla para levantar al máximo el pie.

—Así, ¿ves? —explica—. Así tengo que andar para no arrastrar los pies. Muy arriba. Me han dicho que así mejoraré.

Las dos sonrían; la Escritora con expresión dulce y aún temblorosa por el llanto, la Cuñada algo turbada ante el lento y estrambótico paso de la septuagenaria.

Cuando la Escritora queda frente la reja negra, observa el edificio que aparece detrás. La Residencia es una casa de estilo neutro moderno, con ventanas corridas sobre una fachada estucada color crema. Su semblante va perdiendo esa expresión frágil y vulnerable que ha mostrado al salir del taxi. Levanta el dedo índice y murmura:

—Esto...

La Cuñada pulsa el timbre. La Escritora mira hacia arriba y acaba la frase:
—... es el Colegio Alemán.

La Cuñada corrobora con alegría:

—¡Claro! ¡Ya te lo dijimos! Es tu antiguo colegio, ¿lo recuerdas?

Una sombra parece pasearse por el rostro de la Escritora.

—Perfectamente.

A través del interfono se escucha un chasquido. Se activa un mecanismo que va abriendo a trompicones la ancha puerta. Ante ellas se extiende un camino de baldosas rojas que las conducirá hasta la entrada del edificio.

—Nada es igual, claro —comenta, bajito, la Escritora. Reanuda su peculiar y nuevo modo de andar cogida del brazo de su cuñada mientras observa a su alrededor.

—¡Mamá!, ¿qué te parece, a que es bonito? —La Hija irrumpe, con ímpetu, en el jardín. Lleva unas gafas de sol, redondas y grandes. Va cogida de la mano de la Nieta, una niña de tres años de ojos azules y rubios bucles—. ¡Fíjate qué jardín y qué palmeras! Podrás tomar el sol un rato cada día... ¿Te gusta, Helenita, la nueva casa de la abuela? —La Hija habla de corrido, la niña se distrae, se pone de cuclillas entretenida con una flor del pavimento—. ¿Te gusta, mamá?

Su madre entorna los ojos.

—No está mal.

La Hija reacciona con brusquedad:

—Es la mejor residencia de Barcelona, Emma —dice en tono agrio. Pero enseguida retoma su habitual, alegre y animosa voz—: ¿Y no te parece maravilloso que esto fuera tu colegio, que de pequeña estuvieras aquí y ahora vuelvas?

—Diría que ha mejorado...

—¿Tú crees? Eso es fantástico, mamá...

—Todo el suelo era de cemento. —Señala el pavimento y el jardín que crece por la derecha—. Cemento del burdo. Y era terrible porque hacíamos gimnasia, básquet, *völkerball* y esos deportes abominables. Justo aquí.

La Hija ríe. La Nieta tira del holgado vestido azul marino de su madre para enseñarle una pequeña flor que ha arrancado del suelo.

—... y las dichosas filas que teníamos que formar antes de entrar en clase. —La Escritora observa la fachada del inmueble—. El edificio ha empeorado, esto está claro. Era una casa antigua, preciosa. Todo lo nuevo es muy malo. ¿Qué opina de él mi hermano?

—Bueno, entremos, mamá. —La Hija se impacienta—. Nos deben estar esperando.

Reanudan el paso. La Escritora vuelve a elevar exageradamente las rodillas.

—¿Qué te pasa, mamá? —se asombra la Hija—. ¿Por qué andas así?

—Tiene que levantar las puntas de los pies —explica la Cuñada sonriente—, para no arrastrarlos más.

—Ya. Muy bien. No vamos a llegar nunca, pero está muy bien que practique —ríe.

Cuando alcanzan la fachada, las puertas correderas de vidrio se abren. En el vestíbulo varias personas se arremolinan delante del mostrador. Todas ellas visten bata y pantalón blanco excepto una señora delgada con traje y pantalón que se adelanta y las saluda. Se dirige a la Escritora:

—Señora Thomas. Buenos días y bienvenida. Soy la Directora del Centro. No sabe el honor que es para nuestra Residencia tenerla entre nosotros.

La Escritora sonrío. Brinda la mano, blanda, sin fuerza, en un gesto principesco.

—Le quiero presentar a la Enfermera Jefa —prosigue la Directora—: Sonia, la persona que velará por usted durante el turno de día. Ella es quien manda en la casa desde que sale el sol hasta que se pone.

Una chica rolliza, de pelo corto y mejillas sonrosadas, se separa del grupo de enfermeras y aprieta con firmeza la mano de la Escritora.

—¿Cómo está? ¿Cómo se encuentra? —saluda en un tono de voz muy elevado.

—Hoy muy bien. —La Escritora levanta el índice de la mano—. Sólo quiero decir dos cosas. Una, que no estoy sorda. Y dos, que lo más importante de todo es que pueda escribir. Ahora estoy cansada y tengo que sentarme.

El grupo se queda en tensión, callado, las sonrisas se congelan. La Enfermera Jefa reacciona de inmediato. Pide una silla de ruedas, se muestra cariñosa, maternal, la tranquiliza, ahora mismo subirán a la habitación, pero antes desea hacer una presentación rápida del comité de bienvenida. Presenta a la Fisioterapeuta Uno o Físio de Mañana, a la Recepcionista Uno o Recepcionista de Mañana, a la Subdirectora a todas horas, a la Encargada del Comedor, a la Enfermera Tres o Enfermera de la Segunda Planta.

La Hija se pone nerviosa:

—¿Podemos ir ahora a la habitación? Ya basta, ¿no? —acaba la frase dirigiendo una mirada escandalizada a la Cuñada.

Las sonrisas del grupo se congelan de nuevo. Una silla de ruedas llega en volandas y la Escritora se sienta en ella con dificultad y mucha ayuda. La Cuñada recoge los bolsos y la maleta. La Enfermera Jefa empuja la silla y la Hija, con la Nieta cogida de la mano, las sigue hasta el ascensor.

—Nosotras las dejamos aquí. —Se despide la Directora con su imperturbable sonrisa—. Después me acerco y formalizamos el ingreso.

El comité de bienvenida se deshace. El ascensor se abre. Dentro de la cabina hay un señor agarrado a un tacataca. El hombre es voluminoso y parece paralizado.

—¡Adelante, Alfonso, adelante! —grita la Enfermera Jefa—. ¡Que ya ha llegado!

El Señor con Tacataca permanece rígido e inmóvil. La Enfermera Tres se mete en el poco espacio que queda libre dentro del ascensor y lo anima a salir. Empuja hacia ella el tacataca, con suavidad, y el hombre se pone en marcha, con una lentitud angustiante. Los ojos llorosos, el jersey manchado, la mirada clavada en la Escritora.

—¡Venga, Alfonso! —sigue jaleando la Enfermera Jefa.

La Hija mira a la Cuñada con cara de consternación. Se revuelve el pelo, se baja las gafas de sol de la cabeza a la nariz, levanta a su hija del suelo y la sujeta con el brazo derecho, se desvía unos pasos hacia la puerta acristalada que da al jardín de la entrada. A través de los cristales ve a un hombre con americana clara y camisa de cuadros avanzar por el caminito de baldosas rojas. Anda rápido y decidido iluminado por los rayos de sol.

—Clara, llega el Psiquiatra, ¿lo esperábamos?

La Cuñada se vuelve.

—Tenía que venir, sí, para ver qué tal iba todo. Pero llega demasiado pronto.

—A ver cuándo le damos instrucciones sobre cómo elegir una americana apropiada —comenta la Hija de malhumor.

Las puertas automáticas se abren. El Psiquiatra entra y se encuentra con el pelotón de gente esperando frente al ascensor.

—Muy buenas —suelta a modo de saludo.

—Hola, ¿qué tal? Llegas en el mejor momento —ríe la Hija.

—¿Cómo vamos? —pregunta el médico.

—Ya ves... Atascados...

—¿Y la reina del sarao cómo está? —Se inclina hacia la Escritora. Ésta le sonrío con los ojos cerrados.

—Muy bien, ¿y tú?

—Contento de verte bien.

—¿Vas a venir a verme de vez en cuando? —le pregunta la paciente.

—No.

La Hija rompe a reír.

—Qué pena —comenta la Escritora, sonriente, algo coqueta—. Ahora que nos llevábamos bien... Clara te atribuye todos los méritos de mi mejora.

El Psiquiatra mira a la Cuñada. El Señor del Tacataca continúa con su periplo y alcanza el marco del ascensor. El médico se pone de cuclillas ante la Escritora y le habla:

—Emma, ya te lo dije. Yo no sirvo para que nos veamos una vez por semana. Que nos calentemos quejándonos de que esta vida es una mierda, de que fuimos unos desgraciados de pequeños. Yo no soy de éstos. Me aburro con el psicoanálisis. Yo cazo piezas mayores.

La Escritora ríe:

—¿Piezas mayores como yo?

—Exacto.

La Escritora parece halagada, sacude los hombros y cambia de tema:

—¿Has visto a mi nieta? —Señala a la niña con un dedo—. ¿No es preciosa? No tiene nada que ver conmigo, por eso es tan bonita.

El Psiquiatra se incorpora. Hace un gesto de rechazo y suelta:

—Yo no opino sobre esta clase de especímenes. —Echa una mirada a la Hija—: Mejor aléjala de mí. Cuando me ven, acostumbran a gritar.

La Cuñada niega con la cabeza, incrédula, casi perpleja. La Hija ríe:

—Mejor aléjate tú, es probable que a ella tampoco le gustes.

—¿No tienes hijos? —le pregunta la Escritora.

—¿Hijos? Uf, socorro, no. Ni perros, ni ningún ente vivo que pueda presuponer que les debo algo. No, yo me mantengo libre.

El Señor del Tacataca sale del ascensor. La Escritora continúa interesada en hablar con el Psiquiatra:

—¿Y pareja tampoco tienes?

—Sí, pero relación de sofá. Cada uno duerme en su sitio.

La Enfermera avanza con la silla de ruedas llevándose a la Escritora, que, ya de espaldas al médico, comenta:

—Y tú dices que yo soy la rarita...

—Bueno, Emma, a portarse bien, ¿eh? —El Psiquiatra le toca con afecto el hombro—. Si os pasa algo serio, ya sabéis dónde buscarme...

La Escritora entra en el ascensor conducida por la Enfermera Jefa. La Hija y la Nieta la siguen. La Cuñada se para de sopetón y advierte:

—No cabemos todos. Yo subo después.

Las puertas del ascensor se están cerrando cuando se oye a la Hija preguntar:

—Oye, Bravo, tú eres del norte, ¿verdad?

—¡De Bilbao! —le contesta el médico a voz en grito.

El Psiquiatra y la Cuñada quedan uno frente al otro. Ella deja la maleta en el suelo. Pasa de un brazo a otro el Loewe y el Carolina Herrera.

—Dame dos besos, chica, que me voy.

—¿No podemos hablar un momento? —La Cuñada frunce el ceño.

—Claro —responde él, muy serio.

Miran a su alrededor. Por el vestíbulo circula gente.

—¿Me acompañas arriba? —sugiere ella.

—Sólo si es por las escaleras. No me gustan los ascensores.

—¿Hay escaleras?

Él se mueve como impulsado por un resorte, busca las escaleras y las encuentra tras una puerta. Levanta la maleta de ruedas, abre la puerta y cede el paso a la Cuñada. Suben varios peldaños, ella delante, él detrás. Ella se para de golpe y dice con suavidad:

—No es verdad que vas a desaparecer.

Él casi tropieza con ella. Replica con rapidez:

—La que tendría que desaparecer de aquí eres tú.

Ella retoma la marcha.

—Bueno, acabamos de llegar, Emma se está instalando, por ahora tengo que estar.

—Ya os advertí que os tenéis que cuidar vosotras, especialmente tú, niña.

—No nos puedes dejar así...

—Claro que puedo, lo estoy haciendo. No voy a llegar ni al primer piso, en el siguiente rellano dejo la maletita, me doy la vuelta y te dejo.

La Cuñada se detiene, se vuelve hacia él, que se encuentra tres peldaños más abajo. El Psiquiatra retoma la palabra algo más pausado:

—Clara, aquí va a tener toda la asistencia médica necesaria. Las veinticuatro horas. Esta resi es una de las mejores de toda la ciudad, habéis escogido muy bien. Yo apareceré en casos de emergencia, si es que el cuadro psiquiátrico empeora y lo requiere. Pero ya no le voy a ser necesario. Es así como debe ser.

Ella sonríe y se le humedecen los ojos.

—Chavala, cuídate mucho, hazme caso. —El Psiquiatra sube un peldaño, la agarra del brazo, tira suavemente de ella y la besa en las dos mejillas. Ella

se deja caer un poco sobre él, tiene ganas de llorar.

—Venga, bonita, que esto se acaba.

La Cuñada se aparta. Se miran a los ojos. El Psiquiatra le pide:

—Dime algo cuando estés mejor.

—¿Cuándo esté mejor? No voy a estar mejor. Es ahora cuando te necesito.

El Psiquiatra se rinde. Sube los dos peldaños que los separan. Le brillan los ojos, se pega a ella. Le habla al oído, de corrido, sin respiro. Ella nota el calor de su aliento en el cuello:

—Pues llámame cuando tú quieras y nos vemos donde tú quieras. Ya ves quién manda aquí, niña.

Ella contiene el aliento y asiente. Él le pinza la mejilla con dos dedos y, con expresión grave, se gira y se va. La Cuñada apoya la cabeza en la fría pared, siente que le arde la cara. Cierra con fuerza los ojos, aprieta las mandíbulas, suelta los bolsos. Escucha voces, más arriba, entre las que destaca la de la Hija:

—Mira, mamá, qué bien, ¡una peluquería! ¡Podrás venir cada semana! Mañana mismo, o ¿por qué no hoy?, ¿qué te parece?

La Cuñada recoge las cosas del suelo, bolsos, maleta, y sube rápido los peldaños que le faltan para llegar a la primera planta. Huele raro. La Hija, la Nieta y la Escritora están paradas frente a una pequeña puerta acristalada con vidrios ahumados y una placa metálica donde pone PELUQUERÍA. Han llamado y esperan. La Nieta tira de su madre, está interesada en lo que ocurre en la esquina opuesta de la planta, adonde la Enfermera Tres y la Enfermera Jefa se han desplazado con rapidez. La Hija no la suelta. La Enfermera Tres sujeta un aerosol y pulveriza con frenesí el ambientador, la Enfermera Jefa llama por el móvil y pide con determinación una unidad de limpieza. Una señora de semblante grave aparece tras la puerta ahumada de la peluquería, les informa de que tienen que pedir hora con antelación, que sólo está los lunes, los miércoles y los viernes de diez a una, y que hoy es imposible, está desbordada.

—¿Al menos nos deja ver la pelu? —pregunta de mala gana la Hija.

La señora se aparta. Un sinfín de sillas de ruedas abarrotan el pequeño espacio. Unas colocadas de cara a la pared, otras se dan la espalda, como un *parking* repleto de autochoques vacío. Pero las sillas de ruedas no están vacías, un sinfín de clientas en completo silencio —más allá que acá— las ocupan.

—Vámonos —apremia la Hija. Tira de la Nieta hacia sí, la niña parece querer entrar en la estancia, su madre no la deja—. A ver si conseguimos llegar de una vez por todas a la habitación.

Se desplazan hacia la derecha con lentitud. La Cuñada toma el mando de la silla de ruedas. La Enfermera Tres sigue rociando el rincón de la izquierda, agitando frenéticamente una mano, como si así intensificara el poder antiolor del ambientador. Las mira y sonrío, algo azarada. La Nieta se suelta bruscamente de la mano de su madre y va corriendo hacia la Enfermera Tres. La Hija grita:

—¡Helena!

En el suelo hay una pasta marrón semilíquida con claro aspecto de vómito.

La compañera del colegio

Emma es una niña que siempre está sola durante el recreo. Sí. Yo siempre la veo apoyada en la pared, así..., y con los brazos por detrás, así. Es una chica diferente. No sé. Misteriosa. Eso, a mí, me gusta. Pero no tiene muchos amigos, no. Es que casi no habla, en serio. Y además va vestida como de niña pequeña, con unos cuellos redondos y calcetines blancos y cortos, y unos vestidos muy... apretados, no sé, muy feos, parece que en su casa no se han enterado de que ya le han salido tetas, es que además le han salido antes que a casi todas las de la clase, en serio... Pero parece que a ella eso le importa un bledo. Y se le da muy mal la gimnasia, creo que es la chica más patosa de todo el colegio y por eso muchos chicos se meten con ella. Anda con las puntas para dentro, así. De verdad. Por culpa del deporte lo pasa mal. Es que en esta escuela, en la *Schule*, no ser bueno en deporte es un problema. Emma es malísima saltando al plinto, pobre, lo intenta porque no le queda más remedio, se pone en la cola y yo la veo sufrir un montón, y se pega cada tortazo, es que es imposible correr con los pies para adentro. A mí me va muy bien, especialmente atletismo. Pero en cambio, a veces le pido ayuda en matemáticas, o en física y química, y me deja consultar sus apuntes, porque los coge muy bien, y creo que a ella le gusta que le pida ayuda. Es que, aparte del deporte, en todo lo demás Emma es muy buena, es la mejor, y saca unas notas increíbles, gana todos los premios de poesía, en serio. Y se ha sacado varios cursos de golpe, porque quiere estudiar una carrera y olvidar las Labores, el Hogar y todo eso que casi todas las españolas hacen. La miramos diferente, claro. Los profesores también la miran diferente. Como el de literatura, el Carrasco, ése es el que más. Cuando estamos en su clase, en la de Literatura, Emma se pone un poco pesada porque le hace preguntas, sobre libros y escritores, y los demás, es que no tenemos ni idea de lo que están diciendo. Nosotros estamos sorprendidos de que ella hable y nos morimos de aburrimiento, toda la clase derrumbada encima del pupitre, y ellos venga a hablar del Mío Cid, ¡es que parece que estén ligando! ¡Es verdad, lo decimos! También hablan de ese..., del Arcipreste de Hita, y nosotros allí, buf, nos morimos de sueño. Y..., bueno, aparte de esto ella parece más atontada que las demás chicas del colegio, porque a nosotras ya nos gustan los chicos y hacemos cosas, no sé, bailamos lentos y nos desabotonamos un poco la camisa... Ella no. Emma lee y lee y no para de leer. El otro día le dije que a

mí no me gustaba leer novelas, y me contestó que yo me lo perdía, pero no pareció importarle mucho. Y yo le dije que es muy chachi que ella no vaya de sabihonda. Después va y me cuenta que quiere dedicarse al teatro y ser actriz. Con lo vergonzosa que es y resulta que en verano actúa en una compañía de gente que lo hace para divertirse, que no son actores de verdad. Yo creo que nosotras nos creemos muy modernas, pero la que es moderna de verdad es ella. Yo ahora tengo dieciséis años y aún no sé que nuestra amistad durará mucho mucho tiempo. Y no le va a importar nada que yo no lea, porque a Emma las cosas que le importan de las amigas son otras.

2

La Escritora come con fruición un merengue blanco. Las gafas levantadas en la frente. Está sentada en el borde de la cama, los blancos muslos al aire, las piernas juntas, descalza. Toda ella inclinada unos veinte grados a la derecha. Su hija, su hermano y su cuñada, en pie, la miran con semblante grave. Apenas caben en la habitación. Fuera, en el exterior, la perra blanca está atada a la reja que cierra la Residencia. Se muestra inquieta y ladra.

—¿Está bueno, mamá? —le pregunta la Hija con los brazos cruzados—. Es de Sacha, de los que te gustan.

La Escritora asiente y sigue comiendo con el mismo deleite. Trozos de merengue van pasando de la boca al resto de la cara, al escote y al regazo.

—Tienes que dar las gracias de vez en cuando, mamá. Hay que dar las gracias.

—Emma, tenemos que hablar —apremia el Hermano.

—Mmm —responde ella a modo de afirmación.

—Como es costumbre en nuestra familia, te he escrito una carta —le explica el Hermano—. Me parecía la mejor manera de comunicarte el motivo de esta reunión. ¿Quieres leerla tú o prefieres que la lea yo?

—Tú —responde la Escritora con la voz engolada por el merengue.

El Hermano se sienta en una silla. Se aclara la garganta y empieza a leer con rapidez y buena entonación:

—Querida Emma. En la grave situación en la que nos encontramos, yo, y el resto de la familia —la mira fijamente y aclara—: que somos nosotros tres, nadie más —vuelve a clavar la mirada en el papel—, sólo veo dos opciones para seguir adelante. Te las escribo aquí para que tú tomes la decisión final con todas las consecuencias que ello comporte. Primera opción: Uno, continuas en la Residencia actual. Dos, se respetan las prescripciones de los doctores del Hospital y se prescinde de tus médicos anteriores. Tres, sólo haces salidas controladas con personas autorizadas. Cuatro, *Safo* se queda donde está aunque de vez en cuando venga a visitarte. Cinco, con el asesoramiento de tu abogado, de mi secretaria y de mi contable personal, controlo tus gastos.

El Hermano hace una pausa. La Escritora termina el merengue. Deja el envoltorio del dulce en la cama. La Cuñada lo recoge, lo estruja, no encuentra dónde tirarlo y se lo queda en la mano. Los ladridos continúan.

—Segunda opción: Uno, vuelves al piso o te vas a vivir con una amiga o con la prima Celia. Dos, continúas con tus médicos anteriores o con los que escojas libremente. Tres, sales con quien quieras y a donde quieras. Cuatro, *Safo* vuelve a vivir contigo. Cinco, llevas libremente el control de tus cuentas. —Los ladridos de la Perra Blanca aumentan. El Hermano levanta la vista del folio y pregunta, irritado—: ¿Qué le pasa a *Safo*?

La Cuñada responde:

—La perrita no puede quedarse sola, no lo soporta.

Se abre la puerta y aparece la Enfermera Jefa.

—Perdonen, pero deberían hacer algo con el perro. Está armando demasiado follón y se me alteran los pacientes.

La Cuñada se ofrece:

—Ya voy yo a calmarla un poco.

—Pero vuelve... —ordena su marido con sequedad.

La Cuñada se va, el Hermano toma aire y reanuda el texto.

—Quiero dejar claro que, en caso de que escojas la segunda opción, la más cómoda para mí, me desentiendo absolutamente de las consecuencias de tal decisión. Cuando vuelvan a aparecer los problemas y conflictos que te llevaron a presentarte en casa con *Safo* asegurando que venías a morir, decisión que nos tomamos muy en serio y sobre la que hemos hecho averiguaciones, te ruego que no recurras a telefonearme, ni lo vuelvas a hacer con Clara.

El Hermano cierra los ojos, dobla la hoja, cruza los brazos. Los ladridos cesan.

Se abre la puerta y entra la Cuñada, casi se le escapa la risa, lleva un papel en la mano y se lo da a Ginebra.

—Es de Celia, vuestra famosa prima. Ha dejado una nota pidiéndonos que compremos colonia a Emma.

Ginebra suelta un grito de indignación.

—¿Esta mujer sigue viniendo a verte? —le pregunta, escandalizada, a su madre.

—A Emma le gusta que venga —explica la Cuñada.

—¡Pero decidimos que no debía venir más! —protesta la Hija—. ¡Que se le prohibiría la entrada! Se queja de las enfermeras, tiene la desfachatez de ir diciendo por toda Barcelona que no te estamos tratando bien, que estarías mejor en no sé qué otro lugar lleno de monjas, te pide citas con el dentista al margen de la Residencia y sin nuestro permiso, ¡y tiene las narices de pasarnos una nota para que te compremos colonia!

—No, Ginebra —la Cuñada la intenta calmar—, al final accedimos a que entrara porque a tu madre le va bien...

—¿Por qué te va bien, mamá? —pregunta la Hija en una actitud de incredulidad—. Nunca la soportaste. Siempre dijiste que estaba acomplejada contigo por el tema intelectual, que la ninguneabas, que era una persona pesada que no sabe estar callada y que no dice más que sandeces.

—Me es útil —asevera la Escritora.

El Hermano interviene:

—Forma parte de la corte que necesita Emma, Ginebra, no entiendo cómo te sorprendes.

—Pues yo creo que venir aquí es terapéutico para Celia —añade la Cuñada.

La Escritora ha ido recogiendo restos del merengue de la bandejita de papel y de la cama y se los ha ido comiendo. Los saborea. Se contempla las yemas de los dedos, blancas y pegajosas de azúcar. Se inclina ligeramente hacia la Cuñada y le dice sin mirarla:

—Me es útil porque hace cosas para las que ni tú ni yo servimos. — Levanta la vista y ahora sí la mira—. Cambiar pañales y limpiar retretes, por decir algo. —Vuelve a mirarse las yemas de los dedos y se las chupa.

La Cuñada coge una cajita de cartón que hay en la mesilla de noche, extrae un kleenex y se lo acerca. La Escritora lo coge y se limpia con desinterés la boca.

—Mamá, da las gracias. —La Hija la mira con furia.

—Gracias —dice claro, alto y lento, su madre. Se sigue limpiando con desgana las puntas de los dedos.

—Bueno, a ver. —El Hermano se impacienta—. ¿Podemos concentrarnos en lo que hemos venido a hacer?

La Escritora le mira y responde:

—No quiero morir.

Todos se quedan callados. Ella añade:

—Quiero estar con mi nieta y quiero escribir.

El Hermano suspira, cierra los ojos, cruza las manos y las apoya en la cabeza.

La Cuñada, serena y clara, interviene:

—¿Adónde ibas ayer por la noche, Emma?

La Escritora abre de golpe los ojos. No mira a nadie. La Cuñada sigue:

—Esta mañana estamos todos aquí porque ayer por la noche te querías escapar —prosigue la Cuñada—. Nos ha llamado la Directora de la

Residencia, totalmente descolocada, porque ya no saben qué hacer...

La Escritora entorna los ojos y hace una mueca de desdén. La Cuñada continúa:

—A eso de las tres de la mañana bajaste a la recepción...

—... desnuda —indica el Hermano.

A la Hija se le humedecen los ojos.

—... desnuda —repite la Cuñada antes de continuar—. Y te ibas, querías irte, ¡casi no puedes andar pero llegaste hasta la reja del patio y la armaste, te encaraste con el portero y no había manera de que subieras a la habitación!

—Cuando esto era un colegio y estaba lleno de niños, no cerraban la puerta —protesta la Escritora—, no negaban a nadie el derecho a irse. Eran más civilizados.

—Pero ¿adónde ibas? —pregunta con brusquedad el Hermano—. ¿Adónde?

—Al mar.

—¿Al mar a hacer qué? —insiste el Hermano cada vez más exaltado.

—A bañarme, a morir, no lo sé.

—¡¿No dices que no quieres morir?! —

—No, no quiero morir —responde ella con calma.

—Mamá —interviene la Hija—, también nos han dicho que tiraste un vaso en el comedor, que te dejaron un segundo sola y por poco matas a un vejete de éstos mientras se tomaba tranquilamente su sopa.

—No soporto este lugar. Eso de que con la edad se gana en paciencia sólo ocurre en los cuentos orientales.

—Mamá, te han metido en la zona vigilada, estás con los más enfermos, con los locos, ¡porque no se te puede dejar un segundo sola! Hay unas habitaciones en la tercera planta, más grandes, con terraza, con una bonita vista, donde estarías mejor, ¡y no podemos llevarte allí porque tú lo impides! ¡Hace unos días te pillaron encima de la cama intentando abrir la ventana!

—Tenía calor, no sabía que también estaba prohibido abrir las ventanas.

Vuelven a escucharse los ladridos de la perra.

—¿Qué opción escoges, Emma? —pregunta el Hermano.

Su hermana le clava la mirada.

—No tengo otra salida, está claro —responde. Vuelve a entornar los ojos—. Escojo la primera opción, pero con condiciones.

La Hija resopla. La Escritora continúa:

—Es evidente que lo que más me importa no lo puedo hacer sola. Accedo a estar aquí si me ayudáis. —Hace una pausa. Cruza las piernas y añade—:

Tengo que escribir la obra literaria más importante de la historia.

La Hija rompe a reír.

—¿Qué ha dicho? —pregunta el Hermano, sonriente, mirando a su sobrina.

La Escritora simula que está ofendida, pero se le escapa una sonrisa.

—Me es igual si no me creéis.

—Sí que te creemos —interviene la Cuñada.

—¿Pero qué ha dicho exactamente? —insiste el Hermano, esperando escuchar algo divertido.

—Que va a escribir la obra literaria más importante de todos los tiempos —le repite la Hija. Los dos ríen, cariñosos.

—Eres la hostia, Emma —exclama el Hermano.

—Será un libro corto, de unas ochenta páginas —prosigue la Escritora con un nuevo ánimo, casi contenta—. Nadie ha escrito nada igual. No hay precedentes. Sé que será algo muy importante.

—Es fantástico que escribas, mamá —celebra la Hija.

La Escritora la mira y observa:

—Os veo muy unidos. Me alegro.

Se queda un segundo pensativa hasta que, de sopetón, cambia de tema:

—¿Es verdad que se ha corregido Edimburgo por Dublín?

—¿Qué? —El Hermano no la entiende.

La Cuñada le explica:

—Sí, cariño, ya te lo conté. Había que hacer una corrección para la nueva reedición de *Esperando en Naxos*.

—*Despertando en Naxos* —la corrige la Hija, riendo, cariñosa—. A la pobre Ariadna un tío la deja tirada en Naxos porque la muy tonta se queda dormida...

La Cuñada se sonroja. La Hija sigue hablando divertida:

—No hay que esperar a ningún hombre que se ha atrevido a dejarte tirada en una isla perdida en medio del mar... —Más carcajadas.

El Hermano sigue hablando casi a la vez que su sobrina:

—Sí, Emma, ya lo hicimos, estos líos que te traes con los manuscritos, corregir una obra publicada desde un manuscrito teniendo el libro impreso, varias veces, en diferentes ediciones..., para luego perderlo... Sólo te puede pasar a ti...

—Clarita ya habló con ellos y está hecho —explica la Hija.

Se hace el silencio. La perra vuelve a ladrar fuera, en la entrada. El Hermano reflexiona, abatido:

—No entendéis de prioridades. Con los problemas acuciantes que tenemos y tú venga a dar la lata con lo de Edimburgo.

—Lo de Edimburgo era importante para alguien a quien aprecio —explica la Escritora—. Aunque para mí la objeción sea risible. Por supuesto que a mí sólo me importa la verdad del libro. La realidad es un asunto que me interesa mucho menos.

—Está muy bien que te preocupes por los demás, mamá.

—Ya no me queda otra.

La Escritora cierra los ojos. El Hermano se levanta:

—Bueno, Emma. Si lo que quieres es escribir, ponte a escribir de una vez por todas.

La Escritora señala con el dedo índice:

—Necesito un ordenador y un becario que me ayude.

—Ya tienes un ordenador —objeta la Hija.

—No funciona.

—Te lo has cargado, mamá, en dos días. —La Hija, irritada, se levanta—. El ordenador que tienes es nuevo, te lo colocó ese chico con rastas que parecía que te iba a solucionar la vida, y ya ves, de nada te ha servido, dónde está ese tío ahora, a saber lo que te costó que viniera a casa y te colocara esa mierda de PC, ¡un PC de mierda nuevo que te has cargado tú sola porque no escuchas a nadie!

—Ya basta, Ginebra —suplica la Cuñada.

—¡Siempre trabajó con Mac! —sigue gritando la Hija—. ¡Yo no entiendo de PCs y no pienso hacerlo ahora!

—Pero es que no hay cuestión —interviene el Hermano con una calma forzada que va perdiendo tras cada palabra que pronuncia—. No podemos comprarte un ordenador porque no podemos gastar más dinero, Emma, no tienes dinero, no llegamos a fin de mes. Estás arruinada, has dilapidado todo el dinero, Emma, no sueñes más, no te puedes comprar un Mac y no puedes pagar a nadie para que haga nada. ¿Lo has entendido?

Ha ido levantando los brazos a medida que se ha ido poniendo más y más nervioso. Su hermana lo escucha impávida. El Hermano prosigue:

—¡Lo que nos ha costado cortar las diferentes líneas de teléfono que tenías, móviles y fijos inexistentes pero de los que aún pagabas cuotas cada mes, los pagos a tres protectoras de animales, a las excriadas que no trabajan y estás manteniendo, pagando seguridades sociales por compasión, al tío que te riega las plantas, los sucesivos traslados, los arreglos a pisos a los que no vas...! ¡Estoy trabajando para ti, Emma, te hago de secretario cada día no sé

cuántas horas y sólo lo seguiré haciendo si me haces caso a rajatabla! ¡Y no hay ni Mac, ni PC, ni becario de turno!

Se produce un tenso silencio.

—Yo puedo ser la becaria —propone la Cuñada—. Traigo mi Mac, ella me dicta, lo imprimo, corregimos y avanzamos. Lo hicimos un día y funcionó. Puedo intentar venir un par de horas cada mañana.

—Tú eres una santa, Clara, no sé de qué pasta estás hecha —suelta la Hija entre malhumorada y abatida.

—Vosotras dos os estáis haciendo muy amigas, ¿verdad? —La Escritora habla con repentina dulzura, como si el discurso del Hermano no hubiera ido con ella.

La Hija se acerca a su madre, le toca el regazo:

—¿No te parece maravilloso, mamá? —Se le humedecen los ojos—. Están pasando cosas buenas, Clara y yo estamos compartiendo algo muy fuerte que nos está uniendo mucho, sí, mamá, no todo es este horror que nos parece estar viviendo.

—Bueno, pues me alegro. —La Escritora cierra los ojos, parece complacida.

La Cuñada y la Hija se miran y sonríen. Suena el teléfono en la mesilla de noche, la Escritora, veloz, lo coge y responde:

—¿Sí...? Hola, Ada..., bien, sí, yo bien. Escúchame, ¿tienes mil euros para prestarme? Necesito un ordenador... Ya... Bueno, no pasa nada. Adiós.

Cuelga el teléfono bruscamente, entorna los ojos y hace un mohín de desagrado.

El Hermano, que se había vuelto a sentar, se levanta de nuevo como movido por un resorte. La Hija se tapa la cara. El Hermano empieza a dar vueltas por la minúscula habitación como un perro enjaulado. Grita:

—¡¿Pero cómo te atreves a pedir dinero al primero que llama después de todo lo que te he dicho?! ¡¿Y delante de mis narices?!

Su hermana responde sin alterarse:

—No era cualquiera, era Ada. Yo siempre he pedido dinero. Me lo dejan y lo devuelvo. Yo tengo amigos.

—¡¿Y cómo coño crees que lo vas a devolver?! ¡¿Quién te crees tú que lo va a tener que devolver?!

—Hay que vender cosas —dice ella—. Vendámoslo todo, los libros, las esculturas, todo. No quiero nada. Sólo quiero el dinero para poder vivir.

—¡Es que ya estamos en ello, Emma! Lo están tasando todo, los libros ingleses ya están camino de Londres, Artur Ramón, el galerista, tiene dos

cuadros en depósito, y las inmobiliarias están valorando los pisos, ya estamos trabajando para ti, y ¿sabes qué? ¡No va a sobrar nada!

—Basta, cariño... —suplica la Cuñada.

—¡Ya lo decía mamá! —sigue gritando el Hermano—. ¡Que al final tendría que mantenerte yo! ¡Que te ibas a arruinar y tendría que mantenerte yo! ¡Lo dijo hace cincuenta años!

La Cuñada se enfrenta a su marido:

—¡Basta! Yo vendré con mi ordenador y haré de becaria. Emma tampoco está para utilizar un teclado.

—No, eso lo sabemos todos menos ella —tercia la Hija—. Pero, Clara, ¿no tienes nada mejor que hacer?

La Cuñada la mira y se le escapa una risa tonta.

—Abandona su trabajo para estar aquí —murmura el Hermano.

La perra sigue ladrando. La Cuñada se pone roja. Mira con enfado a su marido y le pide:

—¿Puedes ir tú, ahora, a calmar a *Safo*?

El Hermano se levanta y, en un súbito cambio de actitud, cansado, apesadumbrado, le dice a su mujer:

—Durante unos días no podrás venir a hacer de becaria porque estamos en Florencia, acuérdate.

Ella asiente. La Escritora comenta:

—Qué suerte ir a Florencia, yo había hecho planes para ir por Navidad.

—¿Qué? —pregunta el Hermano.

—Que ella también querría ir a Florencia —traduce la Cuñada.

—No, Emma —suelta el Hermano—, que te tirarías al Arno.

La Hija estalla en carcajadas y su madre sonrío.

—Te espero fuera, Clara, no tardes —se despide el Hermano—. Tengo trabajo.

El Hermano cierra la puerta tras de sí.

La Escritora pregunta a su hija:

—¿Los libros infantiles se han ido a Londres?

—Sí.

—¿Todos?

—Sí, mamá. Lo que más les interesaba eran las colecciones enteras. Los Colour Fairy Books, los Grimm, Andersen, los ilustrados por Crane, Dulac, Rackham...

—¿Alicia?

—Alicia fue la primera. Tu colección era increíble. Pero mira, vuelven a la misma librería, la de Fulham Road, ¿recuerdas?

—Sí...

—La Peter Harrington. ¡Hablamos con ellos y se acordaban de nosotras! —A la Hija se le humedecen los ojos—. ¿No te parece bonito? No tendrán nunca una clienta como tú...

La Hija se ha ido poniendo triste. La Escritora sigue con los ojos medio abiertos, sin fijar la mirada en ningún sitio, inexpresiva.

—Habéis hecho bien. Lo material ahora tiene que serme útil.

La Hija se incorpora. Da un beso en la frente a su madre y se despide:

—Mamá, pórtate bien, por favor. No más trastadas.

La Escritora murmura:

—Esto es lo peor.

—¿Qué dices? —pregunta la Hija con irritación.

—Dice... —repite la Cuñada— que esto es lo peor... ¿El qué, Emma? ¿Qué es lo peor?

La Escritora levanta los brazos. Reclama a la Cuñada que la incorpore.

—Ya basta de pedir cosas a Clara, mamá. Trátala bien o también se va a cansar de ti. No es una enfermera.

—Dinos qué es lo peor de todo, Emma —insiste la Cuñada.

La Escritora responde:

—Que se vayan.

Se hace el silencio. La Cuñada se tapa la cara con las manos.

—Ya está bien, mamá —protesta con dureza la Hija—. Tenemos hijos, maridos, casa, trabajo, no podemos estar siempre por ti.

—Yo no pido eso. Pero aquí no puedo ni comer lo que quiero.

—¿Por qué no? —pregunta con sorpresa la Cuñada. Se dirige a la Hija—: Aquí hacen comida buena, ¿no?, muy sana.

—Ése es el problema —murmura la Hija—. Mamá nunca ha comido sano.

—Sólo quiero unos huevos fritos con arroz.

—Mamá, me voy, tengo que ir a recoger a Helena. Un beso, *ciao*, Clara.

La Hija se precipita hacia la puerta y desaparece. La Cuñada permanece callada unos instantes. Con la voz muy baja le dice:

—Mañana nos vamos a Florencia, Emma, estaré tres días fuera. El jueves a las doce estoy aquí y empezamos.

—Os vais a Florencia y no podéis comprarme un ordenador.

La Cuñada suelta una risa temblorosa.

—Tu hermano da una conferencia, nos pagan la estancia.

La Escritora se recuesta en la cama. Pierde la mirada por la habitación.

—Vete —le pide.

La Cuñada se revuelve incómoda en la butaca. Se esfuerza en parecer alegre cuando pregunta:

—Ah, ¿quieres que me vaya?

La Escritora vuelve la cabeza hacia ella y la mira con los ojos muy abiertos. Esta vez no los abre con desmesura ni se le congela la mirada. Parece verla perfectamente cuando responde:

—No eres el animal más bello del planeta...

A la Cuñada se le derrite la sonrisa y siente mucho calor. La Escritora la observa como no lo había hecho hasta ahora, seguramente como no lo había hecho nunca. La Cuñada se siente mal, se dice a sí misma que no tiene remedio, que ha vuelto a equivocarse de indumentaria, en qué estaría pensando esa mañana para escoger el maldito vestido amarillo limón que lleva, tan estridente, tan amarillo, tan corto otra vez. La Escritora deja caer la cabeza en la almohada y acaba la frase:

—... aunque te pareces bastante.

Cuando la Cuñada está cerrando la puerta tras de sí, se escucha la voz de la Escritora añadir:

—Gracias.

La madre, por segunda vez

¿Cómo te voy a reñir? Ya tendré otros motivos para hacerlo, pero ahora, ¿reñirte porque no quieres salir del agua? Qué tontería. Sandeces del servicio, por supuesto que no pienso hacerlo. Si te enloquece el mar es porque me enloquece a mí, aunque aún no lo sepas. Tardarás un tiempo, casi toda tu vida, en darte cuenta de que las grandes pasiones se establecen pronto. Pero algún día escribirás esta frase y entonces pensarás en mí. Porque lo que más amarás en esta vida me lo deberás a mí, Emma, querida. Los animales, los perros, leer. El mar. Naciste a finales de agosto. Yo me había pasado todo el verano bañándome en el mar y lo seguí haciendo hasta bien avanzado el embarazo. En el año 36 eso no era muy habitual. Las mujeres embarazadas no solían bajar a la playa y mucho menos se mostraban en bañador. Pero yo no soy precisamente una mujer corriente, ya lo sabes, me gusta hacer lo que me viene en gana. Y entonces, claro, cuando naciste era como si ya supieras nadar. Desde bebé te sentiste cómoda en el agua, el mar resultó ser tu medio natural, como cuando estabas en mi barriga. Y ahora lloras como una desalmada cuando tienes que salir del agua, cuando la chica del servicio baja a la playa y te llama para subir a comer o a cenar, y tú protestas, siempre terca, casi feroz, te entretienes en mirarte las yemas de los dedos de las manos y de los pies para asegurarte de que están lo suficientemente arrugadas y amoratadas para justificar semejante interrupción. A menudo te escapabas del hotel, a cualquier hora, incluso por la noche, para zambullirte. El hotel Costa Brava es una delicia, el mar se ve, se huele, se siente desde cualquier rincón del edificio, suspendido como está entre peñascos parece un barco anclado en medio del océano. Y tú desapareces sin decir nada a nadie, y nadie se da cuenta, para meterte otra vez y seguir nadando y buceando y jugando. Cuando la chica de servicio se da cuenta y pierde los nervios, me lo cuenta a mí para que yo haga algo, para que te riña, ¿yo? No sé cómo se le ocurre. Sí que me desespero viéndote crecer tan poco hábil con los caballos, tan poco presumida. Pero cuando estás en el mar, eres otra. Estás tan feliz que te vuelves ágil y hermosa. Cómo te voy a reñir, hago como que no me entero y ya está. Eres una niña que va a la suya, que ya haces lo que te viene en gana, igual que yo, y eso sólo me puede parecer bien. Ahora estás celosa de tu hermano, pero es lógico y hay que entenderlo, ¿cómo una madre no va a preferir al hijo varón? Un niño tan bueno, tan dócil y tan guapo. Tan distinto a

ti. Los dos tendréis un talento especial, claro, por supuesto que lo vais a tener, y lo vais a heredar de mí. Es una pena y una pesadez que os peleéis tanto. Héctor tiene ataques de furia y es tan fácil hacerlo enfadar..., es un niño transparente y tú eres muy capaz de llevarlo al límite. Pero el mar os une, porque también para Héctor el mar va a ser decisivo en su vida. La pasión por el mar os unirá, como te une a mí. ¿Cómo voy a ser yo la que te saque del agua? Dudo que encuentres un placer parecido en todo lo que te queda por vivir. Sigue escapándote para ir al mar, hija, no me voy a convertir yo en la bruja que te lo impida.

3

Un papel pegado con celo reza: LLAMEN PARA ENTRAR E IDENTIFÍQUENSE CON SU DNI. La Cuñada aprieta un pulsador redondo. Un zumbido desactiva el bloqueo y la puerta se abre. La Cuñada entra en la zona restringida de la residencia. Nadie la recibe. Escucha unas voces. Un extraño quejido que le recuerda el lloriqueo de un bebé y una voz de mujer que grita y pide cosas con cansina repetición.

Avanza por el corto pasillo hasta la habitación señalada con una pegatina que tiene un pequeño SRA. THOMAS impreso. La puerta está abierta. La Cuñada se encuentra a la Escritora de pie, en frágil equilibrio: se apoya en la cama con la misma mano con la que sujeta un folio que arruga con fuerza, mientras que con la otra intenta llegar al respaldo de una butaca. La Cuñada se alarma y corre hacia ella.

—¡Emma!

—Deprisa, Clara, deprisa —murmura la Escritora—, hoy lo veo todo muy claro.

La Cuñada tira el bolso al suelo y sujeta a la Escritora como puede.

—Siéntame en la silla, siéntame —le pide. Avanzan pegadas, a pasos minúsculos, las puntas de los pies de la Escritora más juntas que nunca. La Cuñada gira la butaca pateando con el pie derecho para que la Escritora se la encuentre de frente.

—He escrito un poco y ya lo veo claro.

—¿Has escrito en el ordenador? Espera a que lo grave en mi portátil. Así seguimos con lo hecho hasta ahora...

«Ngueee, ngueee». «Nena, cógeme, cógeme nenea...». La voz y los extraños quejidos se oyen con enervante claridad desde dentro de la habitación.

—¿Qué es eso?

—No hay tiempo, Clara, escribe. —La Escritora se deja caer en la butaca.

—¿Qué pasa hoy? ¿Quién grita así?

—Ve al ordenador.

—¿Está encendido? —La Cuñada pulsa una tecla del ordenador y se le ilumina la pantalla. Aparece un documento de Word con la tipografía aumentada a un doscientos por ciento—. Ah, sí. ¿Y éste es el texto nuevo? Qué bien Emma, lo has hecho sola...

La Escritora se coloca el folio a un centímetro del ojo izquierdo, el derecho cerrado, las gafas en la frente.

«Babababa, ven aquí, bababaa, nena, nena...».

—Hay que cerrar un interrogante, ha quedado una pregunta abierta...

—Déjame que limpie esto, Emma, hoy traigo toallitas húmedas para limpiar el teclado.

—No, Clara, busca la pregunta del primer párrafo.

—Déjame que antes lo limpie y luego lo grave...

—Oye, bonita... —La voz de la Escritora se vuelve alta, clara, gélida. La Cuñada se vuelve hacia ella, asustada—. Estoy gravemente enferma y no tengo tiempo que perder.

«Babababa, cógeme, cógeme...».

La Cuñada siente un vahído. Coge el *mouse* y busca un signo de interrogación entre el texto seguido que le muestra la pantalla. Veintidós líneas sin un punto y aparte. Localiza la pregunta con inusitada rapidez.

—*Sentirían igual placer las manos sagradas...* ¿Es ésta la pregunta?

—Sí. Antes de *sentirían* hay un guión, cierra la frase anterior.

—Un guión... —La Cuñada coloca un guión y reduce el zoom del Word.

—Ahora busca el *hermoso Conejo Blanco*. Y lee desde allí, con la puntuación.

La Cuñada traga saliva. Encuentra el *Conejo Blanco* unas líneas más abajo. Lee en voz alta:

—... *del hermoso Conejo Blanco, coma, que había olvidado en casa los mitones o el abanico y que llegaba tarde a la fiesta de la Cortacabezas, coma, y todos los alumnos pequeños, coma, los de parvulario asomaban morbosos la cabeza...*

—Coma después de *parvulario*.

La Cuñada pone una coma.

—Coma puesta, sigo... *los de parvulario, coma, asomaban morbosos la cabeza por la ventana, coma, cuidando de no perderse nada del monstruoso espectáculo que tenía lugar en el jardín y que haría imposible al conejo presumido llegar puntual a la fiesta...*

—Se cierra la pregunta, pon un interrogante después de *fiesta*.

La Cuñada coloca un interrogante.

—Vamos al segundo párrafo, corre, Clara, lee a partir de *y ella* —abre los ojos y mira el papel desde muy cerca—, *y ella había corrido*, busca eso...

—Sí, un momento...

La Escritora cierra los ojos. Deja caer el folio en su regazo.

«Ngueeee, nena, cógeme, ngue, ngueeee...».

La Cuñada suelta un grito de desesperación y sale disparada de la habitación. Se encuentra con una Enfermera, la número Quince, que empuja con ánimo desganado un carro con bandejas de comida por el oscuro y corto pasillo.

—¿Qué pasa hoy? —pregunta la Cuñada con la voz temblorosa.

—¿Perdona?

—¿Qué son estos gritos? Esta voz..., alguien que llama a una nena.

—Es la señora Planells. —La Enfermera Quince sonrío—. Ha ingresado hace unos días, ¿cuánto hace que no vienes? La señora Planells tiene este... tic...

—¿Tic?

—Esta mañana está un pelín alterada pero después de su papilla de la una se va a calmar. Ya lo verás.

—¿Y quién llora? ¿Qué es este lloriqueo?

—... nadie llora...

—¿Hay un bebé?

—... no, no...

—... sólo nos faltaría eso...

—Es la señora Planells..., no te preocupes, guapa, que no le pasa nada.

La Cuñada vuelve a entrar en la habitación.

—No te vayas, Clara, ya no me molestan —dice la Escritora—. Llévame a la cama, ya no estoy tan mal aquí.

La Cuñada la levanta.

—Tengo que dictarte, Clara, sólo un trozo más.

—¿Ya no estás tan mal en la Residencia? ¿O en esta habitación?

—Hay una mujer nueva que grita y hace unos ruidos muy raros. Pero ya no me molesta. Ninguno de ellos me molesta ahora porque por fin puedo escribir.

«Babababa, ven, va, bababa...».

—Eso es una gran noticia, Emma.

La Escritora se deja caer en la cama. La Cuñada le levanta las piernas y la acomoda un poco. Vuelve a la silla, frente al ordenador.

—Échame colonia en las piernas.

—Sí, Emma, ahora mismo. Pero me has dicho algo..., *ella corriendo...*, ¿verdad? Busco eso...

—*Y ella había corrido* —la corrige la Escritora—. Segundo párrafo.

La Cuñada coge aire y lee:

—Y ella había corrido sollozando al despacho de la directora y se lo había contado, coma, pero la otra no se había espantado demasiado aunque la piel verrugosa del vejestorio no valía un ápice si se comparaba con la seda nívea y dulce del animal tiernísimo con el que habían jugado los pequeños sin...

—Coma después de pequeños.

—Coma después de *pequeños...*, *sin merecerlo*, coma, *un curso entero*.

—Punto y aparte. Final del segundo párrafo. Ahora tráeme colonia.

«Ngue, ngue, nena, ven...».

La Cuñada corre al baño y encuentra un frasco de colonia casi vacío. Se lo lleva a la Escritora.

—Échame en las piernas, échame mucha.

La Cuñada obedece.

—Será corto —reflexiona la Escritora mientras mira cómo la Cuñada le frota las piernas con el líquido perfumado—. Un librito de ochenta páginas, ya tengo el título. Léeme ahora lo último, lee la última frase y te dicto...

La Escritora se acerca el folio al ojo derecho. La Cuñada corre hacia el ordenador y busca el final del texto:

—... *mientras la mantienen firmemente agarrada del abrigo o de la falda del uniforme*. Ya está. No hay nada más.

—Ahora te dicto, lo tengo aquí.

—Vale.

—Y esto es lo peor, coma, *que nadie explica nada*, coma, *o todos explican demasiado*, coma, *más prolijas las explicaciones cuanto menos saben*. Y ahora en cursiva: *Ser y no saber nada...*

—Espera, Emma, vas muy rápido...

—Tienes que revisar este poema, Rubén Darío, no estoy segura de recordarlo bien...

—Sí, lo buscaré en internet, Rubén Darío...

—*Ser y no saber nada, y ser sin rumbo cierto, y el temor de haber sido y un futuro terror. Y el espanto seguro de estar mañana muerto y sufrir por la vida y por la sombra y por lo que no conocemos y apenas sospechamos...*

—Espera, espera...

«Bababa, babababa, nena...».

—Ahora estoy cansada —murmura la Escritora con un descenso súbito de energía.

—¿Ah, sí? ¿Lo quieres dejar?

—Sólo falta la última frase, está aquí. —Le da con desánimo el folio doblado. Tira la cabeza hacia atrás—. Ponme más colonia.

La Cuñada coge el folio, intenta descifrar la microscópica y renqueante letra negra. Una milimétrica letra que serpentea, como una procesión de minúsculas hormigas que va quedándose sin tinta, por el sobado papel blanco. Lee en voz alta:

—*Pero... ni... siquiera... la... pos... pes...*

La Escritora se lo dicta de memoria, despacio, sin levantar la cabeza:

—*Pero ni siquiera la poesía... nos sirve demasiado... para quienes procedemos del infierno.*

La Escritora vocaliza mal pero la Cuñada la entiende y lo escribe. Fuera de la habitación la mujer parece haberse calmado. Es la una y diez, hora del almuerzo. La Cuñada se levanta y rocía de colonia las piernas de la Escritora hasta vaciar el frasco. Ésta no se mueve, no abre los ojos, pero manifiesta y ordena:

—Quiero hacer una última revisión. Vuelve mañana.

—Ahora tienes que comer, Emma, aviso a la enfermera.

La Escritora no dice nada. Su cuñada insiste:

—¿Te dieron los huevos fritos?

Las últimas palabras que la Cuñada escuchará de los labios de Emma, la Escritora, son las siguientes:

—El título será *Desde el infierno...* Ahora, la única cuestión es saber cómo acaba.

Una niña

Mamá, mamá, escúchame, mamá, ya no quiero ser Alicia, yo quiero ser Wendy y no Alicia, Alicia no porque le pasan cosas raras y en cambio Wendy es guapa y dulce y tiene una mamá que la quiere mucho y un amigo como Peter, ¿tú crees que algún día tendré un amigo como Peter? Pero mamá, escúchame, no quiero que te mueras nunca, quiero que siempre me leas cuentos en la cama y me des un beso y me digas que me quieres como de aquí a la luna y volver a la tierra y volver a la luna un millón de veces, mamá, me gusta mucho que me leas la Sirenita y la Princesa Badoura, pero ¿sabes, mamá?, me gustan mucho más los cuentos largos que te inventas tú.

**En un pasillo
o El último mensaje**

1

Nos encontramos de nuevo en el Hospital. La Cuñada está sentada, sola, en el pasillo. Sujeta un folio con la mano derecha. Se muestra inquieta. Cuando suena el timbre del ascensor, se levanta de golpe y se abalanza sobre el Hermano.

—Cariño, tienes que leer esto.

—¿El qué? ¿Qué pasa ahora?

—El texto de Emma, el texto que me dictó...

—¿Cómo está ella? ¿Hay alguna novedad?

—No, no, sigue igual, pero lee esto, te juro que no lo he entendido hasta ahora...

—Vale, vale, pero deja que me siente.

—... ella me lo dictaba y yo no entendía nada, me resultaba imposible entenderlo...

—Dios mío, tranquilízate, Clara.

—... es que pasaban tantas cosas al mismo tiempo, yo sólo quería transcribirlo bien y había esa horrible mujer que no callaba...

El Hermano se sienta y suspira.

—A ver, dame. —Coge la hoja de papel y lee despacio y con atención.

LA CORTACABEZAS O EL PLACER DE LA PERVERSIÓN

«Qué extraño, o tal vez lo extraño es que no se lo haya parecido en ningún momento —de hecho no se le ocurrió, sencillamente fue, sucedió, tuvo lugar, anterior la acción a todo proyecto: la vieja gritaba y gruñía y aullaba en un estertor agónico de algo que no tenía sentido, y ella la detestó al instante y quiso hacerla callar ¿para siempre? No lo sabía ni le importaba, fue la mera realización de un deseo puro. Ella había unido las manos en posición vertical, una sobre otra, una apoyando la otra, y había formado una estructura sin rasgo alguno de fragilidad, implacable, y las había precipitado sobre la nuca canosa, y el placer iba más allá de todo lo imaginable, superaba cualquier otro placer, unir las manos y precipitarlas sobre la nuca vociferante, de repente enmudecida, un golpe seco, poderoso, letal—. ¿Sentirían igual placer las manos sagradas que desmoronaban una nuca indefensa, con un chasquido a madera rota, a una víctima repugnante, como aquel día en que había

presenciado horrorizada el sacrificio —y éste no tenía perdón— del hermoso Conejo Blanco, que había olvidado en casa los mitones o el abanico y que llegaba tarde a la fiesta de la Cortacabezas, y todos los alumnos pequeños, los de parvulario, asomaban morbosos la cabeza por la ventana, cuidando de no perderse nada del monstruoso espectáculo que tenía lugar en el jardín y que haría imposible al conejo presumido llegar puntual a la fiesta? Porque aunque se multiplicaran los golpes, la víctima parecía inmortal, y ella figuraba en el repertorio de sus pesadillas habituales, era angustioso no ser capaz de terminar en modo alguno con la víctima y evitar que el tormento fuera interminable.

»Y ella había corrido sollozando al despacho de la directora y se lo había contado, pero la otra no se había espantado demasiado aunque la piel verrugosa del vejestorio no valía un ápice si se comparaba con la seda nívea y dulce del animal tiernísimo con el que habían jugado los pequeños, sin merecerlo, un curso entero.

»Golpear la nuca de la verrugosa vieja, sentada de espaldas ante ella, matar, huir, sentir miedo. Miedo ante todo a ser desaprobada, pues ahora que todo la asquea, precisa la aprobación para el hecho más nimio. Miedo a caer, porque su hermano ha hecho suya la frase de un escritor ilustre que define la vejez como miedo a caer. Y dicen los profesores id despacio y la meten luego en el taxi a empujones o la incitan a darse prisa —ella no ve la justificación de la urgencia o de la calma—, mientras la mantienen firmemente agarrada del abrigo o de la falda del uniforme. Y esto es lo peor, que nadie explica nada, o todos explican demasiado, más prolijas las explicaciones cuanto menos saben. *Ser y no saber nada, y ser sin rumbo cierto, y el temor de haber sido y un futuro terror. Y el espanto seguro de estar mañana muerto y sufrir por la vida y por la sombra y por lo que no conocemos y apenas sospechamos...*

»Pero ni siquiera la poesía nos sirve demasiado para quienes procedemos del infierno».

El Hermano deja el folio en su regazo. La Cuñada le pregunta:

—¿Lo has terminado?

—Claro que lo he terminado.

Ella lo mira con ansia, emocionada, los ojos le brillan.

—Está todo ahí.

El Hermano cierra los ojos y reflexiona:

—Parece mentira que una persona que confunde un billete de cinco euros con uno de quinientos sea capaz de escribir un texto así.

—Ella me preguntó si me había gustado y le dije que sí. Pero yo no había entendido nada. Me quedé muy cortada y le dije que sí, y nada más...

—No empieces. Siempre buscando un motivo para sentirte culpable.

Ella se recuesta en la silla, abatida.

—Estoy excitada y soñolienta a la vez. He dormido tan mal esta noche que me he tomado un Orfidal en cuanto me he despertado...

—Entra ahora a hablar con Emma y se lo dices.

—... pensaba pasarme la mañana en la cama. No sabía que tendríamos que estar aquí.

—Entra ahora en la habitación a decirle a Emma que te ha gustado el texto —le apremia su marido—. Vamos.

—¿Qué?... no... He entrado antes... y no... no está para eso ahora.

—Pues vete a casa y te metes en la cama.

—No puedo irme.

—Claro que puedes. Ya te llamaré si pasa algo.

Se quedan callados. Ella suspira, cierra los ojos y dice:

—¿Te imaginas... lo bonito que sería... escribir un libro... sólo para poder sacar a la luz este texto?

El Hermano la mira.

—Me lo imagino, sí.

La Cuñada se recuesta en la silla e intenta dormir.

Un terrible dolor en el cuello la despierta. Le arde la cara y tiene la mejilla derecha llena de baba.

—Lo bueno nunca se pasa de moda, tío —escucha que está diciendo la Hija.

—Ya. Pero nadie paga por lo que ya no se lleva —replica el Hermano—. Las modas son muy crueles.

La Cuñada se ha quedado dormida entre dos sillas, una de ellas está puesta en sentido opuesto para poder estirar las piernas. No recuerda en absoluto haber hecho ese montaje. Le duele todo el cuerpo. Siguen en ese miserable espacio que hace de pasillo, al lado de la máquina expendedora de bebidas. En algún momento se les ha unido la Hija, pero tampoco lo recuerda. Es ella la que habla ahora:

—¿Y los árabes qué? ¿Ya han venido a ver la casa?

—No. Lo de los árabes es enervante. El cónsul sigue mareando la perdiz, esto se ha convertido en un *Bienvenido Mister Marshall*.

—No te vendas la casa, tío, es una pena.

—Ya lo sé que es una pena —replica el Hermano de malhumor.

—Seguro que encuentras una solución. —La Hija cambia el tono de voz por uno mucho más alegre cuando ve que la Cuñada levanta la cabeza y mira a su alrededor—: Hola, Clarita, ¿cómo estás?, tenías que sentirte muy cansada para dormirte aquí.

La Cuñada se incorpora. Se frota la parte del cuello que le duele. Sonríe con esfuerzo.

—Ginebra, estoy padeciendo dos problemas a la vez. —El Hermano sigue hablando, muy concentrado, el entrecejo fruncido—. Una crisis económica mundial y que estoy pasado de moda. Ni puedo cambiar la economía ni puedo hacer nada para ponerme de moda. Empeñarse en eso es hacer el ridículo.

—Pero la casa significa mucho para ti.

—A día de hoy, mi casa está por encima de mis posibilidades. Sin encargos no hay ingresos. Sin ingresos no la puedo mantener.

—Pero has alquilado tu estudio, que es media casa, ¿no es eso suficiente?

—No, no es suficiente. Tengo mis maquetas, los cuadros, los prototipos de muebles, cuarenta años de trabajo amontonados en el garaje y llenándose de polvo. —Habla en un tono enérgico y taxativo—. Pero aun así, no es suficiente. Vivir en Pedralbes, tener una casa con jardín en Barcelona, es muy caro. Eso corresponde a otro periodo de mi vida, una vida con ingresos y sin hijos. El mundo cambia, la diseñé pensando que iba a ser mi casa definitiva, que iba a morir en ella. Hoy este planteamiento de vida queda obsoleto, no tiene sentido, ya lo dice ese filósofo polaco, no recuerdo cómo se llama, el que habla de las sociedades líquidas, de que todo se mueve y nada sigue mucho tiempo igual. Hace veinte años no teníamos esta visión de la vida.

—Qué inteligente eres, tío.

—¿Qué hora es? —pregunta la Cuñada amodorrada, tan bajito que casi no se la oye.

—Hay un mundo que desaparece —dice la Hija con tristeza—. Un mundo que se acaba, y mamá se va con él.

—Oh, ¿qué esperabas? —protesta el Hermano.

—Pero tú eres un caso aparte, tío. —La Hija lo ataja con un brillo irónico en los ojos.

—¿Qué? —se sorprende él.

—Eres de la generación de mamá pero hay que ver cómo estás —ríe—. Eres el hombre biónico. ¿Qué te da Clara para comer?

—¿Pero, qué hacemos aquí? —pregunta la Cuñada desconcertada, mirando a su marido y a la Hija alternativamente.

—Esperar, querida, esperar —le responde esta última—. En los hospitales siempre se espera. Ya sabes, ¿verdad?, ¿que es mérito tuyo que mi tío esté tan estupendo?

—¿Qué? No. Es una cuestión de genética, no tiene nada que ver conmigo. —La Cuñada se vuelve a recostar y cierra los ojos. Antes de volver a caer dormida, oye que la Hija dice:

—No estoy de acuerdo con eso, Clarita.

Se despierta de golpe. Asustada.

—Clara, ¿te encuentras bien? —La Hija la está mirando con cara de pena.

—¿Eh?

—¿Por qué no te vas a casa? No tenemos por qué estar todos aquí.

—No, no puedo irme.

—Claro que puedes. Yo te llamaré si pasa algo.

—¿Ha llegado alguien?

—No, qué va.

—Hace muchos días que duermo mal.

—Claro que duermes mal. Todos dormimos mal.

—Es culpa del Orfidal, no tendría que habérmelo tomado.

—¿Esto es tuyo? —La Hija coge del suelo un anorak negro.

—Sí. No lo encontraba...

—Ten. Úsalo de cojín.

La Cuñada coge su anorak, lo espachurra, apoya la cabeza en él y se vuelve a dormir.

Se despierta con el borde del respaldo de la silla clavado en su mejilla. La cabeza le estalla. El ruido del motor de la máquina de bebidas parece haber aumentado, le taladra el cerebro. También la voz de su marido, que no deja de hablar.

—No puedo hacer otra cosa que pintar. Pintar tanto como pueda, mientras Clara me deje, pintarla tanto como pueda.

—Claro que te deja —replica la Hija.

—Bueno, ahora ya no tanto.

—¿Ah, no? —La Hija parece sorprendida. Mira a la Cuñada, que se está empezando a mover—. ¿Estás despierta, Clarita?

—Sí.

—Uy, qué mala cara tienes, querida.

La Cuñada se seca las babas de la mejilla con la mano. Busca un kleenex en los bolsillos del pantalón. Tiene mucho calor y ha vuelto a perder el anorak. Pero ¿por qué tiene tanto calor? Por un momento no sabe si es verano o es invierno, agosto o diciembre. Porque si tiene tanto calor, ¿por qué lleva anorak?

—¿Por qué, Clarita? Lo orgullosa que estarás cuando tus nietos te digan lo maravillosa que eras y lo enamorado que estaba su abuelo de ti.

—No sé de qué estáis hablando.

—Le ha cogido pudor. De repente —comenta el Hermano, bajito, con expresión triste.

—Bueno, eso yo lo entiendo —replica la Hija—. Está muy bien tener pudor.

—Antes no le pasaba.

La Cuñada clava los ojos en su marido con una mirada de desconcierto.

—No es verdad. —Su propia voz se le hace extraña, grave, ronca—. Lo que pasa es que lo supero, o me olvido, o algo parecido. Tengo un calor insoportable.

La Cuñada se quita el jersey. Se siente sofocada, agobiada.

—¿Y por qué ahora no lo superas? —pregunta el Hermano volviéndose hacia ella.

—No quiero hablar de eso.

—Ya. Nunca quieres hablar de eso.

—Es que tú no sabes lo que es el pudor. —La Cuñada se vuelve hacia él—. No tienes ni idea. Tienes la suerte de no saberlo. Lo sacas todo para fuera, sin barreras, sin prejuicios, todo en nombre del arte. Y es cojonudo, pero eso tiene consecuencias, lo siento, las hay, y no se controlan.

—Mamá tampoco sabe lo que es el pudor —reflexiona la Hija, en voz baja, como para sí misma.

—Y ese mismo pudor —continúa el Hermano— te impide seguir adelante con lo que escribes.

—¿Eso crees? —pregunta su mujer en tono desafiante.

—Sí, eso creo.

—¿Quieres que escriba a saco? ¿Sin remilgos?

—No quiero que escribas a saco. Quiero que escribas pensando exclusivamente en la calidad literaria. Sin hacer ajustes de cuentas ni terapia. Eso no sería hacer literatura.

—Hay novelas de mamá que nunca he podido leer —sigue reflexionando la Hija.

—Pues yo no tengo más remedio que ver mis cuadros. —La Cuñada se encara a la Hija—. No sólo los veo, sino que encima tengo que colgarlos en internet. Hago *posters*, catálogos, *newsletters*, todo. Los miro y los remiro en Photoshop, los paso a JPG y los cuelgo en internet. Yo misma.

—Pues no lo hagas —protesta el Hermano con impaciencia—. Si tanto te molesta, no lo hagas.

Se produce una tensa pausa. El Hermano vuelve a hablar:

—El ochenta por ciento de los hombres no querrían exponer a su mujer desnuda en las galerías.

—¿Y por qué lo haces tú? —le pregunta su mujer.

—Porque yo creo en el arte. ¿Tú no?

La Cuñada se deshace la coleta, se recoge el pelo lo más tenso que puede y se hace un moño alto. Rebusca en su bolso, en el suelo, buscando algo, no lo encuentra, coge unos papeles doblados y se abanica con ellos. Contesta de mala gana.

—Sí, yo también. —Se recuesta de nuevo y cierra los ojos—. Por eso lo acabo haciendo. Es que no entiendo de qué te quejas.

—No me quejo. Sufro por la resistencia que tienes a hacerlo, una resistencia que cada vez es mayor. Yo creo firmemente en que lo que hacemos es bello.

—Nunca os había visto discutir así —interviene la Hija.

—Ginebra, es que tampoco nos vemos mucho —replica la Cuñada de malhumor. Vuelve a sentir un fogonazo de calor por todo el cuerpo.

—Ah, ¡es verdad! —La Hija ríe—. Claro, por eso funcionamos como familia, porque casi nunca nos vemos.

Tras una breve pausa, la Hija sigue hablando:

—Bueno, para mí sois una pareja perfecta y no quiero que eso cambie. Tío, pintas unos cuadros maravillosos y quiero comprarte uno, que no sea muy grande, de flores, o no, aún mejor, uno de tu jardín. —Sonríe—. Pero antes tengo que ganar un poco de dinero. El blog me da trabajo, pero no me da dinero.

—No me extraña, no sé por qué pierdes el tiempo con un blog que no lee nadie.

—¡Claro que me lee alguien! Sé perfectamente cuánta gente me lee.

—¿Ah, sí?

La Hija ríe.

—¡Claro! Lo bueno de internet es que estas cosas se saben.

—Ya...

—Por ahora es poca gente, pero confío en que irá a más. Escribo sobre lo que quiero y eso me gusta mucho.

—Escribe sobre lo que quieras en una novela. La novela es la pieza importante de la literatura, todo lo otro son géneros menores.

La Hija se queda muy seria. Mira a la Cuñada y le pregunta:

—Y tú, Clara, ¿tú sí estás escribiendo una novela?

—Empecé una, sí, pero la he dejado. Es que hago otras cosas. No sé, mi vida es un caos.

El Hermano interviene:

—No me cansaré nunca de insistirle en que tiene talento pero le falta empeño. Y sin empeño no se llega a ninguna parte.

La Cuñada se da la vuelta como puede, para darles la espalda, encima de las dos sillas que se van tambaleando con el movimiento de su cuerpo. El Hermano y la Hija callan. La Cuñada está dolida y llora quedamente. Se siente impotente, cabreada, no reconoce la temperatura de su cuerpo, lo pierde todo, el anorak, la memoria, el abanico. Intenta dormir, pero las palabras de su marido le resuenan en la cabeza y se lo ponen muy difícil.

Cuando vuelve a abrir los ojos se encuentra mirando al techo, uno de esos techos falsos y feos con fluorescentes blancos empotrados. Esta vez, la Cuñada no tiene ni idea de si se ha dormido o no, pero no se siente mal. No le arde la cara, ni le cae baba por la barbilla. Cuando se incorpora, su rostro parece relajado y siente un extraño alivio. Se levanta y anda decidida hasta el mostrador. No ve a nadie tras él. Con voz alta y clara saluda:

—Hola.

Un ruidito familiar (¿el crujir de una bolsa de patatas fritas?) le confirma que, por supuesto, sigue habiendo vida detrás de los dos ordenadores.

—Hace una eternidad que estamos esperando al doctor Arimón. —La Cuñada se inclina descaradamente por encima del mostrador y siente unas irresistibles ganas de chafardear por detrás. Se oye una vocecita, que ya conocemos, responder:

—*Doncs s'han de seguir esperant. No estic autoritzada a dir-los res més.*

—¿Puedo saber si le han dado el último calmante? —pregunta la Cuñada casi a voz en grito. Como no espera respuesta, sin pensárselo dos veces, intenta subirse al mostrador: levanta una rodilla, se agarra fuerte con los dos brazos y se da impulso. Pero la vocecita le impide llevar a cabo su objetivo.

—¿A quién? —La Enfermera Uno aparece de improviso. Se ha desplazado con inesperada fluidez gracias a la silla de oficina con ruedas en la que está sentada—. ¿A quién? —repite. La Enfermera Ojos Azules se ha maquillado los labios de rosa purpurina y lleva un lazo blanco en el pelo que a la Cuñada se le antoja de lo más ridículo e inapropiado. Le sostiene la mirada. La Cuñada teclea el mostrador con los cuatro dedos de una mano y decide que se va a tomar un tiempo. Que va a esperar, le va a dar la oportunidad de que encuentre ella solita la respuesta. Oímos el rítmico e irritante tamborilear de los dedos de la Cuñada mientras observa a la Enfermera y la Enfermera la observa a ella. Se contemplan mutuamente con una tranquilidad pasmosa. La Cuñada se entretiene en reflexionar que hoy es viernes y que a la Princesa Enfermera le debe de quedar poco para acabar su turno. Piensa que seguro que se va de fiesta. La Cuñada siente unas ganas irreprimibles de preguntarle adónde irá, en qué bar ha quedado, si sale con su novio, si es que tiene novio, y, si no lo tiene, de preguntarle si sale a ligar con un par de amigas y si cree que follará al final de la juerga. Se muere de ganas de soltarle que con ese lazo es difícil que ponga cachondo a un tío moderadamente presentable, porque es espantoso, horrendo, espantihorrendo. Pero justo en ese momento, estando ella entretenida con el lazo, pasa algo muy raro, pero que muy muy raro, tan raro que es imposible no prestarle atención. Algo que ha empezado como un leve y lejano rumor y que ha seguido como un murmullo de cientos de pasos, cientos de pasos que se han acercado y que en cuestión de segundos han estallado en un grito, en miles de gritos, en un millar de voces que chillan al unísono: «¡No la hagas esperar, niña! ¡¡Venga, que su tiempo vale más que mil libras por minuto!!».

La Cuñada da un brinco. La Enfermera Uno habla al fin. Le responde a la pregunta que le ha hecho hace un momento —¿o hace dos siglos?— y el estallido de pasos y voces se aleja tan rápido como ha llegado.

—¿Te refieres a Emma? Sigue bien. Tranquilita.

—¿Qué ha sido eso?

—¿El qué?

La Cuñada contiene la respiración. Mira hacia arriba, hacia abajo, a ambos lados. Se agarra al mostrador. Vuelve a encontrarse con los ojos de la Enfermera, pálidos, azules, fríos, y le sale por la boca un sonido ininteligible:

—¿Eegh? —La Enfermera Uno la está mirando. Imperturbable. Da un fuerte impulso a la silla con ruedas y desaparece tras los monitores.

El Hermano y la Hija siguen sentados en las butacas. La Cuñada los observa. Les oye hablar, pero sus palabras le suenan muy lejos, «tú no eres precisamente nostálgica, Ginebra, deberías lamentarte menos de que me venda la casa». La Cuñada anda hacia ellos con extrema lentitud, pasa por delante y los mira sin detenerse. «Bueno, tío, yo no soy un ejemplo a seguir, me equivoco mucho». «Eres tan caprichosa como mi hermana». La Hija ríe mientras teclea su iPhone con los dos dedos pulgares y una sonrisa húmeda. El Hermano parece tranquilo.

La Cuñada se dirige a la habitación número trece. A medida que se acerca se escucha un jadeo —asmático, pesado, entrecortado— cada vez más fuerte. La Cuñada entreabre la puerta, se queda quieta observando el interior, su semblante se entristece, se dispone a entrar, pero el timbre del ascensor la distrae. El timbre ya no es el din don de antes. El timbre suena de modo distinto a como lo ha hecho hasta ahora. Resuena chispeante y agudo, un tilín tilín de campanita. Se abren las dos puertas metálicas del elevador y aparece el Médico de Cabecera. El Doctor Decimonónico entra en escena. Eléctrico, chispeante, más nervioso de lo habitual. Corretea con un busca en la mano y balbucea: «¡Maldita sea, llego tarde, llego tarde!». La Cuñada entorna la puerta de la habitación número trece y no entra.

—Querida, necesito una sala para reunirme —pide el Médico de Cabecera a la Enfermera Uno. Ésta se levanta de su asiento.

—No hay.

—No hay —repite el Médico—. No hay no hay no hay no hay.

La Cuñada los observa de lejos. La Enfermera Uno sugiere:

—¿Y una habitación?

—¡Una habitación! Maravilloso, sencillamente maravilloso.

El Médico de Cabecera se acerca al lugar donde la familia lleva instalada unas cuantas horas. Ellos se levantan. La Cuñada se acerca. El Médico les da la mano, hace una especie de genuflexión, el ojo derecho disparado hacia una dirección indefinida. Les invita a entrar en la habitación número doce.

Entran.

En la pequeña estancia hay una cama hospitalaria, con barandilla a los dos lados y respaldo móvil. Los tres familiares se acomodan (bastante apretujados) en el pequeño sofá destinado al descanso de las visitas nocturnas; el Médico de Cabecera se sienta en la cama y queda frente a ellos. Se va

escuchando, de forma intermitente, un ruidito mecánico que proviene de la estructura de la cama.

—Bueno, aquí estamos de nuevo —sonríe el Médico de Cabecera. Un mecanismo acciona el respaldo del colchón y éste se eleva unos centímetros.

—Con una pulmonía —interviene la Cuñada— y una infección...

—Y los nuevos análisis de la otra clínica —añade la Hija—. Ayer, ya sabe, doctor, tuvimos que ir de urgencias a la clínica Platón, desde la Residencia, debido a la infección, y el chico que me dio los análisis dijo que parecía que podía haber algo en los huesos...

El Médico se cruza de brazos, toma exageradamente aire para empezar a hablar pero el Hermano se lo impide:

—Arimón, cuando viniste a casa, el primer día que viste a Emma, yo ya te dije que no queríamos alargar esta situación...

—¡Lo sé! —interrumpe ahora el Médico—. ¿Quién, a estas alturas, no sabe eso? ¿Eh? ¿Yo? ¡Yo claro que lo sé! Y sabía que precisamente tú me ibas a salir con éstas. —Baja mucho la voz y añade—: Pero no me dejan...

—¿Quién no le deja? —pregunta también muy bajito la Cuñada a su marido.

—Ella no firmó ningún papel. —El Médico saca de no se sabe dónde un montonazo de papeles blancos, enormes, que casi le cubren por entero y que se le van cayendo por el suelo—. Ni una pequeña firma. Ni grande tampoco.

—¿Adónde vas con todo eso? —ríe la Hija.

—Burocracia —murmura el Hermano con voz cansada—, estamos en manos de burócratas.

—Morfina, doctor —susurra la Cuñada intentando verle por detrás de los papeles—, denle morfina de una vez.

—Si le damos morfina se nos va, se nos va, se nos va. —El Médico de Cabecera suelta el montón de hojas y caen todas por el suelo.

—¡Pues que se vaya! —grita el Hermano—. Pero, además, ya lo está haciendo, Arimón, se está yendo, ¿o no te das cuenta?

La Hija resopla intentando reír, pero esta vez no lo consigue. El Hermano aguanta la mirada al Médico. Éste responde:

—No puedo hacer eso si no hay una causa objetiva que lo justifique. Las cláusulas. —Salta de la cama, coge del suelo varios de los papeles que se le han caído y de un saltito vuelve a subirse a la cama. Señala con un boli una hoja atiborrada de letra pequeña.

—Los malditos americanos. —El Hermano empieza a calentarse, sube los brazos y entrelaza las manos encima de la cabeza—. Las malditas denuncias,

los malditos abogados...

La cama vuelve a cruzir y a articularse sola. La Cuñada mira a su marido anonadada:

—¿Americanos? ¿Qué americanos?

El Médico se pone pedagógico:

—Los americanos viven en un lugar llamado América, es un continente y antes había indios a caballo...

—Eso ya lo sé, no soy tonta.

«¡Todos hemos ido al colegio! —De nuevo, de improviso y sin previo aviso, suena el mismo estallido de voces—: ¡Todos hemos ido al colegio! ¡Todos hemos ido al colegio!».

La Cuñada se sobresalta y casi pega un bote encima del sofá. A su alrededor nadie se ha inmutado. No le queda más remedio que prestar toda la atención a su marido; el Hermano está dando muchas explicaciones y van dirigidas a ella:

—Si hiciéramos algo así, podría ocurrir que, *a posteriori*, un familiar se presentase y quisiera averiguar qué ocurrió, por qué se administró un calmante tan fuerte y, en teoría, o legalmente, fuera de razón. Y el Hospital podría tener problemas...

—Qué tontería —suelta la Hija.

—¿Familiar? —pregunta la Cuñada en un estado de absoluto desconcierto. Mira a la Hija—: ¿De qué familiar estamos hablando?

La Hija dictamina:

—Nuestra familia cabe en este sofacito.

—¡Y si hay más familia, no nos interesa! —El Hermano intenta zanjar la cuestión con un brusco gesto de la mano—. ¡Ni los queremos conocer!

—Bueno, está Celia —comenta la Cuñada—, la famosa prima...

—Celia, la prima, es una pesada pero no una bruja pirula —aclara la Hija.

El Médico vuelve a intervenir.

—Señores, criaturas todos, mantengamos la calma. Primos hay por todas partes y malos aún más. Lo he vivido personalmente. Yo, hoy, ahora, en este instante, segundo, milésima parte, no puedo administrar más medicación de la que ya estoy dando. Pero hay nuevas pruebas sobre el tema oncológico que todos los médicos aquí presentes, y presentes fuera de aquí, quieren hacer. Y según el diagnóstico, actuaremos.

—¿Son dolorosas estas pruebas? —pregunta la Cuñada.

—No, no especialmente... —responde el Médico.

—Ya se la hicieron una vez... —comenta la Hija.

—¿Ah, sí? —le pregunta la Cuñada con inquietud manifiesta.

—Es un pinchazo —explica la Hija.

—Se trata de una punción en el esternón para coger una muestra de hueso —describe el Médico.

—¡Joder! —exclama la Cuñada.

El Médico de Cabecera hace una mueca muy extraña.

—Ay, esta niña —cabecea—. A tu mamá no le dolerá, no le dolerá.

—No es mi mamá y no tengo nada claro que no le duela, Arimón — protesta la Cuñada. Se enfada y piensa muy fuerte: «Serás cacho pedazo de conejo». La Cuñada se sobresalta. ¿Es su voz la que ha retumbado por la habitación?

El Médico frunce la nariz y con el dedo índice asevera:

—A esta niña le pondremos el cartel de frágil, ¿qué os parece?

—Es la única manera, Clara. —La Hija toma el brazo de la Cuñada con inusitada ternura. Parece querer recuperar los ánimos—. Hay que hacerlo, ¿verdad, tío? —Y mira con ansiedad a su tío.

La Cuñada observa con curiosidad debajo de la cama. El Hermano hace rato que no abre los ojos y no responde. La Hija se dirige al Médico de Cabecera:

—Hoy es viernes. Supongo que hasta el lunes no se puede hacer ni una sola prueba, ¿verdad?

El Doctor parece pensar mucho. Consulta su móvil, lo acerca mucho al ojo desviado, revisa el busca. La cama cruje. Los mira y pregunta:

—¿Hoy es viernes? ¿Viernes-viernes-viernes?

El colchón baja dos centímetros de golpe. «Uy», exclama sin mucho sobresalto el Médico. La Cuñada siente unas irresistibles ganas de reír, se frota los ojos e intenta controlarse, mira a la Hija, a ésta se le escapa una risotada mientras responde:

—Pero ¿dónde tienes tú la cabeza? —Carcajadas de la Hija, carcajadas de la Cuñada. El Hermano está concentrado estudiando con interés las patas de la cama, los cables, los tubos cromados, los artilugios que parecen cobrar vida bajo las sábanas y sacuden el menudo cuerpo del Médico de Cabecera.

—Oh. No, no y no. Hasta el lunes, nada. —El Médico salta de la cama—: Ahora mismo lo programo todo para primera hora del lunes. Vámonos, vámonos, vámonos.

Se levantan todos menos la Cuñada. La Cuñada parece estar en otro mundo. Mira debajo de la cama. Ve algo muy raro. Unas sombras, unas pelotitas que se mueven y que parecen multiplicarse. Unos bultos como bolas

que le hacen pensar en los gremlins. Entonces el estallido de voces suena otra vez: «¡¿Quién se ha sentado en mi silla?!», «¡¿Quién se ha subido a mi camita?!».

—¿Salimos, Clara? —apremia la Hija desde la puerta de la habitación al ver que la Cuñada no se mueve.

—¿Alguien les ha tirado agua? —La Cuñada se levanta muy despacio.

—¿Qué dices, Clara?

—Son gremlins, Ginebra, lo siento, es que yo no soy tan sofisticada como vosotras dos...

—Clarita, ¿qué estás diciendo?...

—... aunque me esfuerzo, pero es que yo soy muy de los años ochenta y los gremlins de Spielberg me impactaron, yo debía de tener doce o trece años...

—Nos estamos volviendo todos locos, ¿verdad?

—Es que no sé si estoy dormida o despierta...

—Clara, Clara, esta pesadilla pasará...

—Claro que sí. Ya le falta muy poco, ahora mismo lo vas a ver.

La Cuñada coge de la mano a la Hija y salen juntas de la habitación número doce. El Médico de Cabecera se encamina hacia el mostrador, pero la Cuñada se adelanta y lo detiene por el brazo con decisión:

—Tenemos que entrar a verla.

—¿Tú crees? —El Médico parece sorprendido—. ¿Ya es la hora del té? —El hombrecillo consulta su reloj de bolsillo—. No, pero qué más da, ¿verdad?

El Médico de Cabecera gira sobre sus talones y se encamina a la habitación número trece. La Cuñada abre la puerta y espera a que todos pasen. Entra el Médico de Cabecera, que ha perdido la razón o que no la ha tenido nunca; entra la Hija, que esboza la más tierna de las sonrisas y exclama mamá, mamá, ya estamos aquí; entra el Hermano Pequeño, el Hermano Entero, el Hermano Protector, que no sabe cómo decir que quiere a su hermana mayor. La Cuñada no entra. La Cuñada se marea. La Cuñada cierra los ojos y piensa muy fuerte que se quiere despertar, «me pellizco, me voy a pellizcar y todo volverá a la normalidad». Pero vuelve a escuchar los pasos y abre los ojos y vuelve a ver los pequeños bultos, las sombras que estaban bajo la cama que ahora pasan corriendo a toda pastilla, revueltos, los quiere seguir, hablan rápido y atropelladamente, son voces de niño, de mayor, de viejo, voces mezcladas entre las que apenas distinguimos el sonido de la campanilla del ascensor, la campanilla suena mientras las miles de voces vuelven a hablar

todas a la vez, protestan, gritan, gruñen enfadadas: «¿Quién ha comido de mi platito?», «¿Quién ha cogido de mi pan?», «¡Niña, estás en un sueño!», «¿Quién ha comido mis legumbres?», «¡Pero en el sueño de otro!».

«¿En el sueño de otro?». La Cuñada, patidifusa, estupefacta, busca por el suelo, por las paredes, embobada, perdida, la cabeza le da vueltas hasta que tropieza literalmente con el Psiquiatra. El Psiquiatra acaba de salir del ascensor. Se detienen el uno frente al otro. Ella le pregunta, bajito, casi jadeando:

—¿Tú no ves cosas raras? ¿No las oyes?

—En este Hospital veo cosas raras cada día. Es mi trabajo.

—Son los enanitos...

—A tu lado todos somos enanitos, guapa.

La Cuñada se tapa la cara con las manos, él se las coge y se las va apartando mientras le dice:

—Ella no sufre tanto como tú crees, su cerebro no está oxigenado y no puede sentir el dolor como lo sentiríamos tú y yo.

—Se está muriendo...

Él niega con la cabeza y le dice despacio:

—He estado con ella hace un momento y casi nos reímos. Decía que tenía una sensación extraña, que todo era muy raro, pero que no tenía dolor.

—Pero si ya no puede hablar.

—Conmigo lo ha hecho, ha hecho ese esfuerzo.

—¿Ah, sí? ¿Por qué contigo? —La Cuñada se reanima y lo mira desafiante.

—No puedo responderte a eso. Quizá contigo hable de otra forma. O quizá contigo haya hablado mucho ya.

«¡Este señor no sabe de qué habla!». «¡¡¡No dice lo que dice!!!». Ella intenta soltarse de sus manos con gesto de desagrado, gira la cabeza, mira a otro lado, quiere irse, las voces continúan: «¿Y quién te crees tú que puso el guisante bajo el colchón?!», pero él no la suelta, la agarra por el cuello con las dos manos y la obliga a mirarle. Él quiere hablar pero ella se adelanta y le ordena, despacio y con rabia:

—Andrés, acaba con esto, hazlo por mí, por ella, cuanto antes.

Se sostienen la mirada con dureza. A ella le duele el cuello por la presión de sus manos. El Psiquiatra parece rendirse y la suelta. Ella escucha su voz algo alejada, como debilitada, sabe que esto se acaba, sabe que él lo hará, más tarde, cuando se queden solos, cuando sólo estén a su lado quienes tengan que

estar, las dos únicas personas vivas a las que ella aún ama. El Psiquiatra habla por última vez y ya no lo hace como psiquiatra:

—Muy bien, preciosa. Lo que tú digas.

Se hace el silencio. Una voz la llama, una única voz que pronuncia su nombre alto, claro, bien vocalizado. La Cuñada responde:

—Emma, dime, Emma...

—¿Qué dijo Corazón Amarillo Sangre Azul?

La autora de este texto no se ve capaz de describir con palabras la tristeza y la alegría que siente. Nunca sabrá quién fue aquel ser con nombre de personaje de cuento a quien Ada hizo pronunciar su último mensaje. Pero ya no se recrimina no habérselo preguntado. Ya no le importa. La poesía es un puente para viajar en el espacio y en el tiempo, y es ahora Emma la que nos advierte, la que me recuerda, que los cisnes siempre cantan antes de morir.

**Pana en la autopista
o Esta lucha ha terminado**

1

El Hermano está tendido en el suelo bajo un Volkswagen Passat familiar, masculla algo ininteligible y manipula una herramienta con esfuerzo. La Cuñada lo observa de pie, el móvil en la mano, vestida de negro, con una voluminosa chaqueta de pelo sintético. Calza las plataformas color carne de siempre. Está despeinada y va ligeramente maquillada.

—Hay que esperar a los del RACC. —El Hermano se arrastra por el suelo para salir de debajo del coche. El vehículo tiene una rueda delantera levantada por un gato mecánico.

—Pero no podemos esperar —protesta la Cuñada.

—Íbamos arrastrando la plancha que tapa los bajos del motor —explica el Hermano como si no la hubiera oído—. Si pudiera arrancarla, creo que podríamos seguir, pero no puedo. —Se levanta del suelo, suelta una llave inglesa, tiene el traje color crema y las manos manchadas de negro—. No nos queda más remedio que esperar a los del RACC.

Nos encontramos en un área de descanso de la Autopista A-7 dirección Francia, en la salida hacia Figueres. Los vehículos pasan, muy cerca, a toda velocidad. Los termómetros marcan más de veinte grados.

—Cariño, he llamado a Jorge, están bastante más adelante pero pueden dar la vuelta y venir a buscarnos...

—Ya te he dicho que no —ataja con severidad el Hermano—. Yo no dejo el coche aquí tirado.

—Pero mientras estemos en el entierro, los del RACC lo pueden arreglar, y cuando terminen, volvemos con Jorge, que nos deje aquí, y ya tendrás el coche arreglado.

—¡Ni en broma! —grita el Hermano perdiendo la paciencia—. ¿Cómo voy a dejar las llaves a un operario del RACC? ¿Dónde las dejará él? ¿Te has vuelto loca? Si no me quedo, Dios sabe cuándo podré recuperar el coche. ¡Y a las ocho tengo una reunión en Barcelona a la que no puedo faltar!

—¿Y a esto puedes faltar? Es el entierro de tu hermana... —insiste ella con voz apagada.

—He llegado hasta aquí por ti, Clara. Sabes que yo no voy a entierros. No fui al de mi padre, no fui al de mi madre. Ellos dejaron muy claro que no los querían. Pero Emma no, Emma no dejó nada previsto para que se lo solucionáramos nosotros. ¡Como siempre!

—No es verdad, dijo que no la incineráramos...

—Ah, sí, ya, porque le daba miedo el fuego, muy de ella...

El Hermano intenta limpiarse las manos con un kleenex sucio de aceite negro. Algo más calmado añade:

—Que te vengan a buscar a ti.

—No, eso no...

—¡Sí, ve tú!

—¡Que no, cariño! ¿Cómo voy a llegar yo sola?

La Cuñada escribe un mensaje de texto con el móvil. Mientras teclea, aparece una furgoneta amarilla con un gran RACC pintado de negro en los laterales. El Hermano gesticula con los brazos para llamar la atención del conductor. La furgoneta se acerca y se detiene a su lado. Desciende un hombre con un mono azul marino. Conversan brevemente hasta que el mecánico se tumba bajo el vehículo. Desde allí les informa con marcado acento ampurdanés:

—*L'avaria no és greu.*

—Ah, entonces, ¿lo puede solucionar rápido? —La Cuñada se acuclilla a su lado para que le oiga bien.

—¿*Perdoni*? —pregunta el mecánico—. Bueno, se les ha desprendido un buen trozo de la plancha y hay que arrancarla del todo. Es la tapa que protege el motor por debajo, ¿ve? —Lo señala, pero la Cuñada no tiene la más mínima intención de acercarse a mirar—. El caso es que está muy pegada y no es fácil despegarla. Ahora lo hacen todo de plástico, es indestructible y no hay quien separe una pieza de la otra.

—Es que tenemos mucha prisa, ¿sabe? Llegamos tarde a un entierro...

—¿*Perdoni*?

—Cuando acabe, quizá usted pueda llevarnos con su furgó a Portlligat, vamos al cementerio, tenemos que estar allí en cuarenta minutos, ¿sabe? Habrá cincuenta personas esperando...

—¡Clara! ¡Déjale hacer su trabajo! —El Hermano la coge por el brazo e intenta levantarla—. ¡Que ya no llegamos!

La Cuñada se va incorporando y dice, bajito:

—Bueno, en el caso de que el coche no arranque, es una buena idea que nos lleve él... No estamos tan lejos...

—¡No es un tema de arrancar o no arrancar! —se enfurece el Hermano.

—¿*El cotxe no arrenca*? —El mecánico se desliza de debajo del coche para sacar la cabeza.

—¡Claro que arranca! —exclama exasperado el Hermano.

—Siga, siga con lo suyo —apremia la Cuñada al mecánico animándolo a volver a sumergirse bajo el coche.

—¿Pero no te viene a buscar Jorge? —le pregunta su marido.

—¡Claro que no! Le acabo de pasar un mensaje para que siga. ¡No quiero llegar sin ti!

—¿Cómo tengo que explicarte que me es igual llegar o no llegar al entierro?

Se quedan callados durante unos segundos.

—Pero a mí sí me importa —insiste ella con un hilo de voz—. Siempre llego tarde a todo lo que me importa...

Vuelve a haber una pausa. El Hermano la observa. Con un tono repentinamente templado le pregunta:

—¿Qué es lo que te importa realmente, Clara?

—¿Qué?

—Con lo buena que eres a veces..., tan incomprensible casi siempre...

—Quiero sentarme, tengo calor —lo ataja ella, inquieta, con el deseo de interrumpir los pensamientos de su marido.

Andan unos pasos. Se acercan a unos bancos de madera que hay bajo la sombra de unos pinos. Se sientan. La Cuñada se quita la chaqueta y se queda con una sucinta camiseta negra. Habla rápido, temblorosa:

—Estoy asustada, Héctor. Mi padre murió hace seis meses y ahora muere Emma y tengo miedo.

—Hace mucho que sabíamos que Emma iba a morir.

—No, yo no. Yo no lo sabía.

—¿Cómo que no? —El Hermano vuelve a ponerse nervioso—. No hay nadie que lo haya vivido más cerca que tú. Ha sido increíble lo que has hecho con mi hermana. Pero te empeñabas en creer que había una salida.

—¿Y en qué cambia eso las cosas? ¿En qué cambia que lo supieras? ¿Sientes menos dolor?

—Sí. Mucho menos.

—No te entiendo.

—Los padres mueren, Clara.

—Tú siempre tan racional. Dices eso y te quedas tan ancho.

—¡No digas tonterías! ¡Hay un momento en que sólo importa acortar el sufrimiento!

—¡Pues con Emma no lo conseguimos! ¡Lo hicimos muy mal! Llegamos demasiado tarde, demasiado tarde...

—Nosotros no lo hicimos tan mal, Clara. ¡Fue culpa suya! Quiso estar rodeada del caos hasta el final, le divertía eso, no prever nada, sentirse invencible, la Reina del Mambo, rodeada de una corte que, ya ves, la abandonó cuando perdió el control, el dinero, la salud, cuando lo perdió todo.

—Eso no es cierto.

—¡Quería súbditos a su lado!

La Cuñada respira con fatiga, espera unos segundos y dice:

—Sólo existe un padre, sólo existe una hermana y todo esto es una mierda.

—Como dice Jaime, todo esto va en serio, Clara.

—¿Jaime? ¿Qué Jaime?

—Gil de Biedma.

—Pues yo no quiero que vaya en serio.

—Clara, ya no eres una niña.

—Te hartas de decir que soy tan joven...

—Pero no una niña.

—¡Ya lo sé!

—No, no lo sabes.

—Sí, sí lo sé...

—Aunque por eso estoy contigo...

—¿Qué?

—... para engañar a la muerte, para no pensar que me quedan pocos años, años que valga la pena vivir...

—Héctor...

—... pero quizá también por eso tú te acostaste con otro, con un hombre más joven...

La Cuñada pierde el aliento. Él sigue hablando. Su tono ha ido perdiendo dureza. Es casi cariñoso cuando pregunta:

—¿Fue por eso, Clara? ¿Necesitas un hombre más joven?

La Cuñada mira a su marido. Dice que no con la cabeza, una y otra vez, en un gesto casi imperceptible.

—*Senyors, disculpin...* —El hombre del mono azul ha salido de debajo del coche y se ha acercado a ellos—. *Disculpin...*

—¿Qué quiere? —le espeta la Cuñada, agresiva, volviendo la mirada hacia él.

—*Disculpin... No ho puc arreglar. Ho sento, però no poden seguir.*

Una roñosa plancha negra de considerable tamaño está tirada a pocos metros del vehículo.

—Necesito hacer una inspección más a fondo —les explica—. Lo vamos a remolcar hasta Figueres. Vengan conmigo y desde el taller vemos qué se puede hacer. *Ho sento, però a Portlligat no arriben.*

—¿Y por qué no nos puede llevar usted? ¿Eh? ¿Por qué no? —le increpa, en un ataque de ira, la Cuñada.

—Señora, no puedo hacer eso. Estoy de servicio.

—Clara, basta —la reprende el Hermano.

La Cuñada se tapa la cara con las dos manos y estalla en sollozos. El mecánico se queda tan consternado que se siente obligado a consolarla:

—Mujer, su pérdida ya no va a moverse de donde está.

La Cuñada suelta un aullido y solloza aún más fuerte. El mecánico decide poner tierra de por medio, tres o cuatro metros, y llamar al taller de guardia de la población más próxima, que es Figueres. El Hermano se acerca a su mujer, le da la mano, le acaricia la espalda. Contempla la pálida piel del hombro que ha perdido el bronceado del verano y que asoma por la holgada camiseta negra. El collar de Masriera que se ha puesto para la ocasión, una ninfa-libélula con alas de fino oro que le regaló Emma cuando se casaron. El Marido Enamorado murmura:

—Clara, esta lucha ha terminado. Tu entrega a Emma ha terminado. Encaremos lo nuestro ahora.

La Cuñada deja de llorar. Calla. Siente cómo una intensa cobardía la paraliza.

—¿Por qué te cuesta tanto hablar, amor? —le insiste él—. Tomemos la decisión de una vez.

Ella permanece inmóvil y escucha de los labios de su marido lo que tanto teme oír:

—A pesar de lo duro que me resulta perderte, prefiero que nos separemos a seguir así.

—*Senyors*, ya viene mi compañero a remolcar el coche. —El mecánico se les acerca de nuevo, hablando en un tono forzosamente alegre—. Ya verán, si nos damos prisa llegarán a Barcelona a tiempo de votar. Seguro que con todo este lío que se traen, no han tenido tiempo. Todo tiene una parte positiva en esta vida.

El mecánico se acerca, sonriente. La Cuñada no le mira. El Hermano no escucha. Ninguno de los dos recuerda que hoy es domingo, 9 de noviembre, que hay convocada una consulta —un derecho democrático para unos, un referéndum ilegal para otros— para saber si Cataluña quiere o no separarse de España.

—Vayan a votar aunque sea para decir que no —insiste el mecánico—. Toda Europa, el mundo entero nos está mirando. *¡Hem de tornar a fer història!*

El hermano

Perdí la cuenta de los meses que habían pasado. El tríptico de Barcelona estaba acabado y colgado en la web. Dejé de escribir. Parecía que unos fantasmas se iban pero volvían otros, viejos demonios que no se van nunca. Una noche interminable, acosada por el insomnio, caí dormida al amanecer y tuve una pesadilla. Yo nadaba al lado de mi padre, cogida de su mano, volvíamos de un peñasco al que llamábamos la islita y adonde solíamos ir en barca, para bucear y coger ostras. Estaba casi en alta mar. Yo nadaba y miraba a mi padre a través de las gafas de bucear, respirando por el tubo de goma, él me sonreía con su sonrisa adorable y deformada por el tubo que apretaba con fuerza, como yo. Sabía que se sentía orgulloso de mí, de su hija, que, tan pequeña, con sólo cinco o seis años, no se había arrugado ante el reto que me había propuesto: volver desde la islita hasta la playa a nado, los dos solos. Me había prometido que iríamos todo el rato cogidos de la mano. Pero después de señalarme unos peces enormes, plateados, que se acercaban en manada, mi padre me soltó. Y yo vi cómo se alejaba, despacio, cada vez más azul y más borroso por culpa del mar que se interponía entre nosotros. Empecé a hundirme y a ahogarme, el agua entraba por el tubo que yo seguía mordiéndolo, se colaba en las gafas y me entraba en los ojos, me hundía como si estuviera atada a un peso, tragaba agua, empecé a resollar y entonces me desperté, atragantándome, silenciosa, sin poder gritar. El miedo me atenazaba y llamé a Héctor. Tardó diecisiete minutos en llegar a casa. Me dio la mano, lloré pegada a él y me dormí.

Al cabo de pocas horas desayunábamos juntos, entre la alegría del perro y la consternación asiática de Joselyn. Preferimos evitar la sorpresa de los niños y los llevé al colegio sin que se enteraran de la presencia de su padre. A Héctor le divirtió sobremanera sentirse como un amante furtivo. Me dijo que yo le necesitaba, que quería pintarme, que me echaba de menos. No recuerdo en qué orden lo dijo. Me propuso un plan, un trabajo a medias, una tentativa *in extremis* a reencontrarnos de nuevo.

—Pintar —murmuré— siempre pintar.

—Pintarte —me replicó— siempre pintarte.

Sonreí. Me explicó que su idea era hacer una serie de treinta o cuarenta cuadros de los que yo sería coautora, cobraría el cincuenta por ciento y firmaría con él.

—Modelo y autora... —suspiré, escéptica, divertida.

Me miró con esa cara que pone cuando sabe todo lo que va a ocurrir a continuación. Nos pasamos la mañana en la cama. Entre otras muchas cosas, admití lo que dijo Ginebra sobre él, aquello de que era un tío biónico. Él se reía, feliz. Me miró con sus ojos almendrados y yo solté lo que planeaba en mi cabeza desde esa madrugada, o quizá desde hacía mucho, algo que no era capaz de determinar si era trascendente o una tontería:

—¿Tú crees que estoy contigo porque yo hago eso de querer sustituir a mi padre? ¿Esa teoría tan sobada de manual de psicología?

—Clara, no me importa por qué estás conmigo. Sólo me importa que estés bien conmigo...

—¿No te mortifica que te vea como a un padre? No digo que lo esté haciendo, digo que si lo hiciera...

—No me mortifica en absoluto —me interrumpió—, sobretodo si ese padre es tu padre. Lo único que pido es que, en mi caso, aceptes el incesto.

—Joder, Héctor, cómo eres.

Me reí y me escandalicé, aunque sólo un poco. Me froté la cara e intenté explicarme mejor:

—No quiero volver contigo por necesidad, porque dependa de ti...

—Yo también dependo de ti, Clara. El amor va de eso...

Acepté su propuesta pictórica y Héctor volvió a casa. Me dejé pintar como no lo había hecho hasta entonces. Después de tanta queja, de tanta resistencia, de tanta ñoñería, volví a entregarme a su pintura una vez más, con más intensidad que nunca. Ignoré el dolor que sabía que llegaría más tarde, cuando me encontrara todo el trabajo hecho y me sintiera tremendamente expuesta. Lo ignoré porque no sé hacer las cosas de otra manera, porque necesitaba meterme a fondo en otra cosa, porque creo firmemente que sólo dejándose llevar se puede crear algo bueno.

No fue fácil, lo nuestro nunca lo ha sido. Nos peleamos, discutimos y acabé por renunciar y entregarle la parte final del proyecto. Eso de trabajar a cuatro manos tiene sus límites y mucho de utópico. Él siguió adelante, eufórico, incansable, embadurnándolo todo de rojo —el sofá, sus manos, las toallas—, el óleo carmín sangre C28 de Old Holland que dominaba las pinturas. Trabajar, amar, escribir, vivir. ¿Quién sabe poner límites a todo eso? Por supuesto, yo no.

Mientras tanto, nos fuimos acostumbrando a vivir en la inestabilidad, en la confusión, en la intensidad. De la misma manera que seguía la casa, en venta,

a punto de venderse, sin venderse, nosotros en ella, incapaces de tomar decisiones drásticas.

Héctor terminó la serie de cuadros y una pequeña galería de Londres se interesó en exponerla. Introducirse en el mercado extranjero del arte no es nada fácil. Exponer en Londres estaba muy bien y a mí me daba un respiro, los cuadros se enseñarían lejos de mi ciudad, en el más absoluto anonimato. Había ocurrido un milagro. O un golpe de suerte, qué más da. Siempre creeré que Héctor es un *rara avis*, un tío afortunado tocado por la gracia de los dioses. O tocado por la gracia porque sí. Como Emma, igual que Emma.

Viajamos a Londres y el libro volvió a mí. Necesité de una última e inesperada conversación, lejos de casa, para despertar del cansancio o del bloqueo en el que me encontraba. No fue una cita, no fue una entrevista. Pero hablé con la única persona que podía darme un final.

Ocurrió en un descanso del montaje de la exposición. Héctor y yo habíamos salido de la galería para tomar unas copas en la terraza de un pub. Nos sentamos en un banco de madera, rodeados de grupos de ingleses, todos en pie, felices, con sus cervezas en la mano, disfrutando del poco sol que se deja ver en esa ciudad. La calle se llamaba Sutton Street, el pub, Sutton Arms y el barrio, Clerkenwell. Eran las seis y media de la tarde y bebíamos en silencio. Yo observaba la fachada del pub, el color caldera de los ladrillos, las ventanas de guillotina, la carpintería de madera pintada de blanco. Pensé en Mary Poppins, en Billy Elliot. Y en Emma comprando libros.

—Quiero ir a la librería a la que iba Emma —solté de repente.

Héctor me miró, extrañado.

—¿A ver si encuentras los libros que les vendimos?

—No, claro que no... —repliqué, molesta.

—... porque no los podemos comprar...

—... ya lo sé.

—... y tienes uno que te regaló Ginebra, que reservó para ti, que no vendió para que fuera tuyo, uno de Alicia, cojonudo, con ilustraciones de Robinson...

—¡Héctor, que ya lo sé! Sólo querría ver la librería, estar allí...

—¿Eso va a servir para que termines la novela?

—¿Qué?

—¿Qué pasa con la novela, Clara? ¿No quieres acabarla?

Me sentí mal, avergonzada. Enrabiada porque él terminaba las cosas y yo no. Me puse a la defensiva:

—¡No me riñas! ¡He estado ocupada! ¡Bastante por tu culpa! Y no es una novela, Héctor..., es una obra de teatro...

—Tú ya sabes que no estoy de acuerdo en eso.

—Ah, es verdad...

—Hace casi dos años que murió Emma y la tienes prácticamente escrita. Deberías terminarla y empezar con otra cosa.

—¡Ya estoy con otra cosa!

—Esto de Londres también se acaba... Clara, tenemos tanto por hacer. Hay que saber cerrar proyectos para empezar otros. ¿En qué puedo ayudarte? ¿En llevarte a la Harrington?

Me eché a reír. Le miré con infinito amor. Él era Héctor, el Hermano. Y allí estaba, frente a mí.

—Cuéntame algo de Emma.

—¿Qué puedo contarte que no te haya contado ya? —respondió, sorprendido—. Hemos hablado tanto...

—Ya..., lo sé. Pero... —titubeé. Le miré a los ojos y le rogué—: Si fuera la primera vez que me hablaras de ella, Héctor, ¿qué me dirías? Algo..., algo que sólo tú pudieras contar.

Se frotó la cara con las manos. Se rascó la cabeza en un gesto, algo cómico, muy tierno, típico de él. Cerró los ojos y, obediente, me dio lo que le pedía:

—Pues que era una de las personas más inteligentes y con mayor independencia de criterio que he conocido. Que era refrescante, desengrasante, sorpresiva. Y que yo siempre la temí, desde muy pequeño. Ya conoces la famosa historia, aquello de que intentó venderme por una rubia a la vecina cuando yo era un bebé buenísimo y ella no podía tener más de cinco o seis años...

—Sí, sí, claro que la he leído. Pero cuéntamela tú. ¿Qué es una rubia?

—Una peseta, Clara, una peseta. Aunque quizá fue un duro. Bueno, da igual. Ella lo desmintió, decía que se había ido exagerando con el tiempo para reforzar su imagen de malvada. Es verdad que fueron surgiendo distintas versiones, algunas divertidas, otras más dramáticas, porque todos nosotros, mis padres, la vecina, mis tías, todos lo recordábamos de manera diferente. Lo cual está muy bien. Eso mitifica la historia y al personaje. Emma era de armas tomar y esa anécdota la retrata muy bien. Ella era mi hermana mayor y yo era el hermano pequeño. Yo la admiraba y la temía a la vez. Las cosas sólo podían ser así.

Héctor bajó la mirada y yo me emocioné. Por él, por la historia de la rubia o el duro, porque la deuda que había contraído conmigo misma y que tenía que salvarme de algunos fantasmas —no todos— se estaba saldando. Por fin podía despedirme de Emma y sentir algo parecido a un poco de paz.

—¿Me acompañarás un día a Portlligat, Héctor? Aún no he subido. Ni siquiera hemos visto la lápida...

—Sólo si antes terminas la novela.

—Ya casi la tengo... —me excusé—, creo que sólo me falta un final...

—¿No tienes final? ¿Quieres que yo te dé uno?

Me eché a reír y asentí, divertida.

—Pues mira, a ver qué te parece esto.

—A ver.

—La Hija deja esa tontería del blog que está haciendo y se pone a escribir en serio, una novela, porque lo necesita debido a todo el dolor que ha padecido a causa de su madre. Escribe a chorro y le sale una novela moderna, excitante, que arrasa en la feria de Frankfurt y es un éxito mundial sin precedentes en la historia de la literatura española.

—Caray.

—Simboliza una especie de liberación, ella sólo puede despegar cuando la madre ya no está.

—Qué bonito. ¿Te parece creíble?

—Sí.

—¿Y conmigo qué pasa?

—Eso, Clara, aún no lo sé.

—La Cuñada escribe una obra de teatro y fracasa.

**La voluntad de los dioses
o Para siempre el mar**

Miro los olivos que bordean la carretera que nos lleva a Cadaqués. Cuarenta minutos de curvas, frenazos y acelerones, entre montañas mates, grises, plata. Un paisaje quieto y repetitivo, oscuro y áspero. Siento la precipitada llegada a Portlligat, sinuosa y azul. Cuatro casas encaladas, blancas, deslumbrantes al sol, cuatro casitas mal amontonadas que no consiguen hacer de la cala un pueblo. Recuerdo las palabras del escritor ampurdanés sobre este cielo, un cielo enorme, purísimo, limpio, endurecido por este viento del norte al que llamamos tramontana, recuerdo su poética alusión al balanceo de las barcas fondeadas como ahogados suspiros, su insistencia en destacar el penetrante olor a alga del lugar, a fondo de mar, tan intenso y amargo que casi marea. Pienso en la fascinación del pintor loco que nunca estuvo loco por un mar que pinta y levanta como una delicada sábana y hace levitar las rocas como satélites. Canturreo la canción porque aquí duerme mi primer amor y llevo tu luz y tu olor por donde quiera que vaya.

Salgo del coche y ando con Héctor y mis dos hijos hasta el cementerio. Cruzo una verja, dejo atrás una bella escultura de Llimona que consuela a una familia entera. Me acerco al muro blanco y busco el número sesenta y uno. Me encuentro a la pequeña Daphne, allí subida, tan arriba, con la cabeza en voladizo, los ojos cerrados, la réplica de la Daphne de Pedralbes que Héctor modeló más añorada, menos sufrida, de un bronce verde y mate como una hoja de olivo. Tiro a pulso con mis hijos varias rosas rojas, que no blancas, hasta conseguir que alguna de ellas, al caer, se quede en el estrecho alféizar de cemento. Les cuento a los niños que escogimos la lápida más alta, la que está más cerca del cielo, para que Emma tenga buena vista y mire, huelga, mastique esta bahía, este olor a mar profundo que ya es suyo para siempre jamás.

Yo soy Clara, la Cuñada por dos meses, aspirante a escritora con problemas, enamorada de un país esquizofrénico, pequeño, sublime allí donde lo baña el mar. No conocí a Emma tanto como hubiera querido. Le pido disculpas por este atrevimiento en forma de texto, por no ser la buena persona que parecí ser. Le pido perdón desde esta tierra que nos ha dejado tan vacía de Wendys mayores o aún por crecer.